



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año V. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Sordo, núm. 39, principal. **Madrid 21 de Enero de 1862.** Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. **Núm. 22.**

DIRECTOR PROPIETARIO. DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Bona (Félix). Bordallo (F. M.) Borrego (Andrés). Braga (Alexandre). Breton de los Herreros (M.) Briester (Ernesto). Bredederode (A. de). Bilhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.) Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Camposamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.). Cañete (Manuel). Cañete (Emilio). Castello Branco (Camillo). Castilho (Antonio F. de). Coelho de Magalhães (J. E.). Castro (M. Fernandez).	Sres. César Manchado (Julio). Cánovas del Castillo (A.). Catalina (Severo). Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Corradi (Fernando). Colmeiro (Manuel). Carvalho (Tomás de). Cueto (Leopoldo A. de). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Duran (Agustina). Egualar (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Esosura (Patricio de la). Eulate (Manuel). Estévez Calderon (S.). Estrada (Luis). Fernel. Fernandez Cuesta (Nem.). Ferrer del Rio (Antonio).	Sres. Fernandez y Gonzalez. Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). Forteza (Guillermo). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gomes d'Abreu (Dr.). Gomes d'Amonin. Gener (José). Gonzalez Bravo (Luis). Gonzalez (Marcial). Graells (Mariano de la Paz). Güel y Rente (José). Hartzenbusch (J. Eug.º). Hereulano (A.). Janer (Florentino). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Llorente (Alejandro). Lopez Garcia (Bernardo).	Sres. Larrañaga (G. Romero). Lastarria (J. U.). Lasala (Manuel). Latino Coelho (J. M.). Lemos (João de). Lobo (Miguel). Lobato Pirés. Lopes de Mendoza (A. P.). Lorenzana (Juan). Madoz (Pascual). Magalhaes Continho (J. E.). Mendes Leal Junior (J. das). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J. Barc.º). Martos (Cristino). Matta (Guillermo), Chile. Mora (José Joaquín de). Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Ochoa (Eugenio). Oliveira Marreca (Ant.º).	Sres. Olavarría (Eugenio). D'Oliveira Pimentel (J. M.). Olózaga (Salustiano). Olózabal (Lúcas). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Perez Calvo (Juan). Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M.). Rebello de Silva (L. A.). Ribot y Fonsesé (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rodríguez Sampayo (A.). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Ant.º). Rodríguez y Muñoz (Tib.º).	Sres. Rosa Gonzalez (J. de la). Ros de Olano (Antonio). Ramírez (Javier de). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagaminaga (Fidel de). Seigas (José). Silva Tullio (Ant.º. da). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florentino). Segovia (Antonio María). Salvador de Salvador (José). Serpa Pimentel (A. de). Torres (José de). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Valera (Juan). Veiga (E. da). Viedma (J. A.). B. Vicuña Mackenna. Visconde de Gouvea.
---	---	--	---	---	---	---

SUMARIO.

Revista Extranjera por M.—*Dos de Mayo*, por D. Antonio Benavides.—*La imprenta en las Antillas*, por D. Félix de Bona.—*Expedición á Méjico*, carta primera, por nuestro corresponsal.—*Transilvania*, (artículo 4.º y último), por D. José Joaquín de Mora.—*Un libro nuevo*, por D. Francisco Cutanda.—*Causas del progreso de las ciencias físicas y naturales desde el siglo de Galileo y de Bacon*, por D. P. C. Calvo y Martín.—*Estudios sobre Italia*, por D. Andrés Borrego.—*El marqués de Villena*, por D. Antonio Ferrer del Rio.—*Tratado de Marruecos*.—*Ludovico*, novela, (conclusion), por D. José María Cuenca de Luchini.—*La cruz del matrimonio, el público y la gaceta*, (artículo 3.º y último), por D. Manuel Cañete.—*Carta segunda*, por nuestro corresponsal.—*Revista de la quincena*, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

LA AMERICA

REVISTA EXTRANJERA.

Antes de entrar en el exámen de los últimos sucesos políticos que forman el cuadro de esta seccion de nuestro periódico, debemos tratar de una opinion que, sobre la guerra actual de la América del Norte, vemos admitida por una parte considerable del público, sin duda dictada por una intención benévola, pero que al mismo tiempo está contradicha por hechos notorios. Consiste en creer que el objeto de los federales al tomar las armas contra los confederados, ha sido la abolición de la esclavitud que predomina en estos últimos, formando así una cruzada filantrópica á la que no podían negar sus votos los amigos de la humanidad. Es muy cierto que en el Norte se ha escrito, se ha declamado, se ha predicado incansablemente contra la esclavitud; que el partido republicano, preponderante en aquella seccion del territorio, se ha servido de esta cuestión, para echar en cara al democrático la defensa que tan calorosamente se ha hecho del principio contrario. También es cierto que la causa de la emancipación tenía á su favor en los Estados que hoy se llaman federales, muchos hombres sinceros, caritativos y bien intencionados, que han trabajado con loable celo en defensa de los negros, y algunos de los cuales han ido hasta exponer su vida en la noble empresa de borrar de su país tan deshonrosa mancha. Pero que esta opinion haya sido abrazada por la mayoría; que se haya pensado seriamente en ponerla en ejecución; que haya encontrado acogida en el gobierno y en la legislación, son asertos que carecen absolutamente de prueba. La verdad es que la esclavitud estaba favorecida en el Norte por grandes intereses. Muchos de los ricos capitalistas de Nueva York y Baltimore poseen hacien-

das cultivadas por esclavos en la Luisiana y Virginia, y por consiguiente, la emancipación los dejaría tan arruinados, como á los propietarios de Mobile y de Nueva Orleans. Todavía es mas poderoso otro motivo que obra en el mismo sentido, y que ha refrenado hasta ahora los esfuerzos de los abolicionistas. Es un hecho innegable, y mas notorio en Cuba que en ninguna otra parte de aquellas regiones, aunque bien sabido en todas, que la mayor parte de los buques negreros se arman en los puertos del Norte, con capitales de aquellos habitantes y con la bandera de la República. Por esto se ha opuesto el gobierno de Washington con tanta tenacidad al derecho de visita que los cruceros ingleses han querido ejercer en las costas de Africa, y mil veces se ha dicho en el Parlamento que las ochenta ó noventa mil libras que se gastan anualmente en la division naval empleada en aquel servicio, son dinero tirado á la calle, mientras puedan los buques americanos ejercer impunemente el tráfico de carne humana que tan lucrativos retornos producen á los que lo emprenden. Muy de otro modo procedieron los ingleses, cuando se alzó en la Cámara de los Comunes lord Stanley y propuso, en un magnífico discurso, que se rescatasen todos los esclavos de las Antillas inglesas, pagándolos en dinero efectivo á sus dueños. La mocion fué adoptada por unanimidad y con la misma se votó la suma de cincuenta millones de duros que debían emplearse en tan benéfica medida. A los pocos meses no había un solo esclavo en ninguna posesion inglesa.

Lejos de imitar este ejemplo y de obrar con esta resolución y desembarazo, el gobierno americano ha dejado perorar y escribir á los abolicionistas, sin manifestar la mas leve disposición á ceder á su impulso. Hay mas; empezada ya la guerra, el presidente Lincoln ha hecho cuanto ha estado de su parte para evitar que se hable de tan delicado asunto en las Cámaras legislativas, y la destitución del general Fremont del mando del ejército federal, no tuvo otro motivo que la proclama de aquel jefe, en que ofrecía la libertad á todo negro que, prófugo del territorio del Sur, buscara asilo en los cuerpos de su ejército.

Ahora, segun nos anuncian los periódicos, se ha hecho en el Senado de Washington una proposición formal en pro de la emancipación, no ciertamente fundada en impulsos de caridad y benevolencia, sino como hostilidad maligna y cruel contra los Estados del Sur, y medio infalible de sumergirlos en destrucción y aniquilamiento. Si el pensamiento se realiza en este sentido, y no puede ser otro el de sus autores, su ejecución llevará consigo todos los caracteres de acerbidad y dureza que aseguren el logro del fin deseado. Ni habrá indemnización para los desposeídos, como la hubo en Inglaterra, ni la emanci-

pación observará la graduación crónica que le es indispensable para que no produzca una destructora conmoción, y que Bolívar adoptó en Colombia. Las consecuencias serian en alto grado funestas y trascendentales, tan perjudiciales á los negros mismos, como á sus antiguos dueños y á la nación en general. No cedemos á ningún ser humano en execrar la esclavitud como inexcusable crimen y como infracción de la ley de Dios y ultraje á la dignidad de nuestra especie; pero no aprobaremos jamás que se sacrifique una raza por salvar otra raza, y los males que atraería á seiscientos mil blancos la libertad concedida sin cautas precauciones á cuatro millones de negros, son de tal magnitud, que el alma se acongoja al contemplarlos en pura perspectiva.

Si tuviesen algun fundamento de probabilidad las sospechas á que ha dado lugar el horroroso incendio de Charlston, la cuestión se revestiría de un carácter todavía mas criminal y odioso. Si aquella gran catástrofe ha sido, como se ha dado á entender, obra secreta de la política del Norte, asociada con la sublevación de los esclavos del Sur, no hay palabras en ningún idioma capaces de expresar la detestación con que debe ser mirada tan infernal maniobra. El negro es un salvaje, por lo común, dócil, suave, capaz de disciplina y de hábitos de sumisión y obediencia; pero, como salvaje, incapaz de reflexión, dominado por impulsos á los que se abandona cuando el mas ligero motivo los provoca; implacable, una vez lanzado en la carrera del destrozo y del crimen. Basta recordar lo que sucedió en la colonia francesa de Santo Domingo, para formarse alguna idea de lo que debería suceder en circunstancias todavía mas graves y con elementos mas mortíferos que los que en aquella ocasión espantaron al mundo. Hasta ahora no se han intentado grandes sublevaciones en los plantíos de algodón, azúcar y tabaco, y han sido excepcionales los casos de crueldad de parte de los amos. El negro tiene raras veces la conciencia de su degradación, sabe que es interés del amo conservarlo bien nutrido, sano y robusto, y el alimento y ropa que no se le escasean y el tiempo moderado de labor que se le exige, embotan su criterio moral y el respeto de sí mismo que necesitan condiciones mas propicias para desarrollarse. Ninguna de estas consideraciones atenúa el vicio radical de la institución, si tal nombre puede darse á tan monstruosa infracción de la ley divina; pero todas ellas inducen á deplorar la abolicion por medios infinitamente mas fecundos en calamidades que el mal cuya extirpación se intenta.

Otra razón mas poderosa nos asiste para justificar al gobierno de Washington y al partido republicano del desastroso plan que se le atribuye. Los hombres del Norte deben saber que la insurrección negrera no sería menos funesta á ellos mismos que á sus adversarios. Por una

ley tan bárbara como todas las relativas á la esclavitud, no es lícito al negro emancipado residir en el territorio en que fué siervo y en que recobró su libertad. Estos desgraciados pasan á los Estados del Norte, donde se emplean, por punto general, en el servicio doméstico. Su número es tan considerable que basta para el servicio, no solo de los particulares, sino de las muchas y magníficas fondas de Nueva York, Boston, Filadelfia y demas ciudades importantes de la costa oceánica. La antipatía, sin embargo, que el verdadero yankee profesa á esta desgraciada raza, toca en los límites del mas ciego y ridículo fanatismo. A ningún negro se permite entrar en el templo ni en la escuela á que asisten los blancos; en los caminos de hierro se les señala un wagon que solo ellos ocupan, y cuando, por una casualidad inevitable, una mano blanca toca una piel negra, no hay bastante jabon ni bastante agua de colonia en una perfumería para lavar la mancha con que se ha contaminado el individuo de la raza privilegiada. Ni el ilota de Esparta, ni el pária del Indostan llegaron á tan hondo grado de abyección y envilecimiento. Con tantos motivos de recriminación y de venganza, sería posible que los negros libres permaneciesen dóciles y tranquilos en presencia de la rebeldía de sus hermanos?

Tales son las razones que nos asisten para negar nuestro asenso al designio que algunos periódicos ingleses atribuyen á los federales; sospechas injuriosas á que solo ha podido dar lugar la situación apurada en que aquel partido se encuentra.

Y, en efecto, hasta el momento actual, no se presenta en esta lucha, un solo incidente que no contribuya á demostrar la absoluta imposibilidad en que el Norte se halla de restablecer la union, con tanta resolución y unanimidad disuelta por los que han sacudido un yugo insostenible. Ya hemos hablado, en nuestra última revista, de los exorbitantes dispendios que la guerra ocasiona al gobierno de Lincoln. Segun los datos presentados al Congreso, por el director del Tesoro, Mr. Chase, la renta de aduanas ha bajado en el año que acaba de transcurrir, de 57.000.000 pesos, á 52.000.000. El producto de las proyectadas contribuciones, contra las cuales se aguarda una fuerte resistencia de parte de los pueblos, se calcula en 50.000.000, y con este total de 82.000.000, hay que hacer frente á un presupuesto de gastos, que, segun el mismo informe, no bajará de 545.000.000 pesos. Resulta, pues, un déficit nada menos que de 461.000.000, el cual deberá cubrirse con un empréstito al interés de 7 por 100. De esta suma y por estos medios, se han obtenido 529.000.000; restan por cobrar 240.000.000, y cuando se hayan realizado, la deuda pública sumará el enorme total de 900.000.000. Al leer estos guarismos, la imaginación se confunde y se pierde en vanos esfuerzos por llegar á la realidad, como cuando leemos en la historia los millones de combatientes con que Xerxes pasó el Helesponto, ó, mas bien, como cuando los astrónomos nos hablan de los millones de millones de leguas que miden las órbitas de los cuerpos celestes.

Si la situación económica de aquel gobierno presenta un cuadro de tan ingentes dificultades, no son menos graves aquellas con las que tienen que luchar sus ejércitos. Los confederados tienen tres ejércitos en servicio activo: uno de cien mil hombres en la Virginia Oriental, haciendo frente al cuerpo federal mandado por McClellan; otro de cuarenta mil, en Kentucky, al mando de Sidney Johnston, oficial de gran reputación, con el cual amenaza las importantes ciudades federales de Louisville y Cincinnati, y otro en Missouri, cuyo número se ignora, y que tiene enfrente las tropas del general Hunter. En casi todos los conflictos que ha habido hasta ahora entre estas fuerzas respectivas, las ventajas han estado de parte de los confederados; pero estas acciones han sido insignificantes, y no parece sino que ambos beligerantes reservan sus esfuerzos para una batalla campal y decisiva en la Virginia Oriental, punto considerado por unos y otros como la futura escena del desenlace de tan tremendo drama. Allí la posición de los confederados les es en alto grado ventajosa. Su linea de defensa apenas cubre una extensión de veinte y cinco millas, mientras es mas del doble la de sus contrarios. Su flanco derecho está protegido por altas montañas; el izquierdo, por un ancho rio, de cuyas dos márgenes son dueños, y su frente y retaguardia, por baterías de tierra, tan difíciles de tomar, como lo acreditan los ejemplos de Todleben en Sebastopol, y de Omer-Baja en el Danubio.

A despecho de tan adversas circunstancias, el gobierno federal, no solo persiste en continuar la guerra, sino que alentó con su silencio la gritería hostil que estalló contra Inglaterra en consecuencia del atentado del capitán Wilkes. No solo la opinión pública, por medio de todos sus órganos habituales, trompetó los mas altos elogios de aquel acto de piratería; no solo su perpetrador fué el objeto de las mas encomiásticas ovaciones; no solo se le honró con un voto de gracias por el cuerpo legislativo, sino que la nación entera pareció aceptar sin miedo las consecuencias del atentado, y ya se trataba seriamente de invadir la frontera del Canadá, y de arruinar el comercio de Inglaterra con un enjambre de corsarios distribuidos en todos los mares del globo. Un rugido del leon británico bastó para disipar esta amenazadora tormenta. Lord John Russell en un despacho, concebido en términos moderados y conciliadores, pero intérpretes de una resolución inapeable, exigió la devolución de los comisarios apresados por el comandante del *San Jacinto*, y el día 8 del presente mes á las cuatro de la tarde, llegó á Londres un telegrama fechado en Washington el 27 de diciembre próximo pasado, con la noticia de que el gobierno de los Estados-Unidos consentía en entregar á lord Lyons, ministro plenipotenciario de Inglaterra, las personas de los dos comisarios ilegalmente arrancados de la protección del pabellon de la Gran Bretaña. Esta maravillosa rapidez ha sacado á toda Europa de la inquietud que ha debido inspirarle la perspectiva de una guerra cuyas consecuencias habrían sido tan funestas al co-

mercio del mundo. Los periódicos americanos recibidos en Inglaterra pocos días antes de la llegada del telegrama, anunciaban ya la resolución de Lincoln, y en ellos se nos da alguna idea de la impresión que ha hecho en el gobierno de los Estados federales. Segun ellos, ni la nación ni el gobierno olvidarán la actitud en que se ha colocado Inglaterra desde el principio del rompimiento entre el Sur y el Norte, y con la misma franqueza declaran que el presidente no ha cedido á las insinuaciones de lord John Russell, por creer que á ello le obliga el Derecho Internacional, sino porque no le conviene sostener dos guerras al mismo tiempo. América, segun la prensa de Nueva-York, permanece en paz con Inglaterra, solo porque las fuerzas federales de mar y tierra tienen bastante que hacer con someter los Estados rebeldes. «La tormenta ha pasado, dice el *Herald* de aquella ciudad; pero ha dejado en pos de sí una deuda cuyo pago exigiremos con usura.» El mismo periódico aconseja al Sur que suspenda por ahora las hostilidades; que una sus fuerzas con las del Norte para posesionarse del Canadá, dejando para mas tarde el ajuste de cuentas pendientes entre las dos fracciones de la desvenjada república. *The Tribune*, diario que se ha recomendado hasta ahora por la moderación de sus opiniones, cuenta de seguro con una sublevación en Irlanda capaz de poner en apuros al gobierno de la reina Victoria, y aconseja la adopción de un arancel que admita sin pago de derechos las mercancías francesas, y cierre herméticamente á las inglesas los puertos de la federación. Con estas baladronadas se procura paliar la situación vergonzosa en que ha quedado á los ojos del mundo el gabinete de una nación que hace pocos meses ocupaba un lugar distinguido entre las mas ricas y poderosas de la tierra.

Mientras estaban pendientes las negociaciones entre Lord Lyons y Mr. Seward sobre tan delicada cuestión, otros dos diputados del Sur han sido detenidos y capturados á bordo del buque mercante inglés *Eugenia*, por otro de guerra federal. Es de esperar que este incidente tenga un desenlace pacífico. No son todavía conocidas las particularidades del suceso, y algun periódico inglés pone en duda si el buque detenido tenia derecho á la protección de su bandera.

Nada de gran importancia en los negocios de Europa. El gobierno inglés, á pesar de la satisfacción que acaba de recibir del de los Estados-Unidos, no parece dispuesto á dormirse en una ciega confianza, ni á retirar ni disminuir los armamentos que habia preparado. De Francia no se han recibido noticias que deban excitar gran interés. Si es cierto, como se asegura, que el emperador insiste en que salga de Roma el rey de Nápoles, las medidas que ha tomado hasta ahora para conseguirlo no hacen probable su buen éxito. No falta quien opine que, no siendo Roma comparable, como punto estratégico, con una linea de ocupación del territorio comprendido entre Bolonia y Ancona, la traslación de las tropas francesas á estos puntos, evacuando la que ha de ser capital de Italia, pondría fin á todas las dificultades de que está siendo teatro aquella península. La cuestión ministerial no parece todavía resuelta en Turin, y los piemonteses se obstinan en atribuir aquellos embarazos á los influjos secretos de las Tullerías, suponiendo que Ratazzi vacila entre los impulsos de su patriotismo y las instrucciones que recibió durante su último viaje á Paris. Estas contrariedades tienen mas gravedad que la que atribuyen los neo-católicos al bandolerismo que turba la paz del difunto reino de Nápoles. El paisanaje proletario de las provincias que todavía oponen cuadrillas de foragidos á las armas piemontesas, deshonra la causa que en apariencia sostiene, y que no es mas que un pretexto para abandonarse al pillaje, al incendio y al asesinato. Durante los dos últimos reinados se ha hecho todo lo posible por embrutecer aquellos desventurados pueblos, fomentando en ellos los hábitos de vagabundez, fanatismo, mendicidad y odio á toda idea civilizadora. Sembrados gérmenes de abajamiento y corrupción no se desarraigan con facilidad, y no es probable que, aun consolidado el reino y ocupada Roma por quien al fin y al cabo ha de ser su soberano, se inauguren en la plebe rural del Sur las propensiones liberales, el amor al orden, el patriotismo ilustrado y las ideas de independencia y cultura que brillan con tanto esplendor en el Norte y el centro de aquella magnífica region.

Con profundo dolor se fijan las miradas de los amigos de la humanidad en esa desventurada Hungría, víctima de una opresión, tanto mas insoportable, cuanto es mas vacilante y precario el poder que la ejerce. No existe actualmente en todo el territorio húngaro un solo agente legal del gobierno, que sea responsable del cobro de las contribuciones, de la administración de la justicia y de la conservación del orden público. La ley marcial desempeña todas estas funciones, con la brutalidad propia de una soldadesca abandonada á sus groseros instintos. El mariscal Condé Palffy reúne los mandos civil y militar, sin sumisión á ley ni reglamento. Las tropas se alojan en casas de los vecinos, en calidad de apremio, para el pago de las contribuciones. Todo delito se juzga en consejo de guerra, y no transcurren cinco minutos sin que pase por las calles una patrulla, no solo en las capitales, sino en las mas humildes aldeas. Inmensas son las sumas que se invierten en la manutención de las tropas que ocupan aquel territorio, y cuyas cobranzas no producen al erario sino insignificantes ingresos, porque, para llenar los cupos que el gobierno exige, sería forzoso emplear un regimiento en cada población. El plan concebido por los ministros, de amalgamar la Croacia con la Hungría no ha podido realizarse, y la resistencia que, las dos naciones han opuesto á este designio ha quedado impune, triunfando así la voluntad nacional de la autoridad suprema del Estado. Los croatas no están menos ofendidos y exasperados que sus vecinos, viendo ocupadas sus ciudades por numerosas guarniciones. Véase cómo aumentan diariamente las complicaciones del imperio, y cómo se disminuyen gradualmente los recursos

con que es preciso hacerles frente. Quizás el año en que hemos entrado resolverá el problema de si el Austria será capaz de pasar ileso por la crisis actual. Las probabilidades están en contra de una solución favorable. Su descredito en las bolsas de Europa desvanece toda esperanza de contraer un empréstito, sin el cual parece imposible que logre evitar una vergonzosa bancarrota.

Con algunas pinceladas algo mas fuertes, tal es el mismo cuadro que ofrece el estado actual de Polonia. A las calamidades inherentes al despotismo, se agregan las de la mas encarnizada persecución religiosa. El catolicismo es allí el objeto de una intolerancia y de un encono semejantes á los que afligieron á la Iglesia en sus primeros siglos. El clero rehusa abrir los templos profanados por la violencia y la rapiña, y la noble y cristiana firmeza ostentada en esta ocasion por un venerable prelado, ha sido castigada con pena de muerte, conmutada despues en destierro perpetuo á las nieves de Siberia. No satisfecho el gobierno moscovita con la opresión, acude á la impostura, requiriendo los auxilios del Vaticano, bajo el pretexto de que el catolicismo no es en Polonia sino la máscara con que se cubren la rebeldía y la demagogia.

Al través de estas caliginosas nubes que oscurecen las regiones del Norte de nuestro continente, solo se columbra un punto luminoso en que funda todas sus esperanzas el partido de la razón y del progreso. El espíritu público despierta en Prusia de su prolongado letargo, con una simultaneidad y una energía que prometen felices consecuencias. Las elecciones para la cámara de representantes han dejado en imperceptible minoría al partido de la corte, sirviendo de elocuente respuesta al célebre discurso pronunciado por el rey en el acto de la coronación. Prusia es la nación mas civilizada del Norte, y, bajo el punto de vista de la enseñanza pública y de la propagación de los conocimientos científicos, la mas avanzada de Europa. Con esta gran prerrogativa, su ciega docilidad á un régimen propio de los siglos de la Edad Media, ofrecería al mundo el espectáculo de una inexplicable anomalía. Los síntomas de mejoras que hasta ahora se descubren, prometen una transformación completa, cuyo influjo en la suerte de la raza germánica, y, de rechazo, en la de todas las naciones continentales, podrá ir mas lejos de lo que piensan los obcecados enemigos de la razón y de la libertad.

M.

DOS DE MAYO.

La abdicación de Carlos IV dejando al Principe de la Paz á merced de sus enemigos, dió entrada franca en la corte de las Españas á las huestes de Napoleón, preparando así el camino para la violenta y traidora usurpación de aquella corona que tanto brilló en las sienas del buen rey Carlos III. Empresa grande era la de reinar en tiempos tan aciagos, y flacas las fuerzas del nuevo rey, y mucho mas flacas todavía las de sus ilusos y poco diestros consejeros. La nación se hallaba tan postrada, por efecto de los pasados desórdenes que veía sin asombro, que aceptaba con placer una abdicación, en la cual no se habian guardado las formalidades prescritas por nuestras leyes; y viéndose tratada cual manada de ovejas, cual enjambre de esclavos, ni asomaba á sus labios una sentida queja, ni su corazón abrigaba otro sentimiento que el del mas ciego amor al nuevo idolo. Si al dejar Carlos IV el cetro no habia solicitado la cooperación del pueblo, como parte tan interesada en aquel litigio entre padre é hijo, al menos habia querido que se observase alguna formalidad, ya fuese que las contingencias del porvenir turbasen su indeciso ánimo, ó que, conociendo la mala ralea de los consejeros de Fernando, quisiera ligar su omnimoda voluntad con actos exteriores y auténticos. De todas maneras, nada debía esperarse en favor de la libertad en los últimos momentos de un reinado que acababa de mano airada, y en el que el Ministro Caballero habia publicado un código mutilado, con el solo objeto de hacer olvidar á los españoles, hasta las mas pequeñas tradiciones de sus antiguos y libres usos y costumbres.

El rey deseaba, sin embargo, convocar al Consejo real, ó al menos una Diputación de sus individuos, y que sin discutir la abdicación, antes bien respetándola como cosa ya asentada, fijase las condiciones con que aquel acto solemne debía pasar á la posteridad, asegurando legalmente la corona en las sienas del inmediato heredero. Pero á éste, y á sus consejeros principalmente, se les hacia tarde la posesión de la codiciada presa, y se negaron redondamente á tan justas pretensiones. El rey firmó; y al día siguiente 20 de marzo hizo lo propio con todas las cartas que le llevó el ministro de Estado D. Pedro Cevallos, previniéndole que se viese con él en la noche de aquel día, juntamente con el ministro de Gracia y Justicia, marqués de Caballero, para arreglar las condiciones con que debía extenderse la escritura de renuncia, y hacer legal lo que antes no lo fuese.

Ceballos prometió á S. M. cumplir lo que le encomendaba: promesa falaz como emanada del que con tanta facilidad cambiaba de papel en aquel interesante drama.

El rey buscó un ejemplar de la escritura de renuncia hecha por su abuelo el Sr. D. Felipe V, y arregló á su tenor, con las oportunas modificaciones, los artículos siguientes: 1.º La observancia de la religión católica romana, con exclusion de toda otra. 2.º La absoluta y rigurosa integridad de la monarquía. 3.º La buena y leal inteligencia con todos los gabinetes con quienes la España vivía en paz, y muy particularmente con el emperador de los franceses, unido con vinculos y tratados que aseguraban á la nación y á sus soberanos la quietud y pacífica posesión de todos sus Estados y dominios. 4.º La publicación que en tiempo oportuno debería hacerse del

restablecimiento de la ley 2.^a, tit. 15, Part. 2, concerniente á la sucesion de la corona, tal como se habia ordenado bajo su soberana aprobacion en las Cortes de 1789. 5.^o La buena administracion de sus reinos y la admision de útiles y progresivas reformas. 6.^o La omnimoda y absoluta libertad para establecer su residencia, juntamente con la reina, donde mejor pudiese convenirles. 7.^o La cantidad anual como renta fija suficiente para la dotacion de su casa, habida consideracion á los medios de que pudiese disponer el erario. 8.^o El señalamiento de la renta anual que por su fallecimiento debia disfrutar la reina. 9.^o La designacion de un palacio y parque real para habitarlo y disfrutarlo en vida, con la calidad de reversion á la corona despues del fallecimiento de ambos. 10. Paternales recomendaciones á favor de sus hijos y hermano, y muy particularmente del infante D. Francisco que querian conservar en su compania. 11. Otra recomendacion á favor de la infanta doña Maria Luisa y de sus hijos, encargando muy encarecidamente á Fernando que mirase por la suerte de sus desgraciados nietos que, desposeidos de dos coronas, no habian hallado todavia indemnizacion por los Estados de Etruria, de todo punto perdidos para ellos. 12. Que mirase por el bienestar de los españoles, sin permitir novedades que pudieran turbar su tranquilidad. 13. Encargaba el rey muy particularmente el entero cumplimiento del decreto de 18 de marzo de aquel año, concediendo su retiro al Príncipe de la Paz. 14. Una general recomendacion á favor de todas las personas de su real servidumbre, manifestando deseos de que quedasen en sus empleos, conservando sus sueldos y prerogativas aquellos que fueron despedidos por innecesarios. 15. Y por último, que le entregase su hijo un testimonio de la aceptacion de las enunciadas condiciones, semejante en la letra y en la sustancia al que el príncipe D. Luis habia hecho para su augusto padre el Sr. D. Felipe V, aceptando su renuncia, y que tanto esta como la aceptacion, fuesen revestidas de todas las formalidades y requisitos en tales casos necesarios, y que fuesen compatibles con la urgencia que tan criticos momentos demandaban.

El rey Carlos IV probó con este pensamiento lo que era de todos sabido, y de todos apreciado, su buen corazón; pero esta clase de actos no tienen ni pueden tener consecuencia. La trasmision de la soberania debe ser íntegra, tal como se halla constituida por las leyes del país en que se verifica. La variacion de las condiciones con que se ejerce es solo obra de las revoluciones, que poniendo en ejercicio la fuerza irresistible de todo su poder, imponen su voluntad á los monarcas. Era ciertamente incomprensible, y un verdadero contrasentido, que el monarca débil á quien le habian arrancado el centro y la corona, dictase todavia su voluntad al afortunado rival que el pueblo elevára sobre su pavés, sin tomar en cuenta las antiguas leyes de la monarquia. El rey Carlos IV habia muerto civilmente y la muerte que todo lo iguala, habia igualado tambien á este desgraciado con el último de sus súbditos. No se conformaron los nuevos señores con aquellas observaciones; ni podian tampoco, sin renunciar á sus venganzas y sin sacrificar sus pasiones, incentivos poderosos que los habian obligado á cometer toda clase de desafueros.

Comunicada al Consejo Real la abdicacion, la mandó pasar á los fiscales; acto propio de aquellos viejos magistrados, y enteramente conforme con la antigua práctica del Consejo; pero el nuevo poder, envalentonado con el aura popular que por doquier le rodeaba, y satisfecho de sus propias, aunque todavia cortas hazañas, no tuvo inconveniente en censurar la conducta de los hombres de ley, mandándoles que sin demora publicasen el acto solemne de la renuncia del rey Carlos IV. Hizolo así el Consejo, acostumbrado ya hacia algun tiempo á servir de instrumento á interesados planes, más que de freno á la arbitrariedad con que procedian, los que de antiguo daban con su conducta claros indicios de sus perversas intenciones.

Grande fué el júbilo de todas las clases, y de todo el vecindario de Madrid, cuando llegó á su noticia que el príncipe de Asturias, era ya rey de España. Creian todos, que la fortuna casi siempre inseparable compañera de la juventud; que la generosidad, su más noble instinto, y que todas las nobles pasiones tan propias de los pocos años, hallando natural acogida en el bondadoso corazón del joven monarca, echarian los hondos fundamentos de un venturoso porvenir, despejando las densas nubes que oscurecian el horizonte.

No se hicieron esperar mucho las muestras del talento y razon de Estado de los nuevos gobernantes: aparecieron tambien ya sin la máscara con que hasta entonces se habian cubierto los ministros de Carlos IV que sumisos y obedientes á las órdenes del privado, se distinguian ahora en el campo de su enemigo, con la adopcion de medidas violentas; como si estas fuesen capaces de borrar la apostasia de sus corazones. A la corte llegaron en triunfo los cómplices de la causa del Escorial y empleados en los más altos puestos del Estado, dando á entender de esta suerte el nuevo gobierno que para él era doctrina corriente, y accion meritoria la de conspirar contra la persona del rey reinante, y amargando con tan señalada ingratitud los postreros años del anciano rey. Fué nombrado coronel de guardias españolas, y poco despues presidente de Castilla el duque del Infantado: consejero de Estado D. Juan Escoiquiz; el duque de San Carlos, mayordomo mayor, Orgaz y otros repuestos en los destinos que antes disfrutaban, y colmados todos con muestras evidentes de real aprecio. Hizolo dimision D. Pedro Ceballos de la cartera de Estado, y no le fué admitida, recibiendo el premio de su mal proceder en un decreto en el cual haciendo mérito de sus servicios pasados, quedaba probado que era hombre de dos caras, y altamente ingrato á beneficios recibidos de su parente y bienhechor. Asanza, conocido en ambos hemisferios por su recto juicio y dilatada carrera, tomó posesion de la car-

tera de Hacienda. Ofarril de la de Guerra: entró en el ministerio de Marina, Mazarredo de suerte varia, pero de mérito indisputable; pagóse al conde de Ezpeleta la conducta que observó en Barcelona, harto equívoca, con la direccion del cuerpo de artilleria; y al marqués de la Romana, á la sazón empeñado en el Norte con la division española, le fué concedida la direccion de ingenieros. Urquijo, Cabarrus, Hermida, Jovellanos, el primero no escaso de mérito, aunque inferior á su fama, el último, á todos superior; por su virtud y su ciencia, pero en notable desacuerdo con aquel siglo corrompido, y aquella degenerada época, ó maltratados ó perseguidos volvieron á sus hogares, justísimo tributo pagado á la desgracia y á la virtud.

Ojalá que todas las providencias del comienzo de aquel reinado hubieran sido parecidas á estas que acabamos de referir; pero quedóse en ciernes, si es que lo hubo el pensamiento de gobernar la España, con la fortaleza que exige la defensa del principio de autoridad, pero con la justicia que de derecho se debe á los súbditos. La superintendencia general de policia, que existió solo en el nombre, en los últimos tiempos de Godoy, quedó suprimida; pero viva y sin rivales, la Inquisicion, que ya se mezclaba en los negocios políticos, apretando en sus sangrientas manos la empuñadura de una espada de dos filos. Suprimióse un arbitrio impuesto sobre el vino; y como el gobierno no daba muestras de reformar el plan administrativo, ni suprimía pesadas é injustas gabelas, achacábanle los maliciosos la intencion de que con tal medida, mas bien queria alagar los apetitos desordenados de la multitud, que mirar por los intereses del verdadero pueblo. Cerróse la puerta á la desamortizacion eclesiástica, cobrando nueva fuerza los envejecidos y mortales abusos, y echando los cimientos de una funesta alianza, que, en mas de una ocasion, comprometió la monarquía.

A trueque de complacer á las gentes que poseian heredades en las inmediaciones de los sitios, mandaron matar las zorras, los lobos y otras alimañas que se criaban en los bosques reales, destinadas al placer de la caza de los soberanos. No era esta medida injusta, ni tampoco inútil, pero no digna de tanto elogio como mereció, por los apasionados panegiristas, como á porfia la ensalzaron hasta las nubes; tanto mas, cuanto que al nuevo monarca no le era costoso el sacrificio, por su poca afición á la caza; diversion que era ya el único placer de Carlos IV, abrumado de años y de pesares, que vió en aquel decreto un deseo de desairarle, ó un conato de ofenderle en sus inocentes pasatiempos.

Pero la medida que mas consternó su ánimo, y que á la vez era tambien la mas grave que con pasmosa celeridad adoptó el nuevo rey con el unánime parecer de sus ignorantes consejeros, fué la que obligaba á los reyes padres, á dejar á Madrid y sus sitios reales, cambiando tan apacibles residencias, teatro de sus placeres; templo de sus glorias, y agradable solaz, en medio de sus penas, por la capital de las áridas Extremaduras, circuida de muros, mal sana, de escasa poblacion, y á corta distancia de un reino extraño. Poco ó ningun temor podia infundir aquel venerable anciano, ni su desierta corte, al joven y nuevo rey, que era mirado por la multitud como el blanco de todos los pensamientos, y como fin de las mas lisonjeras esperanzas.

El deseo que animaba á los consejeros de Fernando de vengarse de los desaires pasados, y de la benignidad mal entendida con que aquel augusto monarca pagó el cúmulo de traiciones que urdieron durante la última época de su mando, ó el lujo de arbitrariedad que debia ser el principio, el medio y el fin del nuevo reinado, hicieron cometer aquella accion, que la generacion de entonces miró con indiferencia, pero que la historia ha empezado á anatematizar volviendo por los derechos del padre y del rey. El ministro Caballero, atroz instrumento de venganzas, fué el elegido para insinuar al anciano la pena de destierro, é hizolo como quien aconseja el bien, temeroso de consecuencias, que ni debia, ni podia creer su perfidia. Sobrecojido quedó el buen anciano con tan infaustrá é impensada nueva; negóse á aceptar el consejo; penetró las siniestras intenciones de la corte de su hijo, y pesóle de todo corazón la repentina y mal meditada renuncia, que le hiciera otorgar el miedo á las revueltas y motines. Tal fué la ocasion primera del acto de protesta, que tanto hizo valer Napoleon para desgracia de la España y ruina de su dinastia, y tal fué el origen de aquella larga correspondencia empezada por la reina de Etruria, y continuada por los reyes padres, con el príncipe Murat, publicada despues y adulterada por Napoleon, que quiso unir el escarnio á la desgracia, y á la inaudita pena de la extincion de una dinastia, la infamia y el deshonor.

Las cartas de la de Etruria impulsaron á Murat á enviar cerca de Carlos IV al general Mouthion, con la decidida intencion de ampararle en su desgracia, protegiéndole contra las maquinaciones de los cortesanos del rey. Pensaba el gran duque de Berg que seria aceptable á los ojos del emperador el hacer de manera que la España tuviera dos reyes, y que partiendo por el medio en la guerra, le cupiese la mejor parte al que, tercero en discordia, se hallaba al frente de un aguerrido y numeroso ejército. Murat codiciaba la corona de España. El general Mouthion, mensajero de paces en la apariencia, pero en el fondo, nuncio de la mas desastrosa guerra, animó á Carlos IV, indisponiéndole con su hijo mas de lo que conviniera, y haciéndole esperar la suprema dicha del emperador Napoleon, le ofreció venganza, y la corona que con tanta facilidad habia renunciado. No queria tanto el buen anciano: ni la venganza era pasion propia de su generoso corazón; ni apetecia tampoco volver á cargar, débil, enfermo y solo, con la grave pesadumbre de los negocios públicos. Tenia la idea, no muy fundada, en verdad, que la abdicacion era nula; y decimos esto, porque apoyada esta por la opinion pública, y

sostenida por la fuerza popular que elevó al trono antes de tiempo al Príncipe de Asturias; en vano hubiera sido combatir aquel hecho, ya victorioso, con argucias de le-gistas, ni costumbres rancias y en completo desuso. Era ademas la España un país regido arbitrariamente, tal cual cumplia á la buena voluntad del rey; nada, puede decirse, habia fundamental; todo era amovible, al gusto y voluntad de sus monarcas; leyes; instituciones prácticas, se adulteraban, se variaban, con una facilidad que á veces reinaba en extravagancia. Por último, ni la sucesion de la corona era cosa de todo punto asentada. La antiquísima costumbre y venerada ley del Código de las Partidas revocada habia sido, sin gran solemnidad, por el auto acordado en 1715, y aunque esto era lo oficial, y lo público, yacia entre los papeles de la Cámara de Castilla, esperando ocasion de mostrarse á las claras, otro acuerdo de las Cortes celebradas en 1789, restableciendo la antigua costumbre y la ley de las Partidas. Por último, si Carlos IV abdicaba simplemente y sin guardar ninguna solemnidad, no era esto mas que seguir las modas de los tiempos; las consecuencias del derecho divino, las de la política de Luis XIV, encerrada toda en la breve fórmula del *Estado soy yo*, y era repetir el hecho que habia servido de principal razon para el advenimiento al trono de la dinastia de Borbon: un acto privado habia sido el testamento de Carlos II, un acto privado fué la abdicacion de Carlos IV, pero ambos produjeron sus efectos, porque tuvieron de su parte el primero la fortuna de las armas, y el segundo la soberania nacional.

No trataba Carlos IV, pues, de volver á ocupar el sô-lío; la palabra de un rey debe ser mas firme que la de un particular; ni cabe tampoco argüir con el miedo, ni con la violencia. Las personas que ocupan tan altos puestos en la humanidad, deben si no son hombres superiores, parecerlo al menos, y tener mas ánimo, mas fuerzas, mas perseverancia que la que tiene el varon constante de que habla el derecho. Pero sea de esto lo que quiera, el general francés abusó de la candidez del pobre anciano, que no tuvo destreza para conocer la infernal astucia del enemigo, ni valor para resistir á sus halagüeñas promesas; cayó pues en el lazo; convino en hacer una protesta contra la abdicacion, tal cual el general la deseaba; hizo la protesta, entrególa en aquellas manos mercenarias, y con ella una carta para Napoleon, pidiéndole proteccion y defensa, ¿contra quién? contra su hijo, que ya á su vez la habia pedido y la pedia á la sazón tambien contra su padre.

Faltan á la verdad los que dicen que Carlos IV tenia hecha la protesta de antemano; y falso y apócrifo es el documento en que se apoyan, á lo menos en la parte que se refiere á tan importante asunto. No disputaremos sobre la fecha del 21 de marzo que los agentes franceses añadieron, pues que, segun dice el Príncipe de la Paz, no llevaba ninguna, y aunque alguna llevara, poco importaba, fuese la que fuese, conocidas las intenciones del rey, y la felonía de Napoleon. La imparcialidad de la historia nos obliga á decir que fué altamente vituperable en este caso la conducta de Carlos IV imitando la de su hijo Fernando VII en lo mas odioso que aquella tuvo al principio de su reinado. Desventurada familia en la cual, unos por el deseo de reinar anticipadamente, y otros por sustraerse á las venganzas de los vencedores, obediendo á caprichos, y á un mal disimulado amor propio, llamaron al extranjero en su ayuda, sin tomar en cuenta los vínculos de la sangre, ni las sagradas obligaciones que para con sus pueblos tenian. Dejemos por un momento la relacion de estas miserias, que tiempo habrá para poder apreciar sus funestos resultados.

Segun dejamos referido en el anterior capitulo, el Príncipe de la Paz envió á D. Pedro Velarde socolor de cumplimentar á Murat, para ver si podia averiguar alguna cosa cierta de sus planes ulteriores; y no queriendo el nuevo gobierno ser menos, envió al duque del Parque, que ofreció al guerrero los respetos del Soberano. No habia humillacion que en la corte de Fernando VII no pareciese merecido galardón, digno de aquel que daba y quitaba coronas á su arbitrio: los cortesanos andaban solícitos por saber los gustos, las inclinaciones y hasta los caprichos de Napoleon para satisfacerlos de una manera pública y hasta comprometida, nada más que por adherirlo de buen grado á la causa que sustentaban. Buscaron una y otra vez en las secretarias del despacho, todos los documentos del pasado reinado sin tener en cuenta el inviolable secreto de los negocios del Estado; y sin conocer cuánto se lastimaba, con un acto tan criminal la independencia nacional. Como creian y con fundamento que la corona de las Españas no descansaba segura en las sienes de Fernando, sino que por el contrario, seguía adelante el pleito, que debia fallar á lo menos por entonces y en primera instancia el emperador Napoleon, todo su conato era allegar pruebas para convencer al juez de la bondad del derecho que á su protegido asistía. Mucho sintió Carlos IV tambien aquella pesquisa, que, con tanta malicia, llevaron á cabo sus enemigos; que no parecia sino que el poder absoluto, las cosas hechas por su ciencia y poderio, derecho heredado de su augusto padre, habian de ser crímenes de Estado á los ojos de su sucesor, que mal aconsejado, las denunciaba incauto ante un soberano extranjero. Fué trasladado el Príncipe de la Paz desde el sitio al castillo de Villaviciosa, propio de los condes de Chinchón, y allí escoltado y guardado por los guardias de Corps, sufrió la mas rigurosa incomunicacion, no sin dignidad; y con grande resignacion cristiana.

En esto llegó la hora del desenlace. Murat habia esperado en Castilla, y antes de pasar los puertos las órdenes terminantes de Napoleon, sabedor de cuantas novedades habian ocurrido en Aranjuez. Pasar adelante con el ejército; ocupar á Madrid, posesionarse de toda la tierra del Mediodia, desde el Guadalquivir al Tajo; desde el Tajo al Turia; mantener buenas relaciones con los habitantes, esquivar compromisos, huir las reyertas y esperar

los acontecimientos: hé aquí, en suma, las instrucciones que de París llegaron. En ella denotaba el árbitro de la Europa, cuán fácil le era ocultar sus pensamientos, cuando como él mismo decía, no estaba cierto del camino que tomaría en aquel intrincado laberinto en que por el pronto andaba perdido. El día 25 de marzo entró el gran duque de Berg en Madrid, á la cabeza de la primera división de su ejército, compuesta de lo mas brillante y mejor equipado de las tropas que habian ocupado el territorio. El pueblo admiró su marcial continente, y respetó con sus miradas y con su silencio á aquellas huestes de las que se contaban tan portentosas hazañas. No formó el pueblo de Madrid el mejor concepto de las demás divisiones, y, sobre todo, de la infantería, compuesta en su mayor parte, de gente bisoña y poco acostumbrada á la fatiga de la guerra. Si Murat apresurando sus marchas, hubiera entrado en Madrid quince días antes, las gentes hubieran celebrado su entrada, y aplaudido con verdadero entusiasmo á sus tropas, consideradas como libertadoras. Pero los sucesos de Aranjuez, colmando los deseos de la multitud, habian cambiado sus opiniones, no siendo ya los franceses sino huéspedes incómodos é inútiles, cuando menos, para lo que pocos días antes, con menos gente, y sin mas ruido que el necesario, se habia consumado con feliz éxito en las sombrías alamedas de aquel real sitio. Tal vez el instinto de las masas populares, cierto las mas veces, les hacia presagiar todo genero de desgracias futuras.

Si á pesar de sus proezas de todos sabidas y de muchos apreciadas, Murat no habia podido infundir entusiasmo en el pueblo de Madrid, Fernando VII, sin otro mérito mas que lo régio de su estirpe; sin mas gloria que la conquistada en Aranjuez; sin otra hazaña que la que apresuró la caída del favorito, infundió en los habitantes de Madrid, no el entusiasmo pasajero y los arrebatos momentáneos del pueblo instable y valedoso; sino el ardiente delirio de las convicciones y del fanatismo elevado al último estremo. Jamás triunfador romano causó mas contento al pueblo, ni pudo vanagloriarse de una tan magnífica como sencilla ovacion. Jamás desde entonces acá, apareció el pueblo español, del cual puede decirse era legitimo representante el de Madrid, mas unido y conforme, sin que el mas leve celage de temor ó desconfianza enpañara el purísimo sol de aquel claro horizonte. El rey entró en la coronada villa muy de mañana; montaba un generoso caballo y á corta distancia le seguian dos escuadrones de guardias de la real persona: única muestra de la dignidad con que el pueblo de Madrid le admiraba por la primera vez. Muchas gentes de toda clase y calidad habian salido á su encuentro, y extendiéndose por todo el largo camino que media entre Aranjuez y Madrid. Desde la puerta de Atocha hasta el arco de la Armería tardó el rey muchas horas: todos querian contemplarlo, abrazar sus rodillas, colmarlo de bendiciones, sin que dejase de manifestar ni por un momento, aquel concurso extraordinario, los mas acrisolados afectos de amor, respeto y veneracion. Con los ademanes, con las lágrimas, hasta con extravagancias sin cuento, el pueblo todo aclamó unánimemente por su rey á Fernando VII, sancionando por su soberanía la abdicacion de Carlos IV en Aranjuez. Era tanto mas pura la alegría, cuanto que el pueblo no habia tenido la menor parte en aquel hecho escandaloso, conservando entero su carácter é inocente su corazón. De suerte que el rey mas opuesto al reconocimiento del principio de la soberanía nacional; no tuvo por muchos años de reinado otro derecho, que el que le dió el pueblo, elevándole sobre el pavés. Carlos IV era el rey tradicional, el rey del derecho divino, el rey hereditario; Fernando VII á no ser un rebelde usurpador, era el rey popular, aclamado por la voluntad del pueblo, en contra de las antiguas leyes de la monarquía, en contra de la tradicion y hasta del derecho hereditario.

Desde aquel mismo dia empezaron á hacerse odiosos los franceses, parte por su culpa, parte porque toda ocupacion desagrada á pueblos pacíficos amantes de la independencia de su tierra, como lo era entonces la España. Aquella misma tarde en que el pueblo de Madrid celebraba tan de buen corazón la magnífica fiesta nacional que imperfectamente hemos querido describir: el general francés situaba sus tropas en el tránsito, no para asociarse á la comun alegría, sino para dividir la atencion, impidiendo la unidad de accion de aquel bellissimo drama que heria mortalmente la vista del que soñaba con la posesion de la riquísima diadema de la España y de sus Indias. Disgustado de su alojamiento en el Retiro, se trasladaba á la casa que habitó mucho tiempo el Príncipe de la Paz, inmediata al convento de monjas de Doña Maria de Aragon, juzgando aquel paraje por su cercanía á palacio y á las afueras de la poblacion, mas á propósito para sus ocultas miras. Lástima grande que aquellas alegrías con que el pueblo de Madrid celebró la entrada de su rey en la capital de la monarquía, no hubiesen estado limpias de toda mancha; pero no lo estaban: pocos días antes el pueblo en tumulto habia allanado varias casas, destrozado y quemado ricos muebles, preciosos adornos, eligiendo para teatro de tan detestables fechorías las casas del valido y de algunos otros que, fieles en la prosperidad, lo quisieron tambien ser en la desgracia. ¡Ab! si todos los que fueron amigos del Príncipe de la Paz, si todos sus aduladores, si todos los que de aquel alto potentado recibieron merced y gracia, hubieran sido perseguidos y sus casas saqueadas, pocas hubieran quedado incólumes de tan grave daño. Asistia el pueblo á aquel triste espectáculo con inocente curiosidad: un tumulto era una cosa muy divertida para los que no habian visto en toda su vida cosa parecida, puesto que desde el motin contra Esquilache no habia ocurrido ni aun amago de turbacion; y eran pocos los que contaban los años necesarios para dar cuenta de aquellos pasados desórdenes.

La nueva corte tenia fija sus ojos y concentrada to-

da su atencion en dos objetos para ella de grandísima importancia: al parecer distintos, pero con tan íntimas relaciones entre sí y tan grandes analogías, que casi podian considerarse como uno solo. Era el primero la mania erigida en sistema de agrandar, complacer y servir, aun con bajeza y humillacion, á los franceses; como aquel que necesita á otro ó espera de él un gran beneficio: así es que desde los primeros momentos del advenimiento al trono del nuevo rey, se dió orden al Consejo de Castilla para que nada faltase á la comodidad de las tropas y solaz de los jefes, repitiendo la manoseada frase de *mí fiel aliado* y otras semejantes, dispuestas y ordenadas con esquisito arte para llamar la atencion de aquel cuyas buenas gracias se pretendian con tan desmesurado afán.

No habian pasado tres días, cuando D. Pedro Ceballos se dirigió nuevamente al Consejo dándole la falsa nueva de la llegada del emperador Napoleon, y con la de que S. M. el rey quería que *fuese recibido y tratado con todas las demostraciones de festejo y alegría que correspondian á su dignidad y á su íntima amistad y alianza, de la que esperaba la felicidad de la nacion*; mandando asimismo S. M. que la villa de Madrid proporcionase *objetos agradables á S. M. I. y R. contribuyendo al mismo fin todas las clases del Estado*. En la Gaceta del 29 de marzo, en su artículo de España, se celebraba la entrada de las tropas francesas, se alababa su porte, se encomiaban sus esfuerzos, trayendo á la memoria las celebradas batallas de Eylau, Dantzik y Friedland; y por último se decía que el *gobierno miraba con la mayor satisfaccion la armonia y fraternidad que reinaba entre los individuos de dos pueblos aliados y unidos entre sí, no menos por el aprecio, que por el interés de la causa comun*.

Conservaba la España un timbre de sus antiguas glorias, una prenda insigne de los tiempos de su casi fabuloso poderío, la espada de Francisco primero de este nombre, segun algunos historiadores franceses, el último de los caballeros de aquella nobilísima nacion. Guardábanla en la Armería Real, vasto museo de antiguallas guerreras, en el cual se conservaban las armas de los antiguos españoles, cuyo peso no podrian sustentar hoy las enervadas fuerzas de sus degenerados descendientes. Los franceses querian poseer aquel inestimable tesoro, aquella prueba auténtica de su inferioridad en Italia, aquel contraste elocuente con los triunfos recientes. Los vencedores de Lodi, de Castiglioni y de Génova, no podian soportar á los que tan felices un dia supieron vencer en el Garellano y en Pavia. Napoleon, como todos los conquistadores, como todos los tiranos, habia suprimido la libertad, dada por Dios al hombre; queria suprimir tambien á su vez la historia. La espada de Francisco I fué pedida y fué otorgada; lo que el Príncipe de la Paz, acusado de perfidia y de humillacion para con el francés habia negado, los cortesanos de Fernando VII, victoreados como los mas eminentes patricios de su tiempo, no tuvieron inconveniente en conceder. Y no paró aquí, sino que en vez de entregar la noble espada del rey de Francia á hurtadillas y de secreto, como el que hace una mala accion, lucieron su incomprendible hazaña con un boato y magnificencia tales, que no se sabia qué admirar mas, si la humilde condescendencia de aquel acto de estúpida servilidad, ó la manera estrepitosa con que lo llevaron á cabo. Los coches de la casa real de gala, tropel de palafreneros y lacayos con vistosas libreas, acompañamiento de guardias de Corps y el caballerizo mayor marqués de Astorga, y el duque del Parque, capitán de Guardias, dieron fé y público testimonio á la España y á la Europa de como el rey Fernando y su gobierno no deseaban otra cosa mas que complacer al emperador de los franceses, aun en cosas que tocaban tan de cerca al honor nacional, tan respetado en los antiguos tiempos, tan digno de consideracion en todos. Si nos fuese licito dejar á parte la dolorosa narracion de los tristes hechos que hemos comenzado, y que nos urge concluir para enseñanza y ejemplo de la presente generacion, ocasion se nos presentaba para hacer un paralelo entre el invicto héroe que rindió en Pavia al poderoso monarca de la nacion vecina, y el que entregó su espada al soldado de fortuna, que gobernó la Francia y la Europa sin ser descendiente de Clodoveo, San Luis ni Enrique IV: entre el que conquistó dilatados países y extendidas tierras en ambos hemisferios, y el que las perdió casi todas, y preso y robado, y burlado, tuvo todavía alientos para celebrar las hazañas del que fué el autor y la causa inmediata de una sacrilega guerra, y de la muerte y perdicion de millares de españoles tan valientes como generosos, tan decididos en la batalla como resignados despues de la victoria. En la real orden que motivó la entrega de aquel glorioso trofeo, se leian las siguientes palabras: «S. A. I. el gran duque de Berg y de Cleves habia manifestado al señor D. Pedro Ceballos, primer secretario de Estado y del despacho, que S. M. I. el emperador de los franceses y rey de Italia, gustaria de poseer la espada que Francisco I, rey de Francia, rindió en la famosa batalla de Pavia, reinando en España el invicto emperador Carlos V, y se guardaba con la debida estimacion en la Armería Real desde el año de 1525, encargándole que lo hiciese así presente al rey N. S. Informado de ello S. M. que desea aprovechar todas las ocasiones de manifestar á su íntimo aliado el emperador de los franceses el alto aprecio que hace de su augusta persona, y la admiracion que le inspiran sus inauditas hazañas, dispuso remitir inmediatamente la referida espada á S. M. I. y R.» Inútil nos parece todo comentario; las anteriores expresiones denotan á qué punto de decadencia y postracion habia llegado el gobierno de España.

El segundo de los objetos que se propuso la nueva corte, fué la persecucion constante y sistemática del Príncipe de la Paz. Con nada se contentaban sus enemigos mas que con hacer expiar en un cadalso los que ellos llamaban crímenes de Estado, cometidos por aquel desgraciado ministro. Las trágicas historias del Condes-

table y del marqués de Siete Iglesias estaban presentes á su imaginacion, y no descansaban hasta tener completa seguridad de que el fin desastroso de D. Manuel Godoy seria igual al de aquel que tuvieron tan desdichados validos. Y ahora, cual récia marejada, crecia el triste rumor con la llegada á Madrid de los insignes varones que habian sido condenados por providencia gubernativa, á destierro de la corte y sitios reales como fautores y principales cómplices en la causa del Escorial.

Ocurrióseles á los heroicos vencedores de Aranjuez publicar la causa del Escorial, ó mejor dicho, publicar de esta lo que les parecia acomodado á su objeto, de suerte que el fallo de la opinion pública les fuese favorable. Suprimieron de aquel notable proceso cuanto creyeron podia perjudicarles; y mutilado, y alterada la verdad en su esencia, diéronlo á la imprenta, insertándolo en la Gaceta en un ligerísimo resumen. Este acto, obra de Escoiquiz, fué un guante de desafio lanzado contra una persona que no podia vengarlo: contra el buen rey Carlos IV. ¿Ni quién en aquellas circunstancias, cuando los vencedores estaban ébrios con su fácil victoria, se hubiese determinado á defender la causa de los vencidos? Nadie emprendió tan grande é imposible empresa, faltando mas los medios de llevarlo á cabo que la lealtad y generosidad para acometerla. Una persona, á la sazón muy atorizada, la única competente y aun irrecusable en la materia, como que habia sido en los primeros momentos el autor de la causa, hubiera podido con dos palabras destruir todo aquel aparato que se fraguaba contra el rey padre y contra su ministro. Pero el hombre á quien aludimos, olvidando los instintos nobles y generosos, que no son dueños de contener los que poseen un alma noble al presenciar las grandes catástrofes que surgen en la nada á una augusta familia, dejando en completa tribulacion á un gran pueblo, no quiso hablar, pero no tuvo inconveniente en aceptar la plaza de presidente del Consejo de Hacienda. Este hombre era el marqués de Caballero. Tres días despues la Gaceta estampó un decreto mandando formar causa al Príncipe de la Paz y á varios de sus amigos que habia desempeñado cargos en el largo periodo de su administracion: desacertadísimo paso é inconcebible; pues no habiendo hecho nada el Príncipe sin la autorizacion del rey, este era el principal culpable, y á él se debia imponer la pena, mas bien que al que habia sido su instrumento. O si esta teoria era combatida, era preciso entrometerse en asuntos delicadísimos, atravesar un mar erizado de escollos, entrar en un campo vedado, del cual debia salir lastimado el honor del rey, amenguado el pudor de una señora, y en tela de juicio los mas hondos secretos del hogar doméstico, y los errores y debilidades de aquellas testas coronadas, que no por serlo debaban de participar de la fragilidad de la humana naturaleza.

Grande impresion causó á Carlos IV esta medida, que graduó desde luego de un culpable desacato; estaba á la sazón el buen anciano enfermo de la gota que tanto le mortificaba, y aun tenia impedida la mano derecha; pero pudo mas el sentimiento de su corazón que los padecimientos que le causara la enfermedad, y en el acto escribió al príncipe Murat, declarando falso y calumnioso el contenido de la Gaceta extraordinaria de 1.º de abril, y pidiendo se suspendiesen los procedimientos contra Godoy hasta la próxima llegada del emperador Napoleon. Escribió tambien á su hijo el rey Fernando, invocando los derechos de padre, y haciéndole ver la obligacion de hijo, y todavia mas el deshonor que resultaria á su familia de un proceso, en el cual naturalmente habia de quedar menoscabada la autoridad real: contestó el rey á tan sentida carta con vagas excusas, abroquelándose en sus disculpas con su poco poder, habiéndolo cobrado muy grande los descontentos, que mandaban en su nombre, y lo tomaban por instrumento de sus miras y ultteriores proyectos.

No era tan explícita la confesion, pero de la letra de la carta se inferia, y era además la verdad, involucrada con multitud de hechos acaecidos en aquellos mismos dias. Estimulaba Fernando en su contestacion al padre, que activase su partida á Badajoz, como el único medio de calmar las irritadas pasiones de los enemigos del Príncipe. Triste política, que no tenia por base mas que la debilidad del monarca y el indiscreto deseo de vengarse de sus apasionados consejeros!

En medio de tan encontradas pasiones, de tan inverterados ódios, de la funesta guerra civil que, destrozando las entrañas de la madre patria, alimentaban el padre y el hijo, el enemigo comun tomaba todas sus medidas, para que no escapase de sus garras la presa que tanto codiciaba: y aunque jugaba tan á las claras, era tal la ceguedad de los opuestos combatientes, que anhelando cada cual la venganza, no veian que ambos saldrian igualmente parados de la contienda.

Napoleon habia empezado á ocuparse de la España: cesaba, pues, la indecision que tuvo su política en los primeros momentos: y á medida que en la nacion se precipitaban los acontecimientos, aquel hombre singular empezaba tambien á dar nuevo giro á su fecunda imaginacion, inventando diariamente nuevos planes, que todos tenian por base la variacion de la dinastia española, sustituyéndola por otra francesa. En 27 de marzo escribia el emperador á su hermano el rey de Holanda este firme propósito, no satisfecho todavia de los medios, pero decidido al fin. En verdad que esta correspondencia quedó por aquel entonces envuelta en el mas absoluto silencio; pero no era reservada ciertamente la de Izquierdo, y mucho menos la carta que con fecha del 24 escribió aquel negociador al Príncipe de la Paz, llegada á Madrid en los dias en que se hallaban revestidos del supremo poder los adversarios de aquel magnate.

(Se continuará.)

ANTONIO BENAVIDES.

LA IMPRENTA EN LAS ANTILLAS.

I.

Desde el año 1837 en que se dispuso que las provincias de Ultramar se regirían por leyes especiales, ninguna de las garantías constitucionales está vigente en aquellas apartadas regiones. El año pasado, por primera vez desde dicho año de 1837, un senador, nacido en Cuba, interpelaba al gobierno pidiéndole, entre otras reformas, que se diera mas soltura á la imprenta de las Antillas. Antes, en 1841, el mismo senador habia dado un informe dirigido al capitán general de aquella isla D. Gerónimo Valdés, en el que abiertamente se pedía la libertad de imprenta.

El gobierno en 1841 no se ocupó como convenia de esta justa petición. En la legislatura pasada contestó en términos generales á la interpelación, y la imprenta continúa sometida á una previa censura tan rigurosa, que no permite la circulación en aquellas islas de ningun escrito político que se dirija contra el orden existente en ellas.

¿Es justo, es siquiera conveniente este sistema de represión, aun bajo el punto de vista de las doctrinas mas conservadoras en el orden constitucional?

La respuesta debiera ser afirmativa á juzgar por la tenacidad con que se resiste toda reforma por tantas y tantas autoridades y ministerios como los que han mandado en Ultramar y en la Península durante los últimos veinticinco años, y no obstante, á poco que friamente se estudie la cuestión, aparecerá que la censura previa de la imprenta no solo es injustísima, sino que es altamente inconveniente, segun nos proponemos demostrar.

Antes, sin embargo, será bueno que impugnemos dos argumentos generales con los que se trata de tapan la boca á todo el que aboga por reformas políticas en aquellas provincias. Consiste el uno en tergiversar las intenciones del que siendo americano pide ó desea dichas reformas, suponiéndole filibustero-anexionista, y el otro en suponer una ignorancia completa de las circunstancias especiales de las islas á todo peninsular que, sin haberlas visitado, opina en ese sentido.

Achaque comunismo y tan general y antiguo como la existencia de los partidos políticos en el mundo es el de emplear armas de descrédito contra los que desean mejoras, exagerando sus tendencias y suponiendo que pretenden trastornos violentos, cuando en realidad solo desean justicia: y no es menos comun que un individuo, sin talento y con poquísima instrucción, á los dos meses de hallarse en las Antillas, se figure que solo porque respira aquel aire, siente el calor tropical y ha visto algunos ingenios de azúcar y hacer algunos cigarros vejeros, conoce profundamente el país, sus condiciones económicas y sociales, su organización política y administrativa, sus costumbres, carácter, creencias, vicios, virtudes y preocupaciones.

A los que ven en toda persona liberal americana un filibustero, debemos advertirles que jamás se puede dar la coexistencia de dos partidos extremos y en un antagonismo tal que no admitan transacción, sin que medie por lo menos una pequeña fracción conciliadora, y sin que la exaltación de ambos no proceda de que uno de ellos carezca de esfera legal de acción en que moverse.

En este concepto, si un hispano-americano rompe con todos los vínculos de sangre, de idioma, de tradiciones, de costumbres, de religion y de intereses que le atraen hácia sus hermanos de la metrópoli, es prueba de que de tal manera se le comprime y agobia que, á trueque de soltar las ligaduras que le sujetan, no repara en sacrificar sus mas caras afecciones.

Del mismo modo la exaltación extrema y la tenaz resistencia de ciertos peninsulares á que se liberalice el régimen colonial, supone igualmente que es tal la conciencia que tienen de su debilidad é injusto proceder, que á la primera concesión que hagan, la reacción de los criollos les llevará á una ruina segura.

A su vez la misma escasez de partidarios de una política moderada prudentemente liberal y reformista, es otra prueba evidente de la injusticia y presión de los que dominan y de lo apurada que ya se encuentra la paciencia de los dominados.

Explicada así la cuestión, segun se deduce de la historia constitucional de todos los países de Europa y América, no puede salirse de este dilema: ó son filibusteros los que aspiran á las reformas políticas, en cuyo caso siendo muchos es evidente que tienen razon y justicia, y debe atenderseles, ó son hispano-americanos que desean mantenerse unidos á la metrópoli, en el cual tampoco conviene obligarles á tomar una resolución anti-patriótica y desesperada.

En cuanto á los peninsulares que, como el que esto escribe, no han visitado las Antillas, poco importa semejante circunstancia, si durante gran número de años han venido estudiando y recogiendo datos y hechos para apreciar con exactitud todas las condiciones sociales de aquellas islas, colocándose en posición de ver desde lejos y por el criterio científico lo que peninsulares residentes de mucho tiempo ni saben ver, ni oír, ni tocar, á pesar de que se halla delante de sus ojos y al alcance de sus brazos.

Medradas estarian las ciencias políticas y sociales, si solo pudieran ser buenos diplomáticos los que hubieren residido mucho tiempo en la corte á que fueran destinados! Si únicamente fueran buenos gobernadores de una provincia los que se hubieran educado en ella, ó buenos ministros de la Gobernación los que hubieren visitado y residido largo tiempo en cada una de las mil y tantas poblaciones de mas importancia de la monarquía!

La política, ó sea el arte de gobernar, tiene reglas generales que se apoyan en principios científicos independientes de tiempo y de lugar, tiene además otras reglas de aplicación condicional segun las circunstancias que se estudian y conocen mejor por medio de documentos y escritos numerosos y bien comparados que con observa-

ciones locales, incompletas, hechas con poco estudio y peor criterio.

Hay jóven de la Habana, que sin haber estado jamás en Europa, conoce mas á Paris y á la Francia que la mayoría de los mismos franceses, como hay muchos peninsulares que sin haber estado jamás dos millas de mar adentro conocen á Cuba mejor que la mayoría de la parte vulgar de aquella isla.

Hecha esta indispensable digresión, entremos en materia.

II.

La libertad de imprenta es, como todo el mundo sabe, no solo un medio de ilustración y una garantía contra los abusos del poder, sino que es asimismo una guía constante que va señalando de antemano el camino que deben seguir los poderes públicos en la gestión de los negocios del Estado. A medida que un pueblo progresa, la acción del Estado se limita, dejando mas libre la acción individual; pero al mismo tiempo, y aun quedando reducida esa acción del Estado al solo y único efecto de garantizar el derecho de cada ciudadano, el aumento de la población y de la riqueza crea de día en día nuevos intereses que, chocando muchas veces, exigen la intervención de la autoridad, á fin de que á cada uno se le haga la debida justicia y se le proteja contra la arbitrariedad ó violencia de los demás.

De aqui nace que en todo pueblo civilizado la imprenta, aparte de su principal misión que consiste en propagar la ciencia, tenga que ejercer una vigilancia continua, tanto con relación á un número de hechos considerable que se verifican en la esfera de la acción libre de los ciudadanos, como respecto á la gestión de los negocios encomendados á la administración pública.

Así, no se concibe la existencia de un comercio activo, sin que á la par se desarrolle la asociación mercantil, los establecimientos de crédito, el agio, los seguros y otras instituciones que complicando progresivamente la organización industrial, no pueden ser útiles sin el auxilio de la imprenta que publica, además de las cotizaciones, precios corrientes, movimiento marítimo y mercantil, las noticias políticas que ejercen una influencia mayor ó menor en las transacciones mercantiles.

Los Estados-Unidos tienen, por ejemplo, 4,400 bancos que emiten billetes: su influencia ha sido tan benéfica, que á ellos principalmente se han debido un gran número de adelantos industriales cuya rapidez no asombra; pero estos bancos deben su crédito en mucha parte á la vigilancia que sobre ellos ejerce la imprenta y á la publicidad que al mismo tiempo les proporciona. Hay allí periódicos destinados á cotizar periódicamente el crédito ó precio de que gozan las acciones y billetes de los bancos, como los hay para otro gran número de materias especiales.

Suprimase la libertad de imprenta en los Estados-Unidos, y la continuación de esas grandes empresas industriales será imposible, porque el público no podrá prestar confianza á lo que la indique y aconseje un periódico que no tiene ni puede tener independencia.

En Cuba mismo si hace tres años hubiera existido una imprenta libre é ilustrada ¿la creación de sociedades anónimas habria llegado al extremo á que llegó? Al aparecer esa fiebre de agio de acciones, ¿no habria existido una imprenta periódica ya formada y acreditada, entre la que descollaran diarios redactados por economistas de crédito que á tiempo hubieran señalado los peligros de semejante delirio?

Y sobrevenida la crisis mercantil ¿no habria la imprenta indicado medios mas científicos y eficaces que los que se han empleado para atenuarla?

Es preciso ignorar hasta los rudimentos de la ciencia del trabajo para desconocer el íntimo, el indisoluble enlace que existe entre la vida industrial de un pueblo y su vida política.

Una noticia política detenida veinticuatro horas por una autoridad cualquiera, puede desbaratar los planes mejor combinados del mas hábil comerciante; una arbitrariedad cometida sin el peligro de la censura pública por medio de la imprenta, puede disminuir de un día para otro el valor de todas las existencias de un rico producto. A veces hasta los caprichosos deseos que tenga un corregidor de hacer una mejora municipal, pueden conducirle á minar por su base la sociedad atacando á la vez la seguridad individual y la propiedad.

Ciertamente, los que de buena fé defienden la previa censura en las Antillas no han meditado bien todas las consecuencias que no solo puede ocasionar, sino que ha ocasionado y está ocasionando en estos mismos momentos, la falta de la libertad de imprenta, de ese freno poderoso contra la arbitrariedad del poder y de sus agentes; de esa preciosa válvula reguladora de la gran fuerza que representa la vida económica y política de los pueblos modernos.

Bajo el punto de vista de la justicia, nada tan injusto como arrogarse el poder público la tutela y suprema dirección de todos los intereses económicos y políticos de una provincia, sin conceder á los ciudadanos ni aun el derecho de queja, de examen, de crítica y de censura ejercido por medio de la imprenta. Sin apelar al testimonio de escritores radicales ó cubanos, limitándonos á citar un solo escritor de opiniones conservadoras, de alta posición administrativa, el Sr. Vazquez Queipo, fiscal que fué de la superintendencia general de la Real Hacienda en la isla de Cuba, hallaremos en su célebre informe de 1844 enumerados tales y tantos vicios y abusos en todos los ramos de la administración de la isla, y especialmente en la parte jurídica, que cualquiera de ellos justifica la necesidad de contraponer á la fuerza de la arbitrariedad y corruptelas de los tribunales y de las autoridades, la saludable censura de la opinión pública.

Además, si en virtud de un artículo constitucional las provincias ultramarinas deben regirse por leyes especiales, si mientras llega el día de hacer estas leyes, se

tiene el gobierno de aquellas provincias confiado años años á la autoridad personal de los capitanes generales; si apesar de la última reforma de Ayuntamientos y la de crear un Consejo provincial con facultades análogas á de Estado en la Península, el poder político y administrativo continúa centralizado, ¿cómo ha de armonizarse el gobierno de Ultramar con el constitucional establecido en la monarquía española, sin conservar al menos como única garantía la libertad de imprenta por igual en las colonias y en la metrópoli?

¿Acaso los ministros son irresponsables de sus actos en la gestión de los asuntos ultramarinos?.... Para esto seria preciso reconocer una soberanía en Ultramar de derecho propio en cada ministerio: es decir, seria preciso admitir un absurdo como base del gobierno colonial.

Este absurdo, sin embargo, existe de hecho. Las Cortes no examinan nunca los presupuestos ni las medidas que el gobierno adopta en las provincias ultramarinas, como no sea debido á que por conductos extraoficiales lleguen quejas ó noticias á oídos de algun diputado celoso. Los escritores peninsulares tenemos que hacer improbos trabajos de investigación para saber la verdad de lo que allí pasa. De los pocos periódicos que se publican en las Antillas no podemos sacar mas que algunas noticias mercantiles desprovistas de comentarios filosóficos y tal cual apología del capitán general ó de las autoridades dominantes. Leído un número están leídos todos. Aun así, si convencidos de lo mucho que importa á la prosperidad nacional la conservación de tan ricas provincias, adquirimos datos y nos proponemos escribir en tono razonador y mesurado contra algun abuso local ó en favor de alguna reforma, nos exponemos á que un censor lleno de miedos pueriles ó imbuido en ridículas preocupaciones, crea que nuestro trabajo va á poner en conflagración la isla y reclame que la primera autoridad prohíba la circulación de nuestro impreso, consiguiendo de este modo que la prohibición excite el deseo de leerlo, y el escrito alcance mucha mas importancia de la que naturalmente hubiera tenido.

Mientras tanto la nación pierde toda la influencia que en el resto de América, y especialmente en los Estados que fueron provincias españolas, debieran ejercer los escritores que brillaran entre la juventud de las Antillas. Nuestra gran factoría de enlace entre aquellos pueblos de raza española y la Península, es un intermediario mudo, donde el hispano-americano del continente solo ve la justificación permanente de la razon con que se separó de su antigua madre patria: un modelo de la política colonial represiva que tan triste celebridad ha dado á los gobiernos españoles desde el descubrimiento de aquellos vastos continentes.

III.

Bajo el punto de vista de la conveniencia, aun en el inadmisibile concepto de considerarse útil el mantenimiento del actual régimen político ultramarino, la previa censura en las Antillas es todavia mas absurda que injusta.

Si la isla de Cuba tuviera deseos y fuerza para emanciparse, lo haria mas fácilmente sin libertad de imprenta que con ella. La libertad de imprenta, aunque promoviera discusiones ardientes sobre puntos de gobierno y de organización social muy delicados, tendria el freno natural que imponen las razones y escritos de los periódicos serios y circunspectos. Es un error gravísimo el suponer que ciertas clases sociales, colocadas en situación abyecta, se conmovieran fácilmente ante las escitaciones de periódicos ó escritores imprudentes. El hecho que se ha observado en la Jamaica antes y despues de la manumisión de la raza de color y la escasa influencia de los violentísimos escritos de algunos diarios sobre la raza indígena de los indios en el continente americano, prueban una verdad de todos tiempos; prueban que las clases inferiores no rompen fácilmente con sus hábitos, costumbres y condición social, sino en casos muy extremos, y cuando hechos de gran magnitud las colocan como fuerzas movidas por los resortes de clases superiores.

En los Estados-Unidos, mas de medio siglo de libertad absoluta de imprenta no ha podido producir el menor movimiento, y el desastre de Charleston, que con tan justa razon debería alarmar á los cubanos, si fuera, como se ha dicho, obra de los negros, es bien seguro que jamás hubiera tenido lugar á no proceder el impulso de las clases libres y superiores del Norte de América.

Elecciones hechas á balazos, sufragio universal sin restricciones, la libertad de la prensa llevada hasta el mayor grado de violencia, el derecho de juzgar tumultuariamente los delitos por la famosa ley de Linch, no provocaron jamás en los Estados-Unidos del Sur el menor movimiento peligroso en los hombres de color. En la misma India oriental, colonizada por Inglaterra, los periódicos escritos en el idioma de los indios, nunca les han conmovido, y la insurrección de hace tres años solo tuvo lugar por causas religiosas, que á nuestros ojos parecen tan absurdas como fútiles.

Consiste esto en que las clases inferiores, por regla general, sienten mucho mas que las clases superiores la conveniencia de plegarse y someterse al principio de autoridad. En una reunion cotidiana de cuarenta ó sesenta personas de la clase media ilustrada, el que pretendiera colocarse como jefe se pondria en ridiculo, mientras que en Europa mismo no pueden reunirse media docena de obreros en una taberna sin que reconozcan un jefe ó capitán. Donde hay seis ú ocho hombres ordinarios jugando á los naipes, aparece siempre un baratero que los domina; si entre seis aguadores ó mozos de cuerda de Madrid toman una bohardilla para dormir, de seguro que uno hace de cabeza, á quien obedecen sumisamente los demás, dentro y fuera de la casa. Es el instinto de conservación, la necesidad de cubrir las mas urgentes atenciones, la que pre-



dispone tan admirablemente á los hombres inferiores para la obediencia.

A su vez los inmediatos jefes de las clases inferiores sienten la necesidad de subordinarse á las clases superiores, á los hombres que poseen el capital en inteligencia y hacienda, y solo en casos muy desesperados rompen esos vinculos de subordinacion, de los que dependen sus medios materiales de subsistencia.

Así es que la libertad de imprenta influye primera y principalmente sobre las clases superiores; y como en Cuba hasta las libres de color tendrían mucho que sufrir en un trastorno social, la previa censura destruye medios de defensa é ilustracion en esas clases superiores, sin garantizar por eso la subordinacion de las inferiores.

Respecto á las clases inteligentes contra las cuales parece que desea mantenerse la restriccion, el empeño es tan impotente como ridiculo. Cuba y las demas Antillas españolas reciben libros, periódicos, y correspondencia de todo el continente hispano-americano, de los Estados-Unidos, de la Jamaica, de Inglaterra y de la Europa liberal. No hay criollo medianamente educado, que no posea perfectamente el inglés, y mientras algunos españoles peninsulares se presentan con grandes pretensiones de superioridad y suficiencia en la sociedad de Cuba, los criollos les oyen con cierta maligna complacencia desatinar en materias científicas, y especialmente en las que se relacionan con la economía política, con la administracion y el derecho, en las cuales los conocimientos de los primeros están á la altura del desacreditado doctrinarismo francés, mientras los criollos cubanos se encuentran á la de las escuelas mas adelantadas de Inglaterra y de los Estados-Unidos, sin que por eso desdénen ni mucho menos ignoren lo que se haya adelantado en la profunda Alemania.

Se explica esto con solo decir que á falta de una enseñanza superior en la Isla, cuyos profesores, aunque sean muy ilustrados, no pueden enseñar todo lo que saben y quisieran, los criollos cubanos salen en gran número á recibir su instruccion en las escuelas Norte-americanas, en las de Inglaterra y Francia, y aun tambien en España. De forma que cuando vuelven á Cuba, sobre la ciencia adquirida en los libros y en los discursos de los maestros, llevan esa otra que dan los viajes y la residencia prolongada en las principales metrópolis del mundo.

Impedir á estos hombres que lean un escrito liberal publicado en España ó en la misma Cuba, es por tanto una preocupacion pueril, una verdadera tontería.

Mientras que el censor de la Habana crea que salva la patria tachando el artículo de un diario peninsular, ó prohibiendo la publicacion de alguna octava real de un vate cubano, pasan delante sus ojos el *The Herald of New-York*, *The Times*, *The Daily News*, *The Economist* y otros muchos donde las mismas cuestiones coloniales españolas se tratan con una energía y un radicalismo absoluto. Además, por el correo se introducen cartas, papeles subversivos de los Estados-Unidos, y aun cuando el celo de aquel funcionario le llevara á impedir la entrada á los periódicos ingleses, y el gobierno organizara una legion de censores que revisara las cartas como impedir que el joven cubano que acaba de estudiar en Londres ó en los Estados-Unidos importe con su persona y dentro de su cerebro las ideas que tanto miedo inspiran?

Además.... pero no: ¿á qué continuar, si las razones son tantas y tan poderosas que amontonadas acuden á nuestra pluma, y amenazan destruir por su mismo número el orden y clasificacion que requiere todo discurso ó artículo?

Tenemos y no podemos menos de tener la conviccion de que el mismo censor de Cuba ha de convenir con nosotros en que su tarea no es útil ni para la Isla ni para España.

FELIX DE BONA.

EXPEDICION Á MÉJICO.

Nuestro colaborador, el Sr. D. Juan Perez Calvo, agregado al cuartel general del marqués de los Castillejos en calidad de cronista, nos ha remitido la siguiente carta con el anuncio de que todos los correos nos enviará puntual noticia de los sucesos de una expedicion tan trascendental, y en que tiene fijos los ojos toda Europa, y con especialidad nuestra patria.

Ocioso nos parece advertir á nuestros colegas que la ley nos autoriza para no consentir la reproduccion de estos artículos en forma de correspondencia.

CARTA 1.ª

Peligro del vapor Ulloa al recalar en las Antillas. —Entrada del general Prim en Puerto-Rico. — Cordial recibimiento que le hace el general Echagüe. — Obsequios de la poblacion toda. — Noticia llegada á la sazón de haber zarpado nuestra escuadra de la Habana.

PUERTO-RICO, 18 de diciembre de 1861.—Mi querido amigo: Despues de catorce dias sin ver mas que cielo y agua, el domingo 15 á las once y media de la mañana el *tope* gritó ¡tierra, tierra! todo el mundo se puso en movimiento, los mas ágiles subieron al puente y se colocaron en los tambores de babor y estribor, quedaron otros sobre cubierta y todos con la vista fija en el horizonte, el corazon en movimiento convulsivo, la mente agitada como el mar, fortalecido el espíritu de los débiles, templado el ardor de los mas fuertes, suspenso el ánimo de cada cual, creciendo en esperanzas, á medida que la nave avanza, pareciéndonos pequeño el mar en que flotamos, el cielo que nos cubre, el sol que nos alumbraba, y solos, y recogidos, y silenciosos ante la imagen del Nuevo-Mundo que estamos próximos á contemplar, que ya aparece como nube, que descansa sobre el Océano, que se la ve crecer y afianzarse,

que se extiende y se levanta, que inmensa y poderosa roca no se abate ante las soberbias olas, que se la distingue claramente, y que la vista, el corazon y el alma, salen de todos los lábios al grito entusiasta de ¡tierra, tierra! cuyos ecos sublimes se pierden en el espacio, para reunirse en un solo punto, en un solo nombre, en una sola gloria, en el nombre y en la gloria de Colon.

Cuando se vé la tierra, nadie cree en el naufragio ¡qué ilusión! ¡nunca estuvo la nave en mas peligro que al encontrarse cerca de la orilla! La lucha de las olas se salva con la fuerza del vapor; látigo que las domina, y vence su resistencia, y triunfa; pero cuando la nave se interpone entre el embravecido mar y la indomable roca, ó cuando por falta de mar gasta su fuerza con la tierra entonces se clava ó se deshace, y con mas ó menos peligro, es el naufragio inevitable.

Las dos cosas han estado á punto de sucedernos, sin que los mas se apercebiran del peligro, ni tuvieran la menor noticia hasta despues de haberlo pasado. Hemos pasado entre las islas de San Martin y la Anguila, conocidas por salvajes y las cuales puede decirse que están deshabitadas; á la vista el suelo es feracísimo, pero sin duda alguna será mal sano, y como no sea algun catalán, dudo que haya mortal que allí quiera y pueda establecerse; hemos ido recreando la vista, y cobrando fuerza, y autojándonosnos, al menos á mí, que habia salido el dia antes de un puerto de la Península para llegar en la mañana siguiente á otro: ha entrado la noche; muchos despues de comer y sin comer se han acostado, porque hay mar de fondo y cuando el barco baila son pocos los que no abandonan el salon; el cielo se ha cubierto de repente y no permite observar; el viento es un largo de popa á estribor; va echado todo el aparejo; el oficial que está de guardia, cree ver tierra, pero la tierra está encima, estamos tocando con las islas Virgenes, y un momento mas, expuestos á estrellarnos; en el acto se quita el aparejo, la máquina detiene su fuerza, el bravo comandante reúne sobre los tambores sus oficiales, los marineros suben el tope, por todas partes se coloca la gente en observacion, se retrocede en el camino andado, y toda la noche puede decirse que se mantiene el vapor á la capa y frente á San Tomás; despues de amanecer seguimos nuestro rumbo á Puerto-Rico; sopla un Norte furioso; es el medio dia; el cielo está cubierto, estamos, sin embargo, á la vista de las Antillas; se ha pedido práctico: desde el Castillo del Morro han contestado, hace largo tiempo, pero la mar se embravece por instantes y el práctico no viene, y la entrada es difícilísima por lo estrecha, y por lo ocasionada á encallar; estamos además sin carbon y sin viveres, y no podemos retroceder; el comandante del vapor, D. Fernando Guerra, con ánimo sereno y resuelto si es menester á romper la quilla, sin práctico, sin conocer el puerto, y ayudado de todos sus oficiales, dirige la maniobra, y con asombro de cuantos nos contemplan en el puerto, que es toda la poblacion de Puerto-Rico, entra á las dos y media de la tarde en la bahía, donde resuenan ya los aplausos y las aclamaciones.

El general Echagüe, acompañado de su Estado mayor y de las autoridades civiles y militares, se han trasladado á bordo, donde se han estrechado cordialmente los dos generales de Africa; una lujosa góndola nos ha trasladado á tierra; los marqueses de Castillejos han ocupado una lujosísima carretela que apenas puede marchar entre la multitud que victorea y enloquece de entusiasmo; las músicas tocan la marcha real, las casas están adornadas con banderas y lujosas colgaduras, un elegante arco de triunfo, donde se leen las acciones de Africa, y cuyo remate es la estatua de la reina, se levanta magestuoso á la subida de la Marina, y desde este punto hasta el palacio del capitán general, la ovacion raya en frenesí.

El general Echagüe, con una delicadeza que tanto le enaltece, quiere que todo sea para el general Prim, y acompañado de varios oficiales, y de este paisano, que le ha debido las mayores atenciones, se retiran por otra calle; cuando nos hemos encontrado todos en Palacio el marqués de los Castillejos ha hecho la presentacion oficial de su cuartel general.

A las siete de la noche el general Echagüe ha dado un gran banquete á sus distinguidos huéspedes, en el cual todo ha sido grande y esplendente; es verdad que la morada se presta mucho por su comodidad, por su lujo, y por las buenas disposiciones para contrarrestar este calor abrasador, que hace imposible toda defensa, y donde el mas frio pasa con asombrosa facilidad al estado de liquidacion. El señor obispo ha bendecido la mesa, cubierta primorosamente de cuantos manjares exquisitos y aromáticos y deliciosos vinos contiene el viejo y nuevo mundo; lo mas distinguido de la poblacion tomaba plaza en aquel banquete, donde al compás de las bandas de música, y con el servicio más cumplido y más delicado, ha hecho los honores el capitán general de Puerto-Rico á cuantos hemos tenido la honra de ser invitados.

Al servirse los postres el general Echagüe ha brindado por la Reina y por el feliz éxito de la expedicion encomendada al bravo general con quien habia hecho la campaña de Africa.

El general Prim ha contestado empezando por repetir el brindis á su Reina, y en seguida lo ha hecho por las armas españolas que iban á Méjico, no á imponerse á sus hermanos, sino á tenderles una mano que les levantara de la postracion en que yacian por deplorables errores; á conjurar la muerte, ya próxima, de los que nos debian el ser, y la Providencia queria que nos debieran la felicidad.

Concluida la comida y servido el café, hemos asistido al teatro, donde se daba una funcion en honor del general Prim; la concurrencia ha sido como no podia menos de ser, lucidísima; se ha cantado un acto de la *Traviata* muy bien y el último del *Trovador*, concluyendo con un himno al héroe de los Castillejos, que ha merecido, tanto por la letra y música como por la ejecucion, los aplausos más justos y más generales. Se han repartido muy buenas poesías, no se han escaseado los vivas y las gentes en tropel han corrido detras del coche hasta dejar al general y su familia en Palacio.

Ayer recibí á la oficialidad de la guarnicion, arengándola con la fácil y elocuente expresion que le es tan familiar, y asegurándola que la Reina y la patria lo esperaban todo del ejército de las Antillas como del de la Península.

Todas las autoridades y todas las personas distinguidas en las letras, el comercio y la industria, se han presentado á ofrecer sus respetos y felicitaciones á los marqueses de los Castillejos.

Por la tarde han visitado los cuarteles y fortificaciones, y al pasar por la calle de la Carnicería, la multitud ha obligado á los cocheros á que se dirigieran por la calle de la Carnicería donde se levantaba un arco de triunfo, y al pasar por él, las aclamaciones se oían por todas partes; entonces el general, puesto en pie, ha dado un viva á la reina, que ha sido contestado enérgicamente y con una salva de aplausos.

A las siete el general Echagüe ha dado otro banquete para cumplir con las personas que no habian podido asistir el día de ayer, y al cual he tenido tambien la honra de ser invitado.

A las diez de la noche, el Casino ha dado un suntuoso baile en obsequio de los viajeros, el cual ha estado brillantísimo, mereciendo las mayores atenciones y atrayéndose todas las miradas la marquesa de los Castillejos, que deslumbraba por

su riqueza en los adornos, por su sencillez, por su reconocida elegancia y por la afabilidad que tanto hace resaltar su belleza y la hace conquistarse tanta simpatía.

En este momento llega el correo iagüés por via de San Tomás, y con él noticias de haber salido la expedicion contra Méjico, y por nuestra propia y exclusiva cuenta, mandada por el general Gasset; las noticias posteriores á la salida son contradictorias, y mientras hay quien supone que el pabellon español ondea en Veracruz, no falta quien diga que nuestras tropas estaban á bordo en la bahía; que el desembarco no se habia hecho; que los jefes de los diversos bandos se habian unido, dando tregua á sus discordias ante la independencia nacional; que se habia desartillado el fuerte; que las fuerzas nacionales se concentrarian para dar una batalla, etc., y esto no es de extrañar y sucede siempre; conocido el rumbo de la expedicion, cada cual toma el rumbo que mejor cuadra á su capricho y á sus intereses; y todos son cálculos y todas son conjeturas, cuando no hay mas que una sola cosa exacta y positiva; que la expedicion salió de la Habana, y que en alta mar se la encontró con viento feliz á Veracruz.

Vd. comprenderá que este suceso, casi previsto, no tiene la importancia que acaso el espíritu de partido le quiera dar, y que aparte la gloria, que siempre es grande, que pueda caer á nuestra patria de haber llevado el pendon de Castilla á las murallas de Veracruz, la firmeza y la prudencia y el reconocido tacto político del general Prim pondrán á salvo los grandes intereses que le están encomendados, desvaneciéndose como el humo cualquiera complicacion que pueda haber.

A pesar de no haber hecho el vapor todo el carbon que necesita, y de ser muy difícil la salida del puerto por el viento que reina, ha dado la orden de estar á bordo á las cuatro de la tarde para partir inmediatamente. Su ánimo siempre el mismo, su confianza completa, y en todos sus actos y en todas sus palabras no se oye otra cosa, ni respira ni siente mas, que el hacer por la persuasion, lo que en último caso haria al temple de su espada, lo que conviene á la dignidad de España y lo que demandan la justicia, el derecho de gentes y la humanidad en Méjico.

J. P. C.

TRANSILVANIA.

ARTICULO CUARTO Y ÚLTIMO.

De todos los elementos de la poblacion transilvana, el que mas se acerca á la condicion moral y á la cultura de la Europa central, es el que se compone de la raza sajona. El pais, á mediados del siglo XIII, estaba sumergido en las tinieblas de la barbarie, en virtud de los sucesos que en los artículos precedentes hemos referido. El príncipe Geysa II, superior por sus nobles instintos á la época en que floreció, atrajo á sus dominios algunas colonias alemanas, en las cuales reinaba ya el espíritu de industria y de independencia que habian introducido en una gran parte del Norte de Europa las ciudades de la liga anseática. A estos diestros y activos extranjeros deben su existencia y su prosperidad Hermanstadt, Cronstadt y todo el territorio del Sur de Transilvania. Ya no encontramos en estos establecimientos la aspereza de costumbres, las inclinaciones belicosas, el predominio de la fuerza física que hemos notado en los descendientes de los hunos: sino el apego al hogar doméstico y á la vida sedentaria, el cultivo de las artes útiles, el espíritu de especulacion y las tradiciones municipales, que tan eficazmente contribuyeron á la ruina del feudalismo y al entronizamiento de las ideas populares. El emperador Andrés II, que acababa de ilustrar su nombre otorgando á los húngaros su famosa Bula de Oro, concedió á los sajones de Transilvania los privilegios en que se ha fundado su existencia nacional. La autonomia no era, á los ojos de aquel monarca, esa máquina infernal que tanto horripila á nuestros contemporáneos paladines de una exagerada centralizacion. Los fueros sancionados por aquel emperador en favor de los colonos alemanes, los hacian verdaderos soberanos del territorio que ocupaban, y formaban con él una verdadera república, casi en todo independiente del Estado, cuya soberania reconocian, sin embargo, y al que pagaban un ligero tributo. Su territorio se llamó y se llama todavía *fundo* ó *fundo real*, porque, en contradiccion con el dogma feudal que no hay tierra sin señor, estas posesiones dependian directa y exclusivamente de la corona. Así fue como se formaron grandes asociaciones libres, en medio de la anarquía aristocrática de Hungría, del despotismo otomano y de la invasora ambicion de la corte de Viena.

Estas corporaciones de modestos y sóbrios trabajadores han sobrevivido á las poderosas repúblicas mercantiles de la Edad Media y á las opulentas ciudades de Augsburgo y Nuremberg, cuyas costumbres y leyes transportaron á su nueva patria y que conservan con religioso esmero. Seis siglos de separacion no han podido borrar en ellas la lengua, los hábitos y el carácter de sus abuelos. Los alemanes de Transilvania son mas alemanes que los de Munich y Cassel, y el elemento francés, que hoy se infiltra en todas las naciones continentales, no ha penetrado en aquellos apartados establecimientos. Los sajones transilvanos son todavía los *bourgeois* del siglo XII, los calvinistas del siglo XVI, con todo el rigorismo de sus doctrinas; los vigorosos y robustos campesinos de Suabia, que admiran los inteligentes en los cuadros de la antigua escuela alemana.

La erudicion moderna ha hecho curiosos descubrimientos en los anales de aquellas ignoradas poblaciones: descubrimientos útiles á la filosofía de la historia, como testimonios vivos de una verdad harto desatendida por los escritores políticos de nuestros dias, á saber: que los pueblos laboriosos y modestos en sus hábitos y propensiones han manifestado siempre una tendencia vehemente á la independencia municipal, al privilegio de gobernarse á sí mismos, y que, cuando lo han conseguido, ha sido con el éxito mas satisfactorio. Todavía se rigen los alemanes de Transilvania por un *Estatuto*, que es una compilacion de los abolidos fueros de Nuremberg. Es un verdadero código político y civil que no han alterado reglamentos posteriores, ni embrollado glosas ni comentarios. Encierra disposiciones verdaderamente liberales, que ya estaban en vigor, cuando España gemia bajo el

implacable fanatismo de Felipe II, y aterraban á Francia los horrores de la noche de San Bartolomé. Es un estatuto redactado por cinco jueces sajones y aprobado y confirmado en la ciudadela de Cracovia, año 1835, por Bathory, príncipe de Transilvania, recién llamado á ocupar el trono de Polonia. Aunque de origen teutónico, esta colección retiene muchas de las más sabias disposiciones del Derecho Romano. Así es que, á pesar de los progresos de la reforma, y de sus doctrinas sobre el divorcio, leemos en él la célebre definición del matrimonio y de su indisolubilidad: *matrimonium, viri et mulieris conjunctio, deportatione vel aquae et ignis interdictione non solvitur*. En otro artículo se prescribe que la viuda que no pasa á segundas nupcias, conserve la casa conyugal. Los hijos de ambos sexos participan en iguales porciones de la herencia paterna. Los nacidos antes del matrimonio se legitiman por la celebración de este. No se permite privilegio alguno en las fincas rústicas.

En la legislación criminal, se nota una mezcla incoherente de las prácticas bárbaras que predominaban á la sazón en todas las naciones de Europa, con principios que anticipan los adoptados, siglos después, por Beccaria, y los reformadores de su tiempo. Cuando el criminal ha sufrido la pena impuesta por los tribunales, la pena muere con él, y no se comunica al hijo inocente. En ningún caso se permite la confiscación.

Otras disposiciones del Estatuto descubren la propensión de la raza sajona á separarse de la húngara, de la cual tenían razón para quejarse, en vista de las irrupciones y violencias que cometían los señores húngaros en las tierras de los colonos alemanes. Habiendo éstos fortificado sus ciudades, concentraron en ellas todas sus fuerzas y procuraron aislarse de sus incómodos y turbulentos vecinos. Un artículo del Estatuto previene que ningún húngaro pueda comprar casas en las ciudades sajonas, ni residir en ellas sino como huésped ó arrendatario, sin gozar de otros derechos que los que se conceden á todos los extranjeros.

Tales son, en sus rasgos más sobresalientes, las tres naciones en que se divide el territorio transilvano. Ya hemos hecho mención de las otras que lo ocupan en calidad de súbditas ó toleradas, por no haber sido incluidas en el tratado de Torda. Estos habitantes no tienen derechos políticos ni civiles, ni pueden elegir sus magistrados, ni ejercer cargos públicos.

La más importante de estas naciones esclavas es la de los válaeos, pues constituye más de la mitad de la población de todo el principado. Por uno de los ininteligibles caprichos de la suerte, estos siervos válaeos ó rumanos, descendientes, en línea recta, de las legiones romanas que Trajano llevó consigo á la guerra de Dacia, y de cuyos antecesores había dicho el poeta:

Tu regere imperio populos, romane memento.

Y aun conservan el porte magestuoso de sus progenitores y algunos vagos recuerdos de su antigua grandeza. Son siervos, pero sin abyección: carecen de libertad, pero no de igualdad ni orgullo. En las grandes solemnidades domésticas, se manifiesta más á las claras su origen. Cuando en el día de una boda, la futura esposa, conducida por sus compañeras, y escoltada por tropeles de mancebos y bandas de música, llega á la puerta de la casa del novio, donde se le ofrece una torta de harina y miel, parece que está uno viendo algún bajo relieve de Pompeya, ó escuchando los lejanos ecos del epitalmio de Cátulo.

Los válaeos de Transilvania no forman poblaciones distintas ni tienen territorios propios. Viven dispersos en los dominios y aldeas que pertenecen á la aristocracia húngara. La legislación los trata con severidad, en cierto modo justificada por su incorregible propensión al robo de ganados y caballos, los que ejecutan con singular destreza y osadía. Suelen vagar en cuadrillas por los campos, sin más objeto que el de aprovecharse de rebano enteros de carneros y reses vacunas. Duermen al aire libre, aun en lo más riguroso del invierno, y sufren los más severos castigos con una serenidad que se atribuye tanto á su intrepidez nativa, como á la insensibilidad de sus órganos. De esta vida nómada y salvaje, á más serias y criminales acometidas, no hay gran distancia. Así es que, por los años de 1784, los válaeos, capitaneados por un pastor llamado Hora, organizaron una verdadera guerra servil, invadieron haciendas y poblaciones enteras, degollaron muchas familias nobles y proclamaron la comunidad de bienes y la igualdad de derechos. El emperador José II tardó largo tiempo en reprimir estos desórdenes, negligencia que todavía le echan en cara los transilvanos, atribuyéndola á la intención que suponen en el gobierno austriaco de abatir la preponderancia de los grandes terratenientes, en las diversas fracciones del imperio. Y en efecto, las sangrientas ocurrencias que turbaron la paz de Galitzia, hace veinte años, prestan algún apoyo á estas conjeturas. Los transilvanos no quisieron aguardar á que el gobierno saliese de su inacción. Unidas las tres naciones á vista del común peligro, formaron cuerpos francos, los cuales no tardaron en vencer á los válaeos, haciendo en ellos horribles destrozos. Hora murió en la hoguera, y los otros cabecillas del movimiento, en atroces suplicios.

Los armenios y los griegos de origen no son bastante numerosos en Transilvania para que nos detengamos largo tiempo en examinar su condición y sus peculiaridades. Los primeros habitan las principales ciudades manufactureras de los comitados húngaros. A fuerza de honradéz, y en pago de su laboriosidad y de la riqueza que ponen en circulación, han conseguido el derecho de ciudadanía, y envían un representante á la Dieta. Los griegos hacen la mayor parte del comercio del país y están organizados en corporación; tienen un juez especial y pagan un tributo, además de las contribuciones generales. Habitan en las ciudades, donde hallan fácil salida á sus mercancías. Los judíos apenas son tolerados en Carlsburgo, única ciudad del principado en que se les

permita residir, y, aun allí mismo, están expuestos á tantas humillaciones y malos tratos como en las regiones berberiscas. No pueden adquirir fincas de ninguna clase, ni usar el traje húngaro, ni celebrar las ceremonias de su culto sino en los días que la autoridad les señala. Los turcos, los católicos y los protestantes no están de acuerdo sino en el odio común á estos desgraciados, por lo que se han multiplicado allí mucho menos que en Hungría y Polonia.

Algunas palabras tenemos que decir de esas razas envilecidas, que van desapareciendo poco á poco de las naciones de la Europa central y occidental, pero que se conservan tenazmente en Transilvania, con todas las peculiaridades extravagantes de su existencia primitiva. Tales son los *bohemiens* de Francia, que los italianos llaman *zinghari*, los ingleses *gipsies* y los españoles *gitanos*. En Transilvania se dividen en dos clases. Los unos campan en los alrededores de los pueblos, donde ejercen los oficios más ínfimos y penosos, como los de mozos de cordel, herreros y desolladores de animales muertos. Los otros vagan en cuadrillas por los bosques y distritos rurales, robando bodegas y corrales, divirtiendo á los campesinos con sus cantos melancólicos y sus voluptuosas danzas, y, sobre todo, diciendo la buena aventura á las sencillas pastoras, cuyos ahorros extraen con sus mentidas predicciones. Las mujeres, entre las cuales las hay dotadas de singular belleza, son las que generalmente ejercen este oficio, en cuya práctica se revisten de una gravedad misteriosa que las asemeja á las antiguas pitonisas. Por lo demás, la disolución de sus costumbres, su propensión natural al hurto y al fraude y sus hábitos de cinismo y desaseo justifican en cierto modo la repugnancia con que les miran las gentes bien educadas.

Algunas de estas familias tienen, sin embargo, una profesión sedentaria, que no deja de ser lucrativa, y con la que contribuyen al aumento de la riqueza pública. Consiste en el lavado de las arenas auríferas del río Aranyos, de las que sacan bastante cantidad de metal para pagar un fuerte tributo al Estado, y vivir con alguna comodidad y holgura.

Las lenguas que se hablan en aquel rincón del mundo son innumerables: el latín, el húngaro, el hebreo, el rumano, el árabe, el armenio, el eslavo, el antiguo copto, el griego moderno, el turco, el polaco, el alemán, el italiano, el francés y el ruso, además de los dialectos corrompidos de todas ellas, resultando una confusión que entorpece las relaciones sociales y levanta impenetrables barreras entre las familias y las poblaciones. ¿Cómo podremos extrañar que hayan transcurrido los siglos sin fundir en un solo cuerpo todas esas tribus, extrañas ó enemigas unas á otras, cuando no tienen ese vínculo común, ese poderoso instrumento de unidad al que deben la suya todas las naciones grandes y compactas? Agréguese á este principio de incoherencia, el que resulta de la diversidad de religiones, porque cada fracción de la población tiene la suya, y todas ellas se dividen en soberanas y súbditas, ó, lo que es lo mismo, en religiones de Estado y en cultos tolerados. Cuatro son las primeras, á saber: la católica, la reformada, la evangélica y la unitaria ó sociniana. El catolicismo, dividido en rito latino, greco-romano y armenio, comprende una población de 580,000 almas. La mayor parte de la aristocracia pertenece á la primera de estas ramificaciones. El clero de esta comunión es generalmente pobre, humilde, abnegado, tolerante y más piadoso que instruido. Algunas iglesias están bien dotadas, pero los edificios son mezquinos y escasos de adornos y joyería. Los curas de las aldeas y campos viven de las limosnas de los fieles, y algunos de ellos trabajan en las labores rústicas para ganar el sustento. Sabido es que la conversión de los transilvanos al cristianismo fué obra del gran San Esteban, desde cuyos tiempos la nación entera se mantuvo fiel á la doctrina católica, hasta que, bajo el reinado de Luis II, la de Lutero empezó á extenderse en el principado. En 1530, todos los sajones establecidos en él, y un gran número de húngaros habían aceptado el símbolo de la confesión de Augsburgo, pero no tardaron en dividirse los recién convertidos, adhiriéndose los unos á Lutero y los otros á Calvino. En fin, se presentó en esta arena de controversia religiosa el francés Francisco David, propagador fanático de socinianismo, cuyos errores hicieron tantos progresos que en breve tiempo todos los habitantes de la importante ciudad de Clausemburgo abrazaron la nueva doctrina. Se creyó conveniente, para atajar los males que amenazaban á las otras sectas, convocar asambleas de todas ellas, en las cuales se ventilase la gran cuestión teológica que habían suscitado los anti-trinitarios. Las disputas que en estas reuniones se entablaron duraron muchos días, y á ellas concurrían en solemne procesión los ministros de los diversos cultos, acompañados de sus sectarios respectivos. La efervescencia que provocó este cisma, llegó á tal punto que la autoridad se creyó obligada á ponerle término. Este fué uno de los asuntos que se resolvieron en la Dieta de Torda, año de 1562. En ella se aprobó el *status quo* en lo respectivo al número de las religiones del Estado, y fueron las cuatro de que ya hemos hecho mención, con prohibición de introducir novedades en sus dogmas y ritos. Las decisiones de la Dieta fueron solemnemente confirmadas en el diploma del emperador Leopoldo con escándalo del clero austriaco, quien nunca le perdonó haber reconocido como fracción del cristianismo á los que negaban el misterio de la Trinidad, que es uno de los artículos fundamentales de su símbolo. Aun hoy mismo, en la culta y tolerante Inglaterra, los unitarios son considerados más bien como filósofos naturalistas, que como discípulos del Evangelio.

Las religiones toleradas son la griega y el judaísmo: este último, con grandes y humillantes restricciones. Los mahometanos cuentan algunas familias búlgaras.

Los griegos se dividen en ortodoxos y cismáticos, de los cuales, los primeros reconocieron la supremacía de Roma en un concilio nacional, año de 1687, presidido por el arzobispo Tedfilo. Los greco-romanos reconocen

la autoridad de un obispo que reside en Hungría; pagan diezmos á su clero y en general pertenecen á las clases humildes. Los cismáticos dependen de un vicario general, sufragáneo del patriarca de Carlowitz. El clero de esta comunión se ha puesto en todas ocasiones á la cabeza de las ideas de progreso y reforma, y, como el clero romano en el siglo V, entre los conquistadores y los conquistados, se ha declarado en favor de estos últimos. Tienen un seminario bastante bien dirigido, y de sus aulas han salido excelentes literatos válaeos. En la lucha actual entre el imperio austriaco y sus Estados danubianos, los clérigos del rito cismático son los grandes promotores de la resistencia.

Hemos procurado, en estas dos series de artículos, llamar la atención del público estudioso hacia unas regiones, acerca de las cuales reinan nociones muy confusas en la generalidad de los lectores. La tormenta política que en la actualidad las agita puede ser precursora de importantes transformaciones. Por un largo encadenamiento de sucesos, á cual más funesto á la tranquilidad de aquellos pueblos, la suerte ha levantado en todos sus límites, los tres grandes focos de despotismo, que aun resisten al impulso de la civilización: Rusia, Turquía y Austria. Poseedoras de cuantos elementos de prosperidad necesitan las familias humanas para el goce de una existencia independiente y feliz, puede ser que llegue el día en que la creación de un gran Estado puramente danubiano, sirva de antemural á las irrupciones de aquellos peligrosos vecinos, haciendo al mismo tiempo cambiar de aspecto al mal llamado equilibrio de las potencias del antiguo continente.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.

UN LIBRO NUEVO.

I.

Casi acontecimiento debería ser entre nosotros la aparición de un libro nuevo, es decir, verdaderamente original. Traducciones, imitaciones confesadas ó disimuladas, compendios, reproducciones hácese algunos, los precisos para el gasto, los que caben dentro de nuestra moderadísima inclinación á leer libros. La aparición de un *buen libro* original, fenómeno, más que acontecimiento, deberíamos considerarla; porque suelen pasarse años sin que tengamos esa fortuna. No es del caso indagar las causas de esta nuestra pobreza, nuestra aridez, nuestra casi nulidad bibliográfica. El resultado es que vivimos exclusivamente de libros franceses, «que es pan francés el nuestro cotidiano», y que á la continua exposición literaria que en el mundo se está celebrando, no presentamos casi nunca un solo libro de fábrica española. No hay en esto de qué avergonzarnos: en medio de nuestra habitual dignidad, algo árabe, algo oriental, hemos convenido siempre en que *hacer* es oficio bajo, y *hacer* libros ínfimo. Pues qué ¿no hay cierta dignidad en pedir (*commander*) telas para vestir, y dijes para lucir, y galas para brillar, y botas para calzar, y tarjetas para visitar, y mondadientes y cajas de carton y cerillas, y libros para entretenimiento y para ostentar ciencia; y recibirlos y ponerlos en cuenta y pagar luego esa cuenta en dinero contado y sonante? — Desengañémonos: nadie nos negará la superioridad que siempre ostenta el parroquiano, el comprador al contado, sobre el obsequioso, el rendido mercader. Dignidad, dignidad, mucha dignidad, queridos compatriotas! Concedéndonos la unánimes los extranjeros hasta en el acto de pedir limosna!...

Todo esto es inconcuso, lo primero, porque así acostumbramos llamar á lo que carece de *verdad* en el fondo; y lo segundo, porque esta honestísima señora se ha echado al mundo, y avergonzada de su desnudez, ha escogido el brillante traje de paradoja, con las que es ocioso entrar en razones.

Supuesto así que nos calzan y visten de libros los pobres extranjeros, por un módico interés, todavía queda una dificultad. Porque ¿cómo han de tomarnos la medida para las cosas íntimas, familiares, caseras; para los paños interiores y reservados? — ¿Habían de enviarnos la *Guía de Forasteros*, verdadero cuadro estadístico de todos los españoles, incluso los dominicanos? — Y los tratados taumáticos? — Y la Colección legislativa, la más variada, más completa y más incompleta de cuantas colecciones han coleccionado los más laboriosos coleccionadores del mundo, incluso los del Bulario Romano, los del Boletín bibliográfico francés y los de la *Guía de la Real (olim) hoy espiritual Hacienda de España*?

Demostrado que algo hemos de hacer por nosotros, voime acercando á mi propósito; pero de la manera disimulada, oblicua, *circuítiva*, digámoslo así, que se advierte en todas las cartas peticionarias, en todos los artículos de fondo, en todos los proemios de los reales decretos, en todos... en todos los humanos trabajos que necesitan buscapé, y en todos á los que el autor puede consagrar mucho tiempo y poca materia.

Madrid es una Corte, ó sea una *cohort* de hombres desempleados, empleables, empleandos, empleados y empleadismos: de estas cinco clases no creo pueda escaparse ninguno de sus habitantes, con la casi única excepción del *Señor Curioso parlante*, de quien me propongo hablar al fin, y luego que desahogue esta mi particular manía proemial y prologográfica. Madrid es la Roma de todos los españoles; es su patria común: aquí se digiere la mayor parte del presupuesto. Vivimos sobre un suelo que *es, que fué y que será*; y sobre este suelo se alzan, más de lo conveniente por cierto, nuestras moradas, nuestros albergues, nuestros nidos, nuestras guardas y nuestras zahurdas; y se alzaron los de nuestros padres, nuestros abuelos y de nuestros numerosos ascendientes, hasta llegar al desesperado que, siendo el mundo tan ancho, tuvo el extraño capricho de quedarse á vivir aquí. Este vivió incógnito, como un ermitaño; y si tuvo hijos, señal es de que tuvo compañera tan incógnita como él; y les legaron, al morir, muchos osos, muchos madroños, muchos pederuales, mucha agua, que ellos se bebieron toda; pero no les legaron su nombre. Vengo á parar á que Madrid tiene existencia actual, historia próxima, historia remotísima, historia inavergonzable; en lo que, y en lo curioso de todas estas historias, se parece la madre á muchos de sus hijos legítimos, naturales y adoptivos.

¿Lo que es la falta de costumbre! ¿Qué sucedería si el día menos pensado apareciese entre nosotros el fenómeno de un excelente libro, bien imaginado, bien escrito, fruto de muchos años de investigaciones, y al propio tiempo casero y sabroso y verdaderamente deleitable? — Lo más probable es que no hiciésemos caso, y que le dejásemos pasar *desapercibido*, como ahora heréticamente se dice. Porque los libros son como los hombres, y los excelentes libros como los héroes: papel con letras, carton y engrudo, los unos; carne con ojos y vestidos, los otros, todos tienen cara de vulgo, y se necesita un don parti-

cular para distinguirlos y entresacarlos; siendo frecuente no conocerlos en vida, y aguardar á después para aplaudirlos. Hay, sin embargo, la notable diferencia de que los héroes regularmente lo son por un cuarto de hora, y se les exige que mueran, ó cuando menos queden muy estropeados para alcanzar este nombre. Que en viéndolos sanos y buenos, lucidos, cubierto de oro el pecho, y lo que no es pecho, fastuosamente conducidos en soberbios trenes y acompañados de gran séquito de criados, por disueta damos la heroicidad y por humanizada y vulgarizada. Al paso que el escritor que conquistó un alto puesto con sus primeros ensayos, ha de seguir dando frutos casi periódica, pero cuando menos frecuentemente, pena de perder todo lo ganado, y de quedarse más abajo que si nunca hubiese logrado aciertos; especie de heroísmo habitual y continuo que es demasiado exigir de la misera humanidad, y que trae cabalosos y sobresaltados á los pobres escritores todo el resto de su trabajosa vida. Luego, el autor de excelentes libros tiene la presunción de no acertar á hacerlos tan primorosos como los que le dieron su crédito y celebridad; y puede vivir seguro de que cada vez ha de ser juzgado con mayor rigor y dureza. ¿Que pocos lectores hay que no se complazcan en señalar, así sea caprichosamente, el momento, que siempre se espera y muchas veces no llega, de la decadencia de un escritor distinguido! Pero los que lo son buenos, y nacieron con el tacto y el gusto convenientes para serlo, proporcionan juiciosamente su tarea á las facultades que en cada época de la vida tienen su más propio y natural asiento. Fuera de que, cuando el carácter principal que los hizo distinguirse fué el buen gusto; ó lo que es lo mismo, el buen juicio, bien pueden ellos y el público estar seguros de que no desdecirán las obras de la madurez, de lo que fueron las de la edad del vigor, del ardor y del arrojo.

II.

Hay hombres que nacen para escritores, y que desde niños se preparan para serlo, porque presenten que lo serán. Los hay de entre estos que, desde tan temprano, eligen un tema, una idea, una esfera, sobre los que concentran todas sus observaciones y meditaciones, de los que hacen una especie de ídolo, á los que consagran todo su calor y su vida; estos reinan sin competidores en su peculiar campo, estos alcanzan siempre monumentos impreciables de talento y laboriosidad, estos dejan al morir ilustrada y apurada una materia.

D. Ramon de Mesonero Romano, nació con el siglo XIX; y al ver hoy lo que supo hacer, á poco, y cuándo y en qué circunstancias lo supo hacer, ocurre naturalmente la idea de que debió frecuentar no mucho las aulas, y atender menos á las doctrinas de sus maestros. ¿Cómo, sino, habría podido libertarse del contagio del mal gusto?—¿Cómo prepararse á ser uno de los primeros y principales restauradores del bueno?—Esto, y no haber sido nunca imitador, ni en la sustancia, ni en el estilo de sus amenisimas obras, creo no se lo negarán ni los que se lo niegan todo á cuantos no sean de su tiempo y de su pandilla.

Hombre de una actividad francesa, de una perseverancia alemana, y de una independencia de ideas y carácter verdaderamente inglesa, tendió la vista por el inmenso, aridísimo desierto en que habían quedado nuestras letras con la expulsión de cuantos habían osado cultivarlas, llevada á cabo con inquisitorial, concienzuda esmerulosa, al cumplir la cuarta parte de sus futuros años, este siglo, en que estamos encerrados y del que casi ninguno hemos, por cierto, de salir.—No os ofendais, de esta generalidad que hablo, vosotros los pocos que, bien preparados de estudios, fuisteis contadas excepciones de aquel universal exterminio! Recordad la condición que se os impuso: recordad que para obtener carta de seguridad, se exigió de vosotros, tácita, pero formal promesa de hacer servir esos estudios á una meditada, ingeniosa, casi científica propagación de la ignorancia; y esto una vez recordado, en confianza, daos por bien servidos con el silencio y el olvido.

De dos caminos que á Mesonero se le presentaban, el de llorar en su retiro, y consumirse llorando, y el de plantar algunas sencillas perfumadas flores en medio de aquel arial para que esas al menos hubiera, eligió, como animoso, el segundo: que si todos y en toda época hiciéramos lo mismo, á fé que jardín y bueno fuera á poco el campo del saber y de la literatura... ¿Quién no recuerda que, para algún esparcimiento y recreo, era preciso contentarse entonces con las *Cartas Españolas* de Carnerero? ¿De Carnerero? que, semejante á los chicos que pasan las horas asomados á los escaparates de las confiterías y pastelerías, admirando todo aquello, con la certeza de no haberlo de probar y por lo mismo con mas desesperado apetito, pasó la vida en estúpida adoración de las ingratas musas que nunca le hicieron caso; aspirante á un oficio para que no nació; novicio perpetuo de una religión en que no había de profesar nunca! Un poco de compasivo aplauso, aquí, para los desgraciados que acometen y persiguen empresas laudables, pero superiores á sus fuerzas, condenados al llanto de un perpetuo desengaño, y á la rechilla de los que, como el público, poco se paran en intenciones y propósitos, como no los vean coronados con el éxito.—Y todavía no había tomado Larra la pluma; y no había pan más que en aquella tienda; y á nosotros nos parece hoy poco hacer, hacer todo lo que entonces se hacia!

Una época de escándalos produce siempre un escritor satírico, y cuando no, es bastante sátira su historia. Una época ridícula produce escritores malignamente festivos. En bosquejar caracteres, en dibujar escenas de las que daba el tiempo, se ejercitaba la pluma de Mesonero—Mesonero, como Quintana y Martínez de la Rosa, nunca han tenido más que una sola pluma—cuando le ocurrió una idea felicísima.

Ídola de su patria, y tan ejemplar hijo que parecia crecer su amor á medida que descubría sus defectos, sus miserias, y hasta su desaseo y casi envilecimiento, se propuso estudiar á Madrid y describirlo. Dos cosas hay notables en el *Manual de Madrid*, fruto de ese empeño y entusiasmo: que desde la primera página se advierte cómo sobra y viene grande el escritor para el libro, de lo que hay pocos ejemplos y millares de lo contrario; y que por no contener errores, y salir vestido con primoroso ase, estuvo á pique de ser prohibido. En ciertas épocas, el no sembrar algunos errores, aunque sean voluntarios y notorios, se ha considerado prueba de espíritu rebelde y maligna censura de los demás escritores. Triunfó, por casualidad, el *Manual*, de trabas y prohibiciones: y tuvo Madrid un espejo en que mirarse retratado al natural, y por primera vez sin necias exageraciones ni lisonjas. Como libro, tuvimos, no una copia, un modelo perfecto de lo que deben ser los de su especie; como retrato, uno que no tiene superior en ninguna de las otras capitales.

De paso que estudiaba las calles, los edificios, las plazas, los paseos, y sobre cada cosa consignaba sus observaciones con sobriedad y buen gusto, llevaba este amante hijo preparada otra cartera, en que dibujaba, con sin igual viveza y gracia, la fisonomía moral, los caracteres, los tipos, la sociedad, en fin, tal como era entonces la de la corte. Abierta esa preciosa cartera, se vió que contenía nada menos que el *Panora-*

ma de Madrid, y las *Escenas Matritenses*. Hagamos aquí alto, para un poco de descanso: convida el lugar á ello.

El Madrid de 1814 á 1834 era un pueblo digno de estudio, y mejor dicho dos, encerrados dentro de unas mismas tapias. El alto, comprendiendo en él así la aristocracia, convaliente entonces de los destrozos y aniquilamiento producidos por la más infame de las invasiones extranjeras, como la clase media, compuesta de pequeños propietarios, casi todos naturales, raros forasteros, de los muy contados empleados, ruedas y resortes de una malísima pero muy sencilla máquina, y de la gente profesional, poco numerosa, modesta, contenta con su estado, alegre en su medianía, y dedicada en cuerpo y alma, noche y día á su respectivo ejercicio. El bajo, mundo aparte, agregado de maestros de artes y oficios, no muy aventajados, es verdad, cada uno en el suyo, pero gente pacífica, arreglada, aseada, bien hablada, formal y de cierta dignidad; y de la *turba multa* de menestrales, oficiales, jornaleros, holgazanes, picaros y pájaros de inavergonzables castas, ocupacion y desvelo de los alcaldes de barrio, tenientes de villa y jueces de repeso; habitantes, casi por iguales partes del año, de la boardilla ó el numerado zaquiami en el inmundado corredor, de las salas del Santo Hospital, y de los patios de la Cárcel de Villa ó de la Corte. Convenían los habitantes de estos dos Madrides en contentarse con poco, en resignarse fácilmente á todo, en cierta genial alegría, en cierta indiferencia por las cosas públicas, y en una incansable paciencia respecto á los errores y las extravagancias políticas. Y esto tiene fácil explicacion.

De 1814 á 1820, España toda, y Madrid en especial, tenían alimento suficiente para una especie de contento interior, con solo recordar que por fin se habían alejado los invasores, los pérdidas invasores; con recordar que existían, porque para un español existir, y existir absolutamente independiente de extranjeros, son una sola y misma cosa. Verdad es, decíanse todos, y sino así lo sentían; verdad es que no podemos estar peor gobernados, pero qué importa! á fé que para eso nos gobernamos mal que bien dentro de casa; y ningún vecino viene á ofrecernos, hipócrita, la detestable felicidad de la esclavitud. Siendo de advertir que no es grande ni muy vehemente el deseo de buen gobierno en un pueblo que nunca lo ha tenido bueno. Perderlo es lo que escuece; seguir de mal en peor, es desgracia, es miseria casi natural, á que los pueblos acaban por resignarse.

De 1820 al 23 lo hicimos torpemente: jugabamos la primera partida al difícilísimo juego de la libertad. Cobramos un poco de afición á ese juego, porque tiene muchos lances é interesa; sin haber llegado á comprender su marcha. Y cuando los mismos vecinos que vinieran por nuestra independencia, volvieron por la tan mal ensayada libertad, nos quedamos sorprendidos, si, de que tantas visitas nos hiciese el vecino; pero casi indiferentes, porque demasiado sabíamos que aquel ensayo no era serio, ni podía parar en cosa que lo fuera. Quien vé cuatro chicos de la escuela, convenientes en hacer novillos, y pasar la tarde más bien en el juego de no estar en la escuela, que en ninguno otro tal cual ordenado; quien los vé sorprendidos y dispersados por el maestro, correr cada uno medio asustado y mal reprimida la risa, buscando un refugio cualquiera: en gran parte vé á los españoles pasar del desconcierto de los tres años, del ensayo temerario de una libertad imposible, tal como se improvisó, á la de una restauración disparatada, tal como se planteó. Nos han atrapado, dijo el pueblo español, y se resignó á los rigores que siempre vienen en pos de indiscretas lozanías y calaveradas. Encerrados á oscuras y con escasa ariel, sonreíanse los españoles al paso que pensaban eni aquel desenredo pudo ser, ni este encierro ni esta oscuridad son para durar mucho, y se proponían no ser tan locos si volvían á faltar á la escuela, ni tan dóciles en caso de volver á ser sorprendidos por el maestro.

Dicho se está que en esos diez años de 1824 á 1834 no existió ni asomo siquiera de vida pública, es decir, política; no había más que costumbres privadas que observar, y pintar y censurar y en lo posible corregir: esto era lo único que podía hacer el Sr. Mesonero; esto supo hacer admirablemente. Pintó la sociedad de aquel tiempo con viveza, con gracia, con desenfado, con maestría, y siempre con decoro. La sociedad alta, sin el melindre, el estiramiento y la tiesura que nuestros dramáticos del siglo XVII; la sociedad baja, sin la renegante grosería que nuestros escritores picarescos de los siglos desde fines del XV hasta el presente, comprendiendo entre estos escritores los que lo fueron de entremeses y sainetes.

Cuestion. ¿Acabó el Sr. Mesonero con la manolera y la chisperia madrileña? Larra decía que les puso la mascarilla de yeso á sus cadáveres. Lo cierto es que se le quedaron entre las manos cuando los estaba retratando; y que si tarda un año más, tiene que retratarlos de memoria, ó por relaciones y tradiciones. Sospechoso se hizo de complicidad en su muerte por tan notable coincidencia; pruebas directas no es fácil encontrarlas. Muy semejante acusación se dirigió á Cervantes como extirpador del espíritu caballeresco en España. Pero ambas acusaciones son injustas. Llegan las instituciones, llegan las costumbres, llega el espíritu de los siglos á un punto de exageración insostenible; y el escritor discreto, y sobre todo oportuno, los precipita con solo presentarlos desnudos y como son en sí: empuja, impele, adelanta, si se quiere, la caída de lo que estaba caduco; pero la desaparición débese principalmente al movimiento, al progreso de las edades. Un libro no transforma una sociedad. El Evangelio solo las trasformó todas; pero el Evangelio trasformador no es el libro, es el divino espíritu del Redentor del género humano.

Sin un julio de 1830 no habría habido en España un octubre de 1833. ¿Seremos siempre imitadores de la vecindad?—No lo sé; solo sé que el Imperio es por fortuna inimitable.

No es del caso seguir al Sr. Mesonero en toda su laboriosa patriótica tarea: gracias á Dios no es llegado el caso de escribir su panegirico. Baste decir que, observando el Madrid viejo, comprendió lo que más urgentemente necesitaba para rejuvenecerse, y lo proclamó, y lo promovió eficazmente; y contadas seran las mejoras que se hayan planteado en esta corte, en que no haya tenido una parte activa y eficaz. La posteridad si, contra la general costumbre, diere en agradecida, al paso que borrará á Pontejos de donde está, especie de santo patron de una arca de aguas, escudo de un farol de coche, para colocarle en lugar más digno de sus grandes merecimientos, no ha de olvidarse de Mesonero, el mejor y más cariñoso para con su madre, de cuantos hijos ha tenido Madrid, que yo sepa. Y qué buen hermano, también, aunque esto siempre se deja suponer de los buenos hijos, para con todos los insignes madrileños que le precedieron en celebridad y en méritos, acaso, pero no ciertamente en aquella su, sin igual, patriótica ternura!

III.

El antiguo Madrid, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa: tal es el título de la obra que recientemente ha publicado el *CURIOSO PARLANTE*. Y cuáles son, se dirá, el objeto y la significación de este nuevo libro?—No es esta la primera vez que escritores distinguidos, de esos que aciertan á concentrar toda su atención y sus esfuerzos sobre un punto limitado y al parecer pequeño para ilustrar-

lo y dilucidarlo todo, dejan para el fin y coronamiento de sus obras lo que, bien mirado, podría reputarse su mejor proemio é introducción. Y es que, embebidos en su asiduo trabajo, imaginándose que solo se dedicaban á uno de los aspectos del casi exclusivo objeto de su estudio y su culto, no reparaban cómo los iban recorriendo y apurando todos, no conocían la extensión de su tarea, no adivinaban su verdadera misión; y hasta muy adelantada su carrera, permanecieron ignorantes de cuál iba á ser ésta, en qué iba á consistir su propia gloria y especialidad. Sorprendidos luego, al pararse á considerar la serie de sus trabajos y sus obras, entonces viene á ser cuando por primera vez reconocen su trabazon y unidad, y la necesidad de completarlos y de cerrar su círculo.

El Madrid actual como pueblo, el Madrid como sociedad, habían salido de la pluma del Sr. Mesonero y merecido y obtenido universal aplauso; pero al estudiar su fisonomía, al penetrar su carácter, había ido recogiendo el escritor un cúmulo de noticias concernientes á su nacimiento, su niñez, su juventud, en una palabra, á su vida entera. La vida de un pueblo importante, centro además por espacio de tres siglos, de una poderosa monarquía, necesariamente habia de recordar hombres, lugares, sucesos, revoluciones, festividades, calamidades, prosperidades, vicisitudes, hechos dignos de conmemoración. Dos medios se presentaban de reunir y coordinar todos estos datos: el uno escribir una nueva historia de Madrid, con el inconveniente de que resultara otra historia moderna de España; el otro, el de historiar las localidades, señalando los derechos que á la celebridad tienen sus calles, sus paseos, sus plazas, sus edificios, y hasta muchas de sus más humildes casas. Poco dado á repetir trabajos ajenos, enemigo irreconciliable del tédio y de cuanto puede causarlo, el Sr. Mesonero se decidió por lo más original, lo más picante, lo que prometía mayores atractivos para el público; y en un mediano volumen se propuso reunir cuanto la tradición, la memoria, la erudición y la investigación pudieran suministrar para resucitar á Madrid en sus edades históricas, y recordar los lugares en que moraron sus más ilustres hijos, en que ocurrieron los sucesos más notables. Este tan feliz como original pensamiento, llevaba consigo mas ventajas que las que á primera vista se ofrecen.

Corren naturalmente todas las historias como encanzadas dentro de la cronología, y de este modo se prometen señalar las causas y la generación de los sucesos, sin conseguirlo muchas veces. Una historia inversa, partiendo de lo existente y remontándose lentamente desde la actualidad á los orígenes mas remotos, tiene un sé que de nuevo, de instructivo, de genealógico, que es de extrañar cómo no se ha ensayado hasta aquí. Seria temerario negar que las cosas naturalmente se refieren comenzando por el principio; pero acaso lo fuera también poner en duda que muchas de ellas se explican mejor empezando por el fin; y cuando se trata de cambios, alteraciones, corrupciones, restauraciones y conversiones, casi siempre hay que esperar mejor luz de volver la vista atrás desde el punto de la actualidad, que es el único firme y seguro, que de empezar por lo oscuro, lo fabuloso, lo incierto, como base de donde partir para las exploraciones ulteriores.

Dejémosnos de esas inagotables filosofías, tan vagas que no pueden reducirse á prácticas, tan caprichosas que mas suelen descubrir genialidad que ingenio. Estábanse las calles y plazas, y casas viejas de Madrid cargadas con sus secretos, sufriendo la indiferencia y hasta el desprecio de transeuntes y habitantes, reprimiendo, digámoslo así, sus méritos y servicios, y espuestas á desdenes, burlas y profanaciones. Para un curioso, un raro erudito que las saludase al pasar, reconociendo su dignidad y altos destinos, eran miláres los que solo reparaban en las arrugas, berrugas, calvicie y demás deformidades de su vejez, deseándolas pronta y hasta repentina muerte, para que no desfigurasen y entristeciesen el alegre burlon, intolerante mundo de los jóvenes. Yo no sé si el universo está poblado de génius, quiero decir espíritus, ni si tienen los suyos las poblaciones, las plazas y las calles, las antigüedades, las artes y las historias. Pero suponiendo que sí, que en suponerlo no creo incurrir en politeísmo ni paganismo, juzguese de la tristeza y aburrimiento de esos pobres génius al observar la injusticia de la ilustrada generación, que nada concede á cuantas le precedieron, siendo ellas las que la prepararon el camino y la educaron para ser lo que es, y mucho más y mejor de lo que está siendo. No tiene hoy disculpa la ignorancia; todo puede saberlo, en lo humano se entiende, y saberlo barato y fácil, el que quiere saber; y la indiferencia histórica, la profanación artística, son pecados públicos imperdonables. Contra esa frecuente especie de pecados es preservativo, en cuanto á Madrid concierne, el último libro del Sr. Mesonero.

¿Quién al ver un objeto querido, animado ó inanimado, no tiene una particular complacencia en figurárselo en las diversas épocas anteriores, por donde ha venido á ser lo que es?—Que sea una mujer ó una planta: «Mujer querida, ¿cómo sería verse tu rostro, cómo esa escultura que ahora no me sácio de mirar, cuando del pecho de tu madre, sacabas juntamente el alimento, y la vida, y la ternura, y la pureza y la bondad?—¿Cómo, cuando mas adelante, colmada de gracias, te estorbaban esas gracias porque escitaban la curiosidad, la alabanza, la importunidad, que interrumpían tu alegría, tu felicidad de cordero ó paloma?—Tú, árbol prócer, árbol insigne, álamo blanco que extiendes temerariamente los brazos por acercarte á más y más y tocar y ver de bañarte en el estanque del Buen Retiro, sin caer en que tu pasión, tu tereco empeño, han de parar en suicidio: ¿cómo eras cuarenta años há, cómo ha treinta, cómo veinte? ¿cómo era el vástago destinado con el tiempo á ser una planta magnífica y sin igual?—¿Cómo sería la inocente, la pura doncella que después fué mi querida madre?—¿Cómo la juventud, la lozanía de F., á quien conocí ya en su madurez, y tanto me pesa no haber conocido siempre?—¿Lo veis? cuanto se ama se quiere conocer y ver y disfrutar en todas sus edades, en todos los grados y escalones de su existencia, hasta su actualidad.—Y ¿qué derecho tiene el que, como yo, no sabe si escribe artículos ó prólogos, á ser digresivo, intencionalmente digresivo, y hasta importuno y á sabiendas fastidioso?—Verdad es; pero es verdad porque la pregunta se dirige á quien, solo porque está escribiendo, puede llamarse escritor. Que si esa reconvencción se dirigiera á uno de los verdaderos grandes escritores, de los que cautivan y embelesan siempre que hablan ó escriben, sonriéndose contestaría que, en obras de imaginación, la dilación, la digresión, la distracción del objeto, hasta causar impaciencia, enfado, desesperación al lector, son artificios licitos y muy frecuentados por los escritores insignes. Dura cosa que, lo que en ellos es primor, porque son ricos, haya de ser falta imperdonable en los pobres!

Tenemos dos patrias. La gran nación á que pertenecemos y el pueblo en que nacimos. Tenemos deberes para con las dos: nuestra existencia entera pertenece á la grande, á la noble, á la hermosa madre de España. El íntimo cariño, los cuidados filiales á nuestra buena, fecunda, esforzada patria de Madrid. No ignorar sus secretos, familiarizarnos con sus épocas y edades, saber el por qué de la celebridad de sus edificios y sus templos, no curiosidad, no adorno, es deber y grato por cierto. Una vez publicado el excelente libro del Sr. Mesonero, entre los que lo leerán, y los que escucharán á los que lo leyeron,

van á ser, de aquí en mas, vulgares, populares las noticias que teníamos todos por recónditas y esquisitas. Las mujeres y los niños sabrán lo que ignorábamos los viejos; y no habrá quien pueda seguir diciendo que la mansa, la sufrida, la calumniada villa, de todo carece y de tradiciones tambien.

IV.

Traje, forma, estilo. Hé aquí lo primero que se exige en el día en los libros, y en gran parte de las mujeres y los hombres. En ochenta bien aprovechadas páginas, tiene el lector cuanto puede tener que sea verdadera historia, tratándose de Madrid. Y en 23 paseos, prudentemente ordenados para no fatigar el pecho ni la cabeza, distribuido cuanto puede interesar en el recinto de la corte, bajo el aspecto de recuerdos, tradiciones y antigüedades. Calles hay por ciertos barrios, casi desconocidos para la mayor parte de los madrileños, que de resultados de la publicación de «El Madrid antiguo» se han visto visitadas por gentes exóticas, con sorpresa de sus pobres habitantes, que no sospechaban que por allí hubieran pasado nunca sucesos ni maravillas. Casas cerradas y en vispera de convertirse en escombros y en polvo, que han tenido en su agonía el consuelo de verse miradas y observadas, y llamadas por su verdadero nombre, antes de acabar de morir. Y cumbre la fama, y los atrevidos chicos y las parleras vecinas preguntan al Señor del libro, y con alguna que otra graciosa equivocación, aprenden ahora lo que no sospecharon jamás. ¿Quién aquí, en la tierra clásica del paseo, no dirige alguno de los suyos hacia donde le convida tan culto y tan amable guía?

Del estilo nada hay que decir. Hábito este, no formado ya adquirido, sino genial y espontáneo, nunca se pierde; y antes se contradice cualquiera en sus acciones y opiniones, que en el modo de expresarse y en el acostumbrado giro de sus palabras y sus frases. En cuanto á la originalidad y amenidad que saltan á cada paso en el libro del Sr. Mesonero, véanse: La importante y elocuente nota (pág. 29) sobre la armería de Palacio; aunque mi aprobación no alcanza á lo que allí se añade, hablando del arco inmediato, sobre si es ó no es obra de la minoría de Carlos II: Carlos II no tuvo minoría; Carlos II nunca pudo ser menor que Carlos II.—Las curiosas noticias sobre la vida del santo patrono de Madrid (pág. 49 y siguientes), uno de los ejemplares más bellos, más edificantes y consoladores, entre los infuños que, de virtudes y santidad, nos presenta nuestra cariñosa madre la Iglesia Católica. No me conformo, sin embargo, con que se continúe llamando todavía Ivan de Vargas, y no Juan de Vargas, como me parece incuestionable, fué su verdadero nombre, al dichoso amo de San Isidro Labrador.—La notable invectiva (fol. 102) contra los menospreciadores y profanadores de las antigüedades artísticas, con motivo de algunas imprudentes novedades ejecutadas en la antigua Casa de Misericordia y otros edificios contiguos. La curiosa nota sobre los guarda-infantes, predecesores de los tonillos y de los miriñaques.—El interesante capítulo sobre la Plaza Mayor de Madrid.—La vivísima pintura (fol. 180) del Rastro, tan notable por la riqueza de dición y el desenfado.—El curioso y bien escrito artículo (fol. 183) sobre el Lavapiés, con preciosos datos sobre los célebres Manolos de Madrid, que vienen á parar (pág. 191) en una bien tejida historia de estos, de los Chisperos, y demás gente cruda de la Corte.—Y, para no formar un nuevo índice del libro, la festiva descripción de la Puerta del Sol, no indigna á fé del Curioso Parlante. Todo forma un conjunto rico, variado, picante; un cuadro bellissimo, en que alternan con maestría la sobriedad de colorido, propio de la descripción histórica, con los toques francos y vivos característicos de la crítica, y más aun de la sátira.

Me rebelo decididamente, á pesar de todo, contra una noticia, por cierto insignificante, que se halla en la página 218. «Por toda la extensión, dice, de este gran trayecto (el del Prado, que algunos viajeros franceses equivocan con el Pardo) y aun desde la Frente Castellana, venia atravesando el inmundado barranco que desembocaba fuera de la Puerta de Atocha, y que aun permaneció descubierta hacia la parte de Recoletos, hasta que fué embovedado en tiempo de la dominación francesa»—No es cierto. A fuer de viejo y de poquísimo afecto á conceder nada, ni lo justo, si lo hubiera, á la dominación francesa, puedo asegurar, como testigo de vista, que la parte del barranco descubierta desde la esquina del Pósito hasta la difunta Puerta de Recoletos, se cubrió y embovedó en tiempo de Fernando VII, por los años de 1825 al 28; y buena prueba es, que entonces se trasladó la misma barandilla de hierro, que servía de resguardo á servir de parapeto y adorno en tres de los cuatro lados del estanco grande del Retiro, que los franceses habían dejado, como todo, desmantelado y medio demolido. Chica, en verdad, es la noticia; pero la verdad es que España y su centro Madrid no deben á la dominación francesa mas que ruinas y desolación; á pesar de que un Wellington y un Congreso europeo tasasen poco más que en nada, con tan insignificante y mala fé, los daños sufridos en aquella gloriosa lucha, por la más noble y más esforzada de todas las naciones europeas.

Tampoco puedo consentir ver en tan mala compañía y tan malamente tratado, casi al igual de los Abriales y de los Rabadanes, á un poeta como D. Juan Bautista Arriaza. Que fué poeta oficial, convenido; pero tambien lo fueron, si á eso vamos, Virgilio, Horacio, Calderón y Melastasio. Arriaza, jugando y sin dar importancia á lo que hacia por mero pasatiempo, nos dejó versos que rebosan genio, originalidad, sensibilidad y buen gusto. ¿Cuántos muy inferiores poetas han hecho fortuna antes y despues de Arriaza!—No es esto enfado; sino que veo, con frecuencia, mal juzgado y calumniado á un escritor modestísimo, pero distinguido, y que supo reunir á su talento é instrucción, dotes personales, domésticas y cívicas, que le han de colocar siempre entre los españoles ilustres.

Mera distracción considero lo de resultar (pág. 275) que la primera invasión del cólera, con las horribles escenas que la acompañaron, tuvieron lugar en 1833; siendo época que no olvidaremos la de la segunda mitad de julio de 1834.

CONCLUSION.

Pero entretanto, poseemos un libro nuevo, original, bien escrito y maduramente pensado. Esto de la madurez es entre nosotros lo más raro. Talentos clarísimos, plumas felices, nos dan frutos aún verdes y poco sazonados; y no parece sino que reina entre nuestros literatos cierto espíritu de impaciencia, de precipitación, enemigo de la perfección, que les impele á producir pronto y mucho, á no hacer todo lo que sabrían hacer con calma y más respeto al público y á su propia fama. Verdad es que el público pide mucho y paga poco. Pero tambien lo es que la historia literaria y la sana crítica no absuelven los errores de la precipitación y de la ligereza, y califican irrevocablemente de imperfecto lo que lo es, así la imperfección provenga de falta de vocación en el escritor, ó de poco estudio, poca atención y escaso pulimento. Reservemos nuestra tolerancia para la prensa periódica, obligada á producir dosis determinadas por día, entre las exigencias de los partidos políticos, los límites de lo permitido, la necesidad de servir bien á una escuela, y la inmensa variedad de asuntos y de temas. Nadie nos obliga á escribir un libro; y para conceder la posteridad

este nombre á un escrito, siempre ha de requerir trabajo infatigable, esmero estremado en la ejecución, y sobre todo que, al concluir la lectura, grandes y chicos digan: Este autor cumplió honrada y lealmente lo que ofreció en el título. Esto ha sabido hacer hoy D. Ramon Mesonero Romanos en *El antiguo Madrid*, como antes siempre en todas sus apreciables producciones.

FRANCISCO CUTANDA.

CAUSAS DEL PROGRESO

DE LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES DESDE EL SIGLO DE GALILEO Y DE BACON.

ARTÍCULO ÚNICO.

Los progresos lentos que hicieron las ciencias que tienen por objeto el estudio de la naturaleza hasta fines del siglo XVI, y el rápido desarrollo que han tomado comparativamente desde esa época, forman el contraste mas digno de ser meditado por los que están habituados á las abstractas y nobles contemplaciones de la filosofía natural.

Antes de la publicación del *Novum Organum* de Bacon, bien puede decirse que el estudio de la naturaleza exterior no era el objeto predilecto de los filósofos griegos, ocupados demasiado de la sutileza que desplegaban en la discusión, del éxito prodigioso que obtenían en los razonamientos abstractos, y de la admirable sagacidad que empleaban en los asuntos puramente intelectuales. Los filósofos griegos sacaban en ciertos casos las conclusiones menos lógicas de los principios de generalización basados sobre hechos poco numerosos y mal fundados: en otros se apoyaban con una ligereza inconcebible en principios abstractos que no existían mas que en su imaginación, deduciendo de simples formas de palabras que á nada se referían en el mundo externo, y como si fuesen los datos de axiomas matemáticos, todos los fenómenos y leyes que los rigen, desdeñando la observación por salvar siempre sus elucubraciones ideales. Así, aferrados en la idea de que el círculo es la mas perfecta de las figuras, sacaban por consecuencia natural que las revoluciones de los cuerpos celestes debían efectuarse según círculos exactos y con movimientos uniformes, y si la observación y la experiencia establecían lo contrario, no podían imaginarse que el principio establecido fuese falso, y para no dudar de su perfección ideal, imaginaban combinaciones de movimientos circulares hasta el infinito con objeto de salvarla.

Entre los filósofos griegos hubo hombres de un talento superior, de raras virtudes, y que harían la gloria y el ornamento de su especie si los miramos como individualidades; pero considerados en conjunto, no aparecen despues de un detenido exámen de las obras que han llegado hasta nosotros, sino como una turba de quisquillosos disputadores, ansiosos de nombradía, la cual una vez obtenida trataban de conservar entre sus prosélitos, con ideas falsas, bajo puntos de vista químicos, con eternas controversias sobre sutilezas de palabras, y empleando un lenguaje ininteligible las mas de las veces, y otras usando con demasiada frecuencia las aserciones dogmáticas.

Los filósofos de los últimos tiempos de la Grecia envilecieron el estandarte de la verdad, y aprovechándose del crédito justamente adquirido de sus descubrimientos, renunciaron al modesto papel de sabios y se erigieron en doctores, que creían que nada mas podía aprenderse que lo que ellos sabían.

Desgraciadamente para la ciencia verdadera, el carácter nacional, la inquietud vaga, la necesidad de innovar que distinguía á los griegos en sus relaciones civiles y políticas, halagaban las pretensiones de esa especie y los perseguía tambien en la filosofía de su tiempo, la cual admitía las aberraciones mas extrañas, siempre que fuesen ingeniosas y nuevas. Nada mas fácil que adquirir pronto en aquellos tiempos la fama de saber extraordinario: bastábale á un filósofo, ó á uno que semejantes aspiraciones manifestase, saber realzar y hermosear el pensamiento con un lenguaje brillante, evitando á sus admiradores y prosélitos, por medio de una aserción atrevida, el fastidio de pensar y raciocinar sobre la idea emitida: con algunas nociones de los hechos mas comunes y evidentes revestidos de términos abstractos, los erigía aquel en principios, y señalaba como impio y absurdo todo lo que les era opuesto: desde entonces estaba hecha su reputación.

El error radical de la filosofía griega, fué el de imaginar que el método que habia dado tan bellos resultados en las matemáticas fuese aplicable á la física, y que partiendo de nociones sencillas, de nociones cuasi evidentes ó axiomas, se podía discutir todo: pero eso se vé en los que lo cultivaban preocupados constantemente en descubrir esos principios que habian de dar, según ellos, tan fecundos resultados. El uno hace del fuego la materia esencial, y cree ser el origen del universo, el otro adopta el aire, un tercero encuentra la solución y la explicación de todos estos fenómenos en el infinito; aquel la vé en la entidad y no entidad; por último, un filósofo que formó la opinión científica durante dos mil años, decidió que la materia, la forma y la privación debían ser considerados como los principios de todas las cosas.

Seria injusto, sin embargo, juzgar á Aristóteles por los ejemplos anteriores. Aristóteles sintió la necesidad de recurrir á la naturaleza para todo lo concerniente á los principios de la física, y como observador, como compilador, como historiador de los hechos y fenómenos, no tuvo rival en su tiempo. Si en algunas teorías expuestas en sus obras se contentó con las nociones vagas y difusas que da una observación vulgar, en lugar de examinar con detención y buscar en ejemplos bien apreciados, bien escogidos, las verdaderas leyes de la naturaleza, culpese á la manía que entonces reinaba de disputar sobre las palabras. Sus numerosas producciones que abrazaban todos los conocimientos humanos han perecido la mayor parte. En la comparación que un célebre profesor de la universidad de Oxford, hizo entre la obra sobre los animales que escribió Aristóteles, y las obras modernas de los mas célebres naturalistas, se ve el golpe de vista magnífico, los profundos juicios de su gran talento de observación, que chocan con la confusión, la vaguedad y la presunción de sus opiniones físicas: en aquel trabajo es donde se muestra el genio del maestro, no obedeciendo á su impulso natural, sino dominado por la maldita manía de entonces de dogmatizar, de decir alguna cosa de sistemático. Aristóteles dividía los movimientos en naturales y no naturales; denominando como los primeros todos los que como el fuego, el humo, los cuerpos ligeros, se elevan hacia el cielo, y como los segundos, al movimiento de los cuerpos pesados para dirigirse hacia el centro de la tierra. Las impresiones que hacen sobre nosotros los objetos externos, forma, color, etc., son en la filosofía aristotélica cualidades ocultas, cuyos límites para aquellos tiempos no podían ser traspasados por las facultades puramente humanas; pero cuando la experiencia solo es para los modernos la que debe indicarnos, sostener que los hemos pasado, ó por lo menos, que

los hemos alcanzado, pasa generalmente por un carácter cierto de dogmatismo.

En los primeros tiempos de la Iglesia, se persiguieron los escritos de Aristóteles como demasiado inclinados á halagar los sentidos y la razón: pero en el siglo XII de la era cristiana, se quemaron sus producciones y se excomulgó á los que las leían; farsa que hoy parece tan estúpida, absurda y ridícula, como la mayor parte de los misterios y aberraciones que se derivan de los malos gobiernos imbuídos y halagados por preocupaciones vulgares. Poco á poco, sin embargo, fueron favorecidas aquellas publicaciones predilectas, por todos los que se dedicaban al estudio, suministrándoles armas á los escolásticos para las infinitas controversias que sobre proposiciones del «grande maestro» se empeñaban. Si una teoría era expuesta por cualquiera con intención de rebajar ó disminuir la importancia de la semejanza del maestro, al instante era relegada al olvido por los clamores de los infinitos discípulos, y el que la habia emitido, reducido al silencio por un argumento todavia mas eficaz, que era una violenta persecución.

Los filósofos de la época del esplendor y apogeo de la Grecia, si juzgamos de sus opiniones por los datos inciertos y contradictorios que han llegado hasta nosotros, tuvieron tambien inclinación y gusto á la filosofía racional.

No sabemos fijamente qué sentido daba Thales á su opinión de que el agua era el origen de todas las cosas; pero los geólogos modernos concebirán sin ningún trabajo, que un viajero que observa, pueda penetrarse de esa idea sin necesidad de recurrir á los místicos recuerdos del Egipto ó de la Caldea. Sus opiniones sobre los eclipses y la naturaleza de la luna eran fundadas, y su predicción de un eclipse de sol fué seguida de circunstancias tan notables, que ha sido sometido á una discusión severa por parte de los astrónomos modernos según lo anunciaba Aragón. En medio de nociones groseras y mal expuestas, Anaxágoras tenia ideas bastante justas sobre la causa de los vientos, sobre la del arco iris, y razonaba de una manera menos absurda que lo han hecho algunos geólogos modernos sobre los temblores de tierra: este filósofo observaba la naturaleza y sacaba de sus fenómenos justas deducciones. Pitágoras, bien sea que obtuviese él mismo este resultado, ó sea que lo hubiese tomado de los sacerdotes del Egipto ó de la India, llegó á darse una idea exacta de la disposición general de las partes del sistema solar, y del lugar que en él ocupa la tierra, y, aun parece demostrado en obras contemporáneas suyas, que consideraba la atracción del sol como el lazo que las unía.

En esa larga noche del alma y de la naturaleza, la desgraciada actividad de los alquimistas producía de tiempo en tiempo alguna dudosa chispa, hasta que el ilustre Bacon apareció en esas tinieblas como una estrella matinal que anuncia la aurora.

En el siglo XVI fué cuando los filósofos empezaron á dedicarse á la observación de la naturaleza y á estudiar esta de una manera regular y progresiva. El canciller Bacon de Verulamio aplica el criterio de la observación á las ciencias experimentales, y mata las hipótesis que habian convertido las ciencias exactas en una astrología judiciaria, ó una leyenda maravillosa en que faltaba todo el resplandor de la razón y de la verdad. La eficacia que Paracelso atribuía á sus remedios químicos, á sus elixires, reprobando energicamente la antigua farmacia, todo esto, apoyado como fué por curaciones sorprendentes, convenció á los médicos racionales que la química puede suministrar excelentes medios de curación que se desconocían hasta entonces. Paracelso hizo la mayor parte de sus curas por medio del mercurio y del opio, cuyo uso aprendió en Turquía. Los médicos de su tiempo no conocían ninguna preparación mercurial, y reemplazaban el opio como afro hasta el 4.º grado; el tartaro era tambien empleado por aquel médico que le dió el nombre que lleva porque «contiene agua, sal, aceite y ácido que quema al paciente como lo haria el infierno».

Médicos y químicos se pusieron á trabajar con incansable afán desde entonces; cada uno queria descubrir algun medicamento nuevo; las artes químicas y metalúrgicas explotadas hasta aquella época por hombres que solo la experiencia les habia iniciado en los secretos, fueron estudiadas de una manera mas racional, mas vasta, y poco á poco se vieron crecer todos los ramos de las ciencias naturales. Jorge Agricola se dedicó con celo á la mineralogía, á la metalurgia en las minas de Bohemia, de Schemnitz, y publicó memorias numerosas y metódicas en donde consignaba todos los hechos que eran conocidos. A su vez el doctor Gilbert de Colchester publicó en 1590 un tratado sobre el magnetismo, en donde se encuentran consignados datos preciosos, experiencias desarrolladas con talento, y que es uno de los mas antiguos que hemos leído en la Biblioteca real de Londres, sobre la materia.

La astronomía nos suministra una prueba de las mas evidentes, del cambio que por entonces se efectuaba en la dirección de las facultades humanas. El sistema de Copérnico ó de Pitágoras volvió á estar en favor, y adquirió bien pronto numerosos partidarios. Apareció Galileo y atacó sin consideración los dogmas de Aristóteles relativos al movimiento, oponiéndoles el testimonio de los sentidos y las experiencias mas terminantes; pero las persecuciones que le atrajeron sus descubrimientos, su resignación, sus sufrimientos, y el triunfo que alcanzaron despues sus opiniones, son demasiado conocidas probablemente de nuestros lectores para que nos entretengamos en reproducirlas aquí.

Copérnico, Kepler, Galileo apelaron á los hechos; sus descubrimientos y sus bien fundadas teorías desacreditaron los errores de la filosofía aristotélica. Bacon se encargó de dar á conocer con exactitud la debilidad de esa filosofía, y de sustituir en su lugar un cuerpo de doctrina que se comprendiera mejor: por esto se considera y con plausible razon al canciller Francisco Bacon de Verulamio, como uno de los dos reformadores de la filosofía moderna; á pesar de que él por su parte, poco haya añadido á la masa de verdades físicas conocidas hasta entonces, y de que sus ideas sean algunas veces erróneas, errores que deben atribuirse mas bien á la ignorancia de su siglo, que á una pequeñez de miras que él no tenia.

Despues se ha tratado de rebajar el mérito de los servicios de Bacon probando que su método era una cosa de instinto empleado en diversas ocasiones por los antiguos y modernos. Pero nuestros lectores comprenderán si han estudiado las obras del canciller, que el mérito de la filosofía de Bacon no consiste en haber introducido el razonamiento de inducción como procedimiento nuevo, si no que lo que la recomienda y caracteriza, es su perspicacia, su entusiasmo, la confianza con la cual se anuncia ella como el alfa y omega de la ciencia, como la grande y única cadena que une las verdades físicas, como la llave de todo descubrimiento. Los que por tales motivos rehúsan á Bacon una gloria tan justamente adquirida, ¿despojarían tambien á Jenner y Howard de sus coronas cívicas, porque algunas personas en algunas comarcas lejanas hubiesen antiguamente conocido la vacina, y porque filántropos en todos los siglos hubiesen visitado en algunas ocasiones al prisionero en su calabozo?

La ciencia recibió desde ese periodo una inmensa im-

pulsión, reconociendo generalmente la pobreza é insuficiencia de la misma en materia de hechos. Parecía ya por entonces como el genio del hombre tanto tiempo comprimido y vencido á la eterna presión que lo encadenaba, se lanzaba secundado por la misma naturaleza en una era nueva llená de entusiasmo y de prodigios, á la cual no vemos nada de comparable en la historia del género humano. Mientras que aquella suministraba medios nuevos, extraordinarios, á los sentidos que trataban de explorarla, mientras que el microscopio y el telescopio franqueaban el infinito por todas partes; la ciencia desplegó como para fijar la atención sobre sus maravillas y señalar esta época á los sábios, el mas brillante y misterioso de los fenómenos astronómicos, cual es, la aparición y la extinción total de una estrella fija que Galileo pudo observar dos veces. Los sucesores inmediatos de Galileo y Bacon revolucionaron toda la naturaleza con hechos sorprendentes y nuevos, á los cuales siempre se mezcló un poco de ese amor á lo maravilloso que debe ser considerado como un resto del siglo de la magia y de la alquimia, pero que bien conducido y prudentemente ordenado, es el aguijón mas poderoso y mas útil para excitar al genio por la senda de las averiguaciones experimentales. Boyle, sobre todo, estaba animado de un ardor tal, que le impulsaba de experiencia en experiencia sin dejarle un momento de reposo. Hooke, por su parte, contemporáneo y casi rival de Newton, emprendió una serie de experiencias todavía mas extensa: de modo, que multiplicándose cada vez mas los hechos empezaban á brotar leyes y á desarrollarse las generalizaciones. Fué tan rápida la marcha de los descubrimientos, el triunfo de la filosofía inductiva tan brillante, que bastó una generación y los trabajos de un solo hombre para establecer el sistema del mundo en una base verdaderamente sólida.

Indudablemente la ciencia en el primer periodo hasta el siglo XVI, se concentraba desde luego en una region muy poco accesible á la inteligencia ordinaria. Un fenómeno geológico ó atmosférico fijaban entonces como ahora la atención general, y producian las conjeturas mas extrañas sobre las causas que los producian; pero jamás se suponía que las ciencias pudiesen ejercitarse alguna vez en asuntos mas terrenales, que se empleasen en el desarrollo de las artes mecánicas, y hasta de las minas y de la organización de la economía social.

Sie embargo, fácil será creer, que antes del descubrimiento de la imprenta, que suministró á cada uno el medio de publicar sus ideas, algunas indicaciones de la naturaleza, muchas observaciones buenas, razonamientos exactos y numerosos han debido perecer.

Desde el siglo XVI, el movimiento impreso á las ideas se comunicó desde un extremo de la Europa al otro, y no se puede citar un solo ramo de las ciencias que no participase de aquel impulso, que no haya extendido sus dominios, y no se haya perfeccionado. Las ciencias naturales y exactas alumbradas por una gran antorcha marchaban á pasos agigantados por sendas antes desconocidas. ¿Y por qué? Porque la inteligencia se aproximaba á la unidad de origen reconocida por todas las escuelas filosóficas, entraba en posesion de una idea matriz en que se encierran otras infinitas, y que es, ha sido siempre, y será, el objeto de la ambicion de la humana inteligencia; pues una vez encontrada, es el manantial de los mayores adelantos; la gloria de los genios mas ilustres se ha cifrado en descubrirla; el progreso de las ciencias ha consistido en aprovecharla. Vieta expone y aplica el principio de la expresion general de las cantidades aritméticas; Descartes hace lo mismo con respecto á las geométricas; Newton asienta el principio de la gravitacion universal, y el propio, al mismo tiempo que Leibnitz inventa el cálculo infinitesimal. Cuando los matemáticos antiguos se ocupaban de las secciones cónicas estaban muy lejos de creer que la idea de la elipse hubiese de servir de base á un sistema astronómico; los focos eran simples puntos, la curva una línea y nada mas; las relaciones de aquellos con esta, eran objeto de combinaciones estériles, sin aplicacion práctica. Siglos despues esos focos son el sol, y la curva las órbitas de los planetas; las líneas de la mesa del geómetra representaban pues un mundo; lo cual prueba el íntimo enlace de las ciencias matemáticas con las naturales, prestándose recíprocamente sus luces, y entrando alternativamente las unas en el terreno de las otras.

Resulta pues de este resumen, verdadera quinta-esencia de las tendencias, objeto y marcha de la filosofía de aquellos tiempos, que una de las causas principales que mas han contribuido al desarrollo de los diversos ramos del saber humano, es mas medios de observacion, mas facilidades para efectuarlos en la época moderna que en la antigua, á causa de la inmensidad de riquezas, de civilizacion, que crea el bienestar y desarrolla el gusto de las investigaciones intelectuales, tan extendido ya en toda la Europa. Por sola esta consideracion se explican las innumerables adquisiciones que han hecho y hacen todavía la botánica y la zoología, la geología y la mineralogía.

P. C. CALVO Y MARTIN.

ESTUDIOS SOBRE ITALIA.

FLORENCIA.

DINASTIA MÉDICA.—DINASTIA AUSTRIACA.

Sometida al Papa Clemente VII por las armas de Carlos V, Florencia, sufrió la suerte á que sus largas discusiones y discordias la habian preparado. Sus corporaciones populares, sus asambleas, las reuniones de sus ciudadanos en los parajes públicos, cesaron con su guardia cívica y sus magistrados de eleccion popular. Alejandro de Médicis, desposado con una hija natural de Carlos, entró en Florencia, escoltado por los imperiales; y primer soberano hereditario de aquel pais, no desmintió su bastardo origen, gobernando despóticamente y entregándose á desórdenes, á torpezas y á vicios que recordaban la corrupcion y las inmundidades de Caligula, de Neron y de Heleogábalos.

Aunque sostenido por el partido que Carlos V habia sabido preparar en Florencia al príncipe con quien iba á ligarse por los vinculos de la sangre, partido á cuya cabeza se hallaba el historiador Guiccardini, y que fortalecian los españoles residentes en Florencia, Alejandro se hizo odioso á los grandes por su orgullo, al pueblo por sus vicios, y á la juventud florentina por el amor que esta guardaba á la perdida libertad. Al poco tiempo de su instalacion como duque de Florencia, Alejandro fué traidoramente asesinado por su pariente y cómplice Lorenzo, llamado Lorencino de Médicis, quien siempre sostuvo que cometió aquella villanía con el designio de restablecer la libertad de Florencia.

La historia privada de los grandes duques de Toscana, desde Alejandro hasta Juan Gaston, el último de la rama

de los Médicis, ofrece una serie de episodios dramáticos capaces de animar la novela mas complicada. La circunstancia del asesinato del primero; los hechos de la vida de su sucesor Cosme I; los amores y el casamiento del hijo de éste con la célebre Blanca Capello (1), de la que en otra ocasion hemos ya hablado; el fin trágico de ésta y de su marido; la ascension al trono del cardenal Médicis, y hasta las debilidades del último individuo reinante de la familia, suministrarian páginas llenas de emocion; pero estas notas de viaje se alargarian demasiado, si entráramos en tales portmenores, y nos apartáramos del principal objeto que nos hemos propuesto, el de trazar el cuadro de la Florencia del dia, tal cual se ofrece á la vista de sus modernos exploradores.

Digamos, sin embargo, que si Florencia decayó de lo que habia sido bajo la casa de Médicis, y perdió como centro del movimiento intelectual, los principios de esta dinastía favorecieron el desarrollo del periodo científico en que entró la Europa en el siglo XVI. Bajo Fernando II de Médicis floreció Galileo, y se fundaron las academias de ciencias, cuyos trabajos han mantenido la Toscana al nivel de los adelantos del siglo, despues de haber sido Florencia la iniciadora del desarrollo científico, como antes lo fué del filosófico y literario.

Galileo fué el precursor de Copérnico, de Newton y de Leibnitz, el padre de la filosofía experimental, como lo habia sido el Dante de la filosofía moral y especulativa, y cuando á una ciudad cabe en el mundo la gloria de haber dado á luz, además de estos dos grandes hombres, á Petrarca, á Boccaccio y á Vinci Miguel Angel, ninguna otra podrá disputarla el inmortal lauro de aparecer en la historia como la madre y la nodriza de la cultura moderna.

En 1757 murió el último de los Médicis, el instruido, benigno, humano, pero corrompido y sensual Juan Gaston, dejando á la Toscana sumida en la disolucion y miseria que engendran la disipacion, el libertinaje y el mal gobierno. Los últimos instantes de este príncipe, manifiestan reasumida en una sola frase la historia de su carácter y de su reinado. Auxiliado en sus últimos instantes por un sacerdote que le ponderaba los gozes y bienaventuranza de que disfrutaria en el cielo, á fin de consolarlo de la pérdida del mundo que temió dejar, el moribundo le respondió con la elipsis que le era familiar: *ma io sono contento con il palazzo Pitti*: lo que equivalia decir: Para qué prometerme tanto en el cielo cuando yo me contento con lo que tengo en la tierra.

Antes de la muerte de Gaston, la herencia de sus Estados habia sido objeto de negociaciones diplomáticas, por medio de las cuales España, Francia y el Austria dispusieron de la Toscana como si su territorio hubiera pertenecido á aquellas coronas. Nuestro gran rey Carlos III, siendo príncipe, estuvo designado para sucesor de Gaston, y aun visitó á Florencia en vida de este príncipe, á fin de conocer á sus futuros vasallos. Pero la flota española que lo condujo á las costas de Toscana, no tardó en dirigirse á las de Nápoles, y conquistado aquel reino por nuestras armas, y asegurada su sucesion al príncipe Carlos por convenio entre Francia, España y Austria, la Toscana fué cedida al duque de Lorena, cuyos Estados pasaron á la corona de Francia. Así, aun en tiempo de nuestra decadencia, cuando de resultados de la guerra de sucesion habiamos perdido nuestra influencia continental, todavía España era para Italia potencia de primer orden, y quitaba y ponía dinastías en la Península.

El duque Francisco de Lorena, primer soberano de la rama que sucedió á los Médicis, habia casado con la célebre Maria Teresa de Austria, heredera del imperio, y llamado por esta razon á Viena, confirió el gobierno de la Toscana al mariscal Botta. Deplorable fué la administracion de este lugar-teniente del gran duque, y la decadencia, desmoralizacion y miseria de Florencia continuaron en aumento hasta la llegada de Pedro Leopoldo, hijo y sucesor del duque Francisco, destinado á ser el bienhechor de sus súbditos, y el autor de reformas que precedieron de muchos años, á las que mas tarde provocó con tanto extrépito la revolucion francesa.

Leopoldo fué en sus pequeños Estados lo que Marco Aurelio pretendió ser en su dilatado imperio, un príncipe filósofo. Y si los inmortales trabajos del vástago de la Casa de Austria, en vez de aplicarse á un señorío de medio millon de habitantes, tuvieran por teatro á la Francia, la España ó otra de las grandes naciones continentales, la era de los gobiernos reformados habria recibido desde mediados del siglo anterior el impulso y el ejemplo que mas tarde hubo de aceptar el mundo de manos del frenesí revolucionario estallado en Francia y propagándose á todas las naciones.

Presenta caracteres tan extraordinarios el gobierno de Leopoldo, son tan importantes las reformas que introdujo en sus Estados, que no solo interesa detenerse á hablar de ellas, aunque brevemente, por la influencia que han tenido en la suerte de la Toscana, sino además por ser su conocimiento esencial para la historia de la legislacion europea.

Todavía no habia escrito Smith su célebre tratado de Economía política, cuando ya Leopoldo aplicaba los mas sanos principios de una ciencia aun por crear. La libertad del comercio de granos fué una de las primeras providencias de su reinado. A esta medida siguió la supresion de las aduanas interiores, con lo que dejó libre la circulacion y el tráfico, y la proteccion que dispensó á la agricultura acabó de completar el inmediato alivio que apenas subió al trono procuró á su pueblo.

Remediadas las necesidades materiales de este, el joven príncipe acudió á las administrativas. Las rentas públicas se hallaban como en Francia antes de la revolucion, entregadas á arrendadores. Leopoldo abolió este vicioso método y puso orden y claridad en la recaudacion é inversion de sus caudales. Organizó la instruccion

(1) Véase la *Crónica de Ambos Mundos* (Revista del 10 de junio de 1861).

pública, reformó y mejoró los establecimientos de beneficencia; hizo mas, se atrevió, antes que lo hiciera en sus Estados su hermano José II, á poner mano sobre los conventos, suprimiendo varias órdenes, reformando abusos y dispensando proteccion á las fundaciones religiosas que se dedicaban á la enseñanza. Hizo desaparecer los infinitos fueros y tribunales de excepcion que entorpecian la administracion de la justicia. Reformó el Código criminal y siendo el primer legislador que reconociese el principio de la gradacion de las penas, abolió el tormento y la confiscacion de bienes. Temeroso de los abusos y persecuciones á que servia de pretexto, no quiso incluir en la categoría de los delitos el de lesa majestad. El Código civil de Toscana fué el primero que suprimió el juramento en causa propia, limitándolo á los testigos, y hasta pensó en la reforma carcelaria, anticipándose así de un siglo á los sistemas que debian agitarse en el nuestro. La abolicion en sus Estados del tribunal de la Inquisicion, y el sujetar al clero á la dependencia del poder civil, le valieron toda la animadversion del piadoso Pio VI, pero la firme perseverancia de Leopoldo supo triunfar de la cólera de Roma, y de la oposicion del clero y de la nobleza.

Este príncipe extraordinario, cuya prudencia, aplicacion y maduro sexo le daban como hombre toda la importancia que puede atribuirse al mas brillante genio, parece haberse propuesto por máxima que las leyes fueran la expresion de los adelantos morales de la época, de que las verdades concebidas por la razon y la experiencia sirvan inmediatamente para el alivio y bienestar de la especie humana.

La Europa se hallaba pasmada contemplando las reformas é innovaciones de Leopoldo, cuando este príncipe puso el sello á las novedades que señalara su reinado, publicando el documento mas original y curioso que jamás salió del gabinete de un monarca absoluto. Bajo el título de *Gobierno de la Toscana en el reinado de Leopoldo II*, mandó imprimir una extensa memoria, en la que daba cuenta de todas las reformas hechas, acompañando la exposicion de cada una de las razones en que se fundaba, y á continuacion de esta justificacion de su gobierno, siguen, año por año y con el mayor orden, estados expresivos del importe de las rentas públicas y de su inversion desde 1763, en que subió al trono, hasta 1789, en que se dió á luz este singular documento. En honor de la memoria de Leopoldo, es preciso añadir que nunca ha sido puesta en duda, ni aun por sus enemigos, la exactitud de los datos citados en aquel libro.

Sometiendo ahora al gran criterio de la experiencia la bondad del gobierno de la Toscana bajo este príncipe ilustrado, hallaremos que cuando subió al trono, el hambre, la miseria y la disolucion de costumbres tenian sumidos á sus súbditos en la mayor degradacion. Los campos estaban casi incultos; las contribuciones excesivas no bastaban para satisfacer las usuras de los prestamistas; la venalidad y el cohecho habian usurpado las veces de justicia, sin que por esto abundasen menos los suplicios y los tormentos, siendo entonces proporcionalmente á la poblacion mucho mayor el número de crimenes que se cometian en Toscana que en los demás países de Europa.

¿Y cuál era el estado del Gran Ducado á los veinte y cinco años del reinado de Leopoldo? Imposible parece, pero la historia lo acredita. En todo este periodo solo dos criminales fueron condenados á muerte, no excediendo de doscientos culpables el número de los sentenciados á otras penas; y como entre estos, cincuenta eran extranjeros, resulta que no pasó de diez en cada año el número de los criminales.

Los enemigos de Leopoldo, entre los que se ha distinguido el grande Alfieri, lo acusaban de que introdujo y fomentó en Florencia el expionage. Semejante cargo no se halla probado; y aun cuando lo estuviese, seria menester tener en cuenta la exageracion con que sin duda ha sido abultado; además de que son tan notorias y esclarecidas las pruebas que Leopoldo dió de generosidad y magnanimidad que cuesta trabajo creer lo que en esta parte se le atribuye. Pero este príncipe tenia para los filósofos de su época un pecado capital, el de haber procedido despóticamente á cuanto hizo de útil y de bueno, como si hubiera sido posible hacer por otros medios lo mucho que exigia el estado corrompido y degradado en que se hallaba su pueblo. En prueba de lo que hemos dicho acerca del carácter de Leopoldo, citaremos un hecho en el que dió tan señalado ejemplo de tolerancia y de superioridad de ánimo que difícilmente encontrará imitadores entre los mas pomposos demócratas.

Un miserable llamado Beccattini que habia sido empleado subalterno de policia, y como tal espia y agente del ministro del ramo, Chelotti, se hizo reo de delitos vergonzos, en castigo de los cuales el gran duque lo desterró. Habiendo buscado asilo en Nápoles, creyó vengarse publicando un súcio libretto con el título de *Vida privada de Leopoldo*, en el que acusaba á este príncipe de emplear medios vedados para saber lo que pasaba en el interior de las principales casas de Florencia, pero sin aducir pruebas y sembrando su relato de groserías y de calumnias.

Apenas llegó á oídos de Leopoldo la publicacion de este libelo, se apresuró á escribir á su ministro, residente en Nápoles, que de ningun modo se prohibiese allí el libro y que le dejase correr libremente; medida que extendió á sus Estados, donde tampoco fué prohibido.

La muerte de José II, emperador de Alemania, ocurrida en el 24 de febrero de 1790, llamó á sucederle á su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana; y este acontecimiento y los rugidos de la revolucion francesa que ya resonaban por los ángulos de Europa, conmoviendo á la muchedumbre y turbando á las testas coronadas, intimidaron á Leopoldo en la prosecucion de sus reformas, las que si hemos de creer (como nada fundado se opone á ello), á los que fueron sus ministros y consejeros, pensaba haber extendido hasta dotar á la Toscana de una ley

orgánica, concediéndole una representación pública, y una participación á los ciudadanos en el gobierno.

Esta constitucion consagraba todos los principios reconocidos por las de nuestro tiempo. El gran duque solo se reservaba el poder ejecutivo, dividiendo el legislativo con una asamblea popular.

Pero este proyecto quedó sin realizarse, y Florencia invadida por los ejércitos franceses, perdió pronto á manos de soldados que marchaban bajo el estandarte de la libertad, la posesion de las leyes y de las mejoras que tarde decretó nominalmente la asamblea constituyente para los franceses, y de que ya habia gozado la Toscana prácticamente bajo la ilustrada dictadura de Leopoldo.

Después de haber pasado por los teatrales ensayos de República que el gobierno francés multiplicó en Italia, durante la guerra, Florencia y la Toscana cedidas por el Austria á Napoleon en 1801, tuvieron por soberanos á María Luisa, infanta de España, y á su hijo el duque de Parma. Pero el reino de Etruria, como lo llamó Napoleon, cuyo clasicismo era tan aficionado á las reminiscencias romanas, duró muy pocos años.

Una mañana del mes de noviembre de 1807, los embajadores de Francia y España entraron en la cámara de la hija de nuestro Carlos IV para participarle que su padre, de acuerdo con el emperador de los franceses, habian dispuesto del reino de Etruria, y que debia disponerse á ocupar el trono de la Lusitania del Norte ó de entre Miño y Duero que le destinaba el árbitro entonces de los destinos del continente; María Luisa de Parma, que amaba á Italia y que se habia aficionado á la bella Florencia, oró y gimió, pero tuvo que subir en su coche y tomó el camino de España, interin el general Reill, á la cabeza de una division imperial, se apoderaba de Florencia.

La hermana de Napoleon, la princesa Bacciochi, reinó corto tiempo como gran duquesa, hasta que á los tres años su insaciable hermano incorporó la Toscana al imperio francés, y la elegante y la histórica Florencia, la patria de la inteligencia y del arte, entró á figurar como capital del departamento del Arno, en la misma categoría que Cahors, que Limoges ó cualquiera otro de los grandes y feos lugares que sirven de cabeza á la circunscripción departamental francesa.

A la caída de Napoleon, la Toscana volvió, como los demás Estados de Italia y de Europa, al poder de sus antiguos soberanos; y Fernando III, hijo de Leopoldo, entró en Florencia victoreado por sus antiguos súbditos y rodeado de las ovaciones de muchos de los insignes patrios que recientemente han capitaneado el movimiento que ha conducido al destronamiento de la dinastía. Si aquel príncipe y su sucesor, Leopoldo II, hubiesen seguido el trillado camino que les habia abierto Leopoldo el reformador y el filósofo, habrían hecho evidentemente imposible que la casa de Saboya representase con éxito el papel que la estamos viendo desempeñar. Con una poca mas de independencia respecto á las exigencias de la corte de Viena, con menos miedo á las reconvencciones de los gobiernos reaccionarios de Italia, y con no haber incurrido en la flaqueza de desconfiar de la aristocracia liberal, que se le echó en brazos en 1814 y en 1815, la dinastía Lorena habria visto fijarse en ella las simpatías de todos los italianos, y sin necesidad de haber exagerado su mision, ni haber tenido que aceptar el carácter ni la responsabilidad de cómplice ni de usurpadora, hubiera podido dirigir el movimiento nacional de Italia, y á la hora del peligro haber tomado el puesto del afortunado piloto destinado á sacar el buque de entre los escollos de la tempestad revolucionaria.

Pero la dinastía Lorena no supo anteponer sus deberes y sus derechos de príncipes italianos á los de archiduques de Austria, y se fué enagajando poco á poco la confianza y la simpatía del partido que en Florencia llevaba la bandera de las ideas.

Sin dejar de ser tolerante y bueno el gran duque Leopoldo II, repugnaba á toda clase de concesiones políticas. Con no ser tirano ni opresor, como eran otros príncipes italianos, creia haber cumplido. Pero los jefes intelectuales de la Toscana pedian mas, y no se contentaban con la escasa medida de libertad que con mano avara les escatimaba su soberano. Llegó el año de prueba para todos, el memorable año de 1848, y cuando la dinastía y los constitucionales moderados habian hecho causa comun y sido vencidos por la revolucion, el gran duque se contentó con triunfar solo á la sombra de la restauracion producida por la batalla de Novara, y faltó abiertamente á las promesas que habia hecho á los liberales de restablecer el Estatuto otorgado en 1847 y de no llamar á los austriacos. Pero faltando á estos compromisos de honor, la ley constitucional quedó enterrada y los alemanes entraron en Florencia á petición del gran duque. Aquel día fué el de la abdicacion de la casa de Lorena, que traída por el Austria á reinar, creia que solo el Austria podia sostenerla, y no se cuidó cuanto debia de la opinion y de las aspiraciones de sus propios súbditos.

El movimiento que ha arrojado del trono á esta dinastía ha sido político y liberal, pero no de desafeccion ni de odio popular hacia ella. Administrativamente tal vez han perdido los toscanos, pues su país era una excepcion en Italia en punto á adelantos y mejoras; pero el florentino no se conformó nunca con la pérdida de la influencia política de su gloriosa aunque reducida patria, y la idea de formar parte de un gran pueblo lo preocupaba y era acariciada por su aristocracia y sus numerosas clases industriales. La sagacidad de este pueblo le hacian conocer que no podia adquirir su libertad ni su importancia política sin un gran sacrificio, y sin vacilar consintió en el de su gloriosa autonomia.

Este sacrificio, empero, tal vez únicamente lo ha hecho á la idea de la unidad italiana. Si esta unidad, por una causa ó por otra, no pudiese realizarse, muy bien podria suceder que Florencia y la Toscana no hubiesen todavia pronunciado su última palabra.

Pero orgullosa de haber contribuido á lo que consi-

dera como una gloriosa tarea el interés nacional, Florencia será la última que ceda y que confiese que se ha equivo-

Andrés BARRERO.

EL MARQUÉS DE VILLENA.

FUNDADOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

DON JUAN MANUEL FERNANDEZ PACHECO, varon esclarecido, que por los merecimientos propios adquiriera el título de Grande, aunque no se lo hallara en la cuna, por acaso nació en Marcilla el año de 1630 y á 7 de setiembre. Su padre murió á los tres años, después de perder á su esposa y desempeñando el reinado de Navarra. Huérfano tan niño, y ya marqués de Villena y duque de Escalona, le llevaron al lado del obispo de Cuenca, tío suyo. Allí, sobre la base de una educacion religiosa muy esmerada, se familiarizó con los sentimientos heroicos y las ideas sublimes, y contrajo amor al estudio, y habituóse á mirar como obligacion lisonjera el servicio de su rey y su patria. Hasta los catorce años estuvo con el que le hizo veces de padre. Trasladado á sus señoríos, por lo comun pasaba los inviernos en Escalona y los veranos en Cadalso, dedicándose á la práctica de las virtudes, al estudio de buenos libros, y también á ejercicios de agilidad y de fuerza, propios de su juventud y su clase. Al salir de tutela halló bajo concurso de acreedores sus bienes: de la administracion se encargó espontáneamente con el noble anhelo de tener que dar á sus vasallos; y merced al buen orden, quedó libre de empeños muy pronto, poseyendo así por industria lo que ya le pertenecía por herencia. Ni la prudente economía, ni el acrecimiento de gastos á consecuencia de su boda con doña Josefa de Benavides Silva y Fernandez Manrique, hija del conde de San Estéban del Puerto, le embarazaron para servir con su rica vajilla de plata á Carlos II, en ocasion de apelar este príncipe á un donativo por lo exhausto del real Tesoro.

Dos hijos varones tenia de su feliz enlace, cuando el año 1686 se fué á lidiar á pais extraño, si bien por causa que á toda la cristiandad tocaba de cerca. Al ver ocupada y defendida tenazmente por los turcos la ciudad de Buda contra el emperador Leopoldo, que apretaba el sitio cuanto se lo permitian sus fuerzas, á impulsos del vehemente celo religioso, le hirvió la noble sangre; y en compañía de sus primos hermanos, el duque de Béjar y el marqués de Valero, mirchó al teatro de la lucha, donde tuvo al mariscal de Villars, al conde de Staremberg y al príncipe de Commerci por compañeros de armas. Esta concurrencia de señaladissimos voluntarios dió calor á las operaciones, y la plaza rindióse antes de mucho, no sin preceder varios asaltos, en uno de los cuales cayó herido de bala en el pecho y sirviendo como soldado raso el marqués de Villena, junto á uno de sus primos, el de Béjar, muerto en aquella jornada gloriosa. Conociendo sus altas prendas, quiso el emperador mantenerle á su servicio, después de humillados los turcos; pero á pesar de los tentadores, fueron infructuosos los halagos, y con los bien ganados laureles se tornó al seno de su familia, muy satisfecho de habersele ofrecido coyuntura de estrenar su ánimo esforzado en defensa de la fé cristiana.

Poco después le agració Carlos II con el collar de la insigne orden del Toison de oro y con el nombramiento de general de la caballería de Cataluña. Adversa le fué la suerte en la batalla del rio Ter contra los franceses; pero aquel día hizo prueba de serenidad de espíritu y de arrojo, evitando así que se desbandara su hueste, y logrando muy luego presentarla otra vez lucida. Como virey, figuró en aquel Principado, y después en Navarra, donde todavia de buena edad quedó viudo, y posteriormente en Aragon hasta fines del reinado del último vástago de la dinastía de Austria entre los españoles.

Bajo el primer Borbon, elevado al trono de dos mundos, ejerció nuestro prócer los virreinos de Sicilia y de Nápoles en las mas criticas circunstancias. Aquí se mantuvo, gracias á su carácter conciliador y recto, y á su desinterés superior á todo encomio, y á sus privilegiadas dotes de mando, más de lo que se podia realmente esperar de la propension de aquellos naturales, ya conspiradores y rebeldes á vista y presencia de Felipe V, estimulados de continuo por el cardenal Grimani á sacudir el yugo de la obediencia desde los Estados romanos, y anhelosos de proclamar al archiduque, así que hallaran ocasion favorable. Se le deparó el conde de Thaur el año de 1707, invadiendo aquel territorio á la cabeza de nueve mil hombres, fuerza escasísima á todas luces, si la infidelidad no le allanara el camino en términos de reducir á un paseo militar la victoria, y si no tuviera bien guardadas las espaldas con la sumision final de la Lombardia. No quedó al virey otro arbitrio que refugiarse á Gaeta con mil y quinientos soldados, y sin mas esperanza que la de combatir hasta el último extremo. Un mes pudo aún conservar la plaza, acometida improvisamente por los alemanes con el auxilio de algunos que se vendian por leales y eran traidores. Después de romper á caballo por entre los enemigos, y de arrostrar la muerte con intrepidez prodigiosa, se hubo de rendir á discrecion dentro del castillo. Ruinmente abusó Thaur de la victoria, pues condujo á Nápoles al vencido ilustre, y le hizo cruzar las mas concurridas calles en carretela abierta y á la luz del día, muy á gusto de la soez plebe, que á sus anchas voceó insultos y denuestos capaces de postrar á otro ánimo no tan superior como el del vigoroso marqués de Villena. Del repugnantísimo descauto contra la doble respetabilidad de su carácter é infortunio, fué causa única el jefe triunfante, ufanándose de tal conducta, propia de un capitán de bandidos, segun la enérgica expresion del conde de Robres en su *Historia inédita de las guerras civiles desde la muerte del señor D. Carlos II*. Más de tres años estuvo prisionero en el castillo de Pizzi-

ghitone, hasta su cange por el conde de Stanhope, de resultados de la famosa jornada de Brihuega.

Al volver á su patria y á la Corte, ofreció Felipe V un galardón correspondiente á sus méritos relevantes y á sus padecimientos enormes, no menos que á su virtud ejemplar y alto saber, con la gran mitra de Toledo; y sin embargo de la negativa, que no por lo instantánea y reverente, dejó de ser clara y rotunda, se esforzó el rey durante seis meses por inducirle á aceptar el distinguido puesto, para que no se malograra el fruto de una eleccion tan acertada; mas al cabo se hubo de rendir á razones, inspiradas al marqués por la modestia de su carácter sencillo y por la rectitud de su conciencia temerosa, y que exponia con estas elocuentes frases: —*Ya, señor, son distintos los centros de los cayados: ya pasaron los tiempos en que la necesidad obligaba por falta de sacerdotes á pedir favor al brazo seglar para ocupar bien empleadas las dignidades. Gozar copiosa y florida familia, que es gloria de un marqués, no es alabanza en un prelado. Yo estoy hecho á gobernar cuerpos de ejércitos: ser obispo es gobernar almas; y como sé el cuidado que me cuesta la mia, no me basta el ánimo para cuidar de las ajenas. Con esta mansedumbre misma acreditaba de fijo merecer la elevadísima investidura. A mayor abundamiento su vida era tal, que autorizaba á un docto y venerable sacerdote para designarle desde la cátedra del Espiritu Santo como al hombre más de bien de la tierra. Así en invierno como en verano madrugaba lo que la aurora, á fin de abstraerse en oracion mental y sagradas lecturas antes de aplicarse á los negocios de Estado. Cotidianamente rezaba el Oficio parvo de la Virgen, y los dias de fiesta las Horas á semejanza de los ministros del culto. Su autor predilecto para los ejercicios piadosos era el gran místico fray Luis de Granada. Muy severo se mostró siempre en la observancia de las abstinencias y de los ayunos de la Iglesia, y en hacer limosna con voluntad y entendimiento gastaba anualmente muchos centenares de ducados. Jamás hizo gala de su nobleza y de su bravura, ni vanagloria de su virtud y de su doctrina. — *Muy bien me trataron*, se limitaba á responder á los que le traian á la memoria sus tribulaciones al caer en manos de los austriacos y durante su prision toda, y sin asomos de dulzura hipócrita y encubridora de resentimientos interiores; tan fielmente practicaba la obra de misericordia de perdonar con plenitud de corazón las injurias. Después de darle Felipe V el pésame en ocasion de perder un nieto, le preguntó si lo habia sentido mucho, y su contestacion fué en esta forma: — *Señor, he tenido algun movimiento de dolor, pero no lo siento, porque más quiero que se haga la voluntad de Dios que la mia; tal era su conformidad cristiana de edificante. A tanto llegaba la pulcritud de sus costumbres que, ni aun de soltero ni de viudo, se pudieron jactar sus más íntimos criados de callar alguna confianza, de las que en persona de su estirpe y de su carrera de soldado no se reputarian como exceso. Devotamente frecuentaba los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristia, no rodeándose de la exterioridad que solian ostentar otros de su clase, sino yendo á comulgar á la barandilla entre la muchedumbre; y cierto día que uno de sus pajes de cámara se le quedaba algo atrás por natural respeto, al acompañarle á tan solemne acto, le dijo muy afablemente: — *Llega, hijo, llega, que en esta santa mesa todos somos iguales.* — No se necesitan más datos en demostracion de la pureza de sentimientos y sólida piedad del marqués de Villena, jamás desmentidas en las palabras ni en las obras; y testificantes de que la mitra de Cisneros no perdiera quilates sobre sus canas.**

Lejos de ofenderse el monarca de no salir bien del empeño, penetrando la alta razon de la repulsa, y no aviniéndose á dejar á servidor tan insigne sin recompensa, le hizo su mayordomo mayor de seguida; y el agraciado admitió gustosísimo un cargo, en que se hermanaba la dignidad con el ocio, porque así podia dar ya vado á una idea fecunda, que de muy atrás halagaba en la mente.

Once años pasados á la buena sombra de su tío el obispo de Cuenca: veintidos más vividos en la soledad apacible de Escalona y Cadalso, y de modo tal que dió margen á que no se le conociera más que por el *Escolar* entre la grandeza española; y casi treinta ocupados en gobernar vastas provincias, siempre con ingénita afición á adquirir y leer y meditar las mejores obras de todas las ciencias y artes, especialmente complacido en cultivar el trato de las personas de más luces, y sin olvidar nunca parte de su biblioteca, le elevaron á la categoría de sabio. Sobre poseer admirablemente la lengua propia, en la latina era muy profundo y bastante versado en la griega; de los idiomas vivos hablaba á maravilla el francés y el italiano; y también tenia más que superficiales rudimentos del alemán y hasta del turco. Se le reputaba por consumado en geografía y en historia, y por aventajadísimo en las ciencias exactas y naturales. Testimonios de jó de sus experimentos físicos y químicos en alguno de sus palacios: visitando á M. Desnohes, célebre profesor de anatomía en Bolonia, le admiró por hablar de su facultad como si á profundizarla se hubiera aplicado un año y otro; y hasta consta que, tratándose una vez á su presencia de cierto punto de los que en teología tienen mucho de doctrinales, y andan no lejos de los que se dan por asentados, con gravedad y modestia emitió su juicio, sin contender ni porfiar tan luego como se le opusieron algunos, y que, segun declaracion posterior y sincera de quien acaso le habia llevado más enérgicamente la contra, se vino á saber que á tan clásico autor como á Santo Tomás de Aquino se ajustaba su dictámen sensato (1).

(1) Lo sostenido en tal coyuntura por este varon preclaro se halla en el Angélico doctor en las siguientes palabras: — *Ad tertium dicendum, quod illi qui sunt in Purgatorio, et si sint superiores nobis propter impeccabilitatem, sunt tamen inferiores quantum ad penas quas patiuntur. Et secundum hoc, non sunt in statu orandi, sed magis ut orentur pro eis.* — Respecto de la erudicion de este magno, abundan noticias así en propios como extraños autores. El Padre Francisco Sancho Gra-

Nutrido, pues, el entendimiento de este prócer desde la niñez hasta la ancianidad y sin intermisión alguna con selecta y copiosa enseñanza; lastimado profundamente de la decadencia absoluta de las letras y de la horrible corrupción del lenguaje en su patria querida y muy digna de mejor suerte, y que en esto como en lo demás había llevado la delantera á toda Europa; y persuadidísimo de la necesidad de aplicar pronto remedio á dolencia tan capital y trascendente, y de no haberlo preferible al de la erección de una Academia, ya ensayado con feliz éxito en otros países, muy luego se aprovechó de la circunstancia propicia de servir á inmediación del soberano, para insinuarle su idea favorita de mucho antes. Inmensa fué su satisfacción al saber que Felipe V abrigaba igual pensamiento desde su venida á España, no habiéndolo aun puesto por obra de resultados de las pasadas turbaciones. Con la prenda estimable del real beneplácito se apresuró á convocar á su casa á varios sujetos de literatura notoria. Cuatro fueron eclesiásticos y tres seglares los que se juntaron por primera vez el 6 de julio de 1713 bajo su presidencia; y á once ascendían todos, con los que se reunieron de semana en semana para celebrar las reuniones, que tuvieron el carácter de confidenciales hasta la de 5 de agosto del mismo año.

Con esta fecha principian los libros de las actas, donde consta que de seguida pidióse la real aprobación por escrito. Alcanzada el 15 de noviembre, é impuesta la obligación de redactar los estatutos, se formaron bajo la inspiración del marqués de Villena sin la menor demora. Por ellos fijóse en veinticuatro el número de individuos de la Academia, con prevención de que los hubiera supernumerarios, á fin de que no se resintiesen las tareas habituales, por ausencia de los obligados á salir de la corte, y también honorarios, para galardonar el mérito y aprovechar las luces de los que no tuviesen aquí su residencia. Asimismo acordóse la admisión de personas de clase ó de conocido amor al estudio en calidad de forasteros á oír lo que se tratara en las juntas. Como el fin de la Academia no debía ser otro que cultivar y fijar la pureza de la lengua castellana, desterrando todos los errores, que en sus vocablos y locuciones habían introducido la ignorancia, la vana afectación, el descuido y la demasiada libertad de innovar á bulto; para distinguir las voces y frases extranjeras de las propias, las anticuadas de las de común uso, las bajas y rústicas de las cortesanas y levantadas, las burlescas de las serias, y las propias de las figuradas, se tuvo por conveniente preferir á todo la formación de un Diccionario tan copioso como fuera posible, y donde se clasificaran y definieran las palabras, los modos de hablar y los proverbios ó refranes en su verdadero sentido y calidad y naturaleza. Así se consiguieron terminantemente en los Estatutos, y así empezóse á practicar sin tardanza mientras los sancionaba el soberano, según lo hizo por real decreto de 15 de mayo de 1714, tras de lo cual expidióse la cédula de erección de la Academia el 5 de octubre por el Consejo de Castilla. Facultada la corporación para abrir sellos, con oportunidad eligió entre varias empresas la misma que usa ahora. Desde luego entraron sus individuos en el goce de todos los privilegios y de todas las inmunidades correspondientes á la real servidumbre.

No en balde había ofrecido el marqués de Villena su casa y persona, para promover la restauración de la literatura de su patria por el medio eficaz de purificar el idioma y de salir en defensa del buen gusto. Alma fué de cuanto se hizo en la Academia hasta su muerte; se nutrió esta después con el espíritu de buena armonía y de amor al trabajo, que le había infundido vigorosamente desde los principios; aún reina la noble emulación de su gran ejemplo, y nunca perecerá allí su memoria. Ninguna junta se abre ni se cierra sin recitar las mismas oraciones adoptadas el 28 de octubre de 1714 á propuesta suya y sobre el sólido fundamento de que todo lo que se encamina á la utilidad y enseñanza común tiene más de virtuoso que de profano, y de que es de obligación implorar el auxilio divino en todas nuestras acciones. Apenas le aclamaron director los académicos el 5 de agosto de 1715, entregó al secretario una lista de autores, así poetas como prosistas, que se repartieron entre los asistentes, con el fin de apoyar el buen uso de las voces. Al ser leída la real cédula de erección de la Academia á que dió vida, no quiso de ningún modo que se le aclamara director como antes, y procediéndose á la votación secreta, no le faltó mas sufragio que el suyo: tampoco asintió á que se eximiera á su primogénito del escrutinio, cuando se propuso allí su entrada. Esta igualdad, que sostuvo siempre en las consideraciones, también la aplicó á las tareas. Comb todos y más que algunos trabajó en la planta del diccionario, y en el exámen de obras para legitimar las diversas acepciones de las palabras, y así hizo el de las de las Argensolas y Garcilaso, además de trabajar en las combinaciones de la A con las otras letras muy asiduamente, y en la definición de las voces pertenecientes á la caza, á la cetrería y á la pesca. Su dictámen autorizado inspiró los acuerdos relativos á que la Academia se denominara *Española*, y el diccionario de la lengua castellana, y á que se incluyera todo lo peculiar de las ciencias, artes y oficios. A los respetos debidos á su persona hay que atribuir principalmente la consulta, en que el padre Robinet dijo como confesor del soberano que debía expresar su real gratitud al marqués y demás señores, dedicados á formar la Academia, por el celo con que se encargaban de una obra tan conveniente y de tanto lustre para la nación.

Sin embargo, ni el desinteresado y magno propósito del prócer venerable, ni la infatigabilidad laboriosa de los

que atrajo á su lado y mantuvo acordes en contribuir á porfía á levantar un gran monumento á su patria, ni la protección eficaz dada á instancias suyas por Felipe V á la Academia, la formaron escudo contra las murmuraciones de la ociosidad maldiciente y los ataques de la envidia oprobiosa. Como la obra era larga, aunque no se interrumpían las tareas, naturalmente pasaban años sin que apareciesen los frutos; mas no estando tales razones al alcance de la ignorancia, y desatendiéndolas á caso pensado la malicia, una y otra descargaron sobre la corporación naciente continuas tempestades de injurias, ora en conversaciones de corrillo, ora en papeles anónimos y consiguientemente infames, dados á la estampa y acogidos bien por el vulgo. Contrastando de una manera singular este vocerío de ignominia con el afán de los académicos por adelantar sus trabajos, al fin se llegaron á sentir muy próximos al desaliento.

Ya se había completado su número á poco mas de dos años de celebrar la primera junta; ya la muerte había herido con su inexorable segur á algunos de los campeones ilustres del habla de Cervantes; ya muchas veces se habían dado allí al desprecio las invectivas desaforadas, cuando el 13 de mayo de 1725 se hizo mérito del escaso número de asistentes, por ausencias de unos y ocupaciones de otros, y de la circunstancia de no haber pretendientes á las vacantes, sin duda á causa de los rumores esparcidos en los círculos contra la Academia, so pretexto de que en tantos años no daba á luz ninguna obra. Unos quedaron silenciosos, otros propusieron que sería bien que el secretario hiciera imprimir un libro compuesto de las disertaciones particulares, leídas en las juntas á tenor de los Estatutos, ó de las que parecieren mejores, y que se dedicase al marqués de Villena. Pero este varon esclarecido, con la fé de un apóstol y la entereza de un héroe, expuso que la verdadera satisfacción del público estribaba en procurar disponer cuanto antes la impresión del primer tomo del diccionario, por ser la obra que tenía en mayor expectación á todos; y que así convendría elevar un memorial á Felipe V, haciéndole presente el estado de las tareas, pues se lisonjeara de que, aun en medio de las urgencias del Tesoro, se aplicara á favorecer una empresa tan digna de su real ánimo como útil y de crédito para España. Jamás su voz sonaba sin eco uniforme entre los que bajo su patriarcal ascendente se consagraban á difundir las luces; y al modo que había redactado de su puño la representación para pedir que fuese erigida la Academia, y los discursos gratulatorios al rey y al príncipe de Asturias después de creada, en lenguaje fácil y castizo, según lo tenía de costumbre, ahora inspiró felizmente al que había de hablar en nombre de la corporación toda, con el fin de obtener de la real benignidad mil doblones, que se necesitaban para imprimir el primer tomo.

Desde luego se concibe al leer atentamente las actas de las juntas que fué bien oída por Felipe V la instancia, pues en unas tras otras se consignan acuerdos referentes á tener los materiales á punto de pasar á la imprenta, y á disponer los discursos que debían ir al frente del libro, sin olvidar una historia de la Real Academia Española, donde como por incidencia se defendiese la divisa, de que se formó el sello, contra la impugnación estampada en uno de los *Diarios de los Sabios* de la capital de Francia. Al fin por decreto de 22 de diciembre de 1725 se concedieron á la Academia los mil doblones sobre los dos maravedises, que se acababan de recargar á cada libra de tabaco, y con la circunstancia de que esa fuera su dotación anual en lo sucesivo. Ya entonces los síntomas de desmayo se convirtieron en alborozo: lejos de ser ya escasa la concurrencia á las juntas, con número bastante de individuos se celebraron dos por semana, á fin de apresurar el logro del común anhelo: en vez de haber plazas vacantes, se elegían académicos supernumerarios: además eran designados revisores, para examinar de nuevo las cédulas ya leídas y aprobadas, y formantes, para coordinarlas según habían de ser impresas: á las fábricas de Génova se encargaba papel de marquilla y florete á toda prisa, y por un nuevo favor del monarca se introducia sin pagar derechos: de resultados de no haber cumplido bien el impresor José Rodríguez Escobar hasta entonces, se nombraba en su lugar á Francisco del Hierro, que tenía el establecimiento en Puerta Cerrada; y al conocido artista D. Antonio Palomino se encomendaba á la par abrir una lámina alegórica para el principio del diccionario. Todo era ya movimiento vivificador en las juntas: de una en otra llevaba el secretario las capillas, según venían de la imprenta; y de la mayor ó menor diligencia ó posibilidad material de los operarios dependía solamente la suspirada hora en que el público ilustrado conociera el árbol por sus frutos. A vista de ojo crecía el número de los pliegos dados ya á la estampa, de suerte que en el mes de junio de 1725 se contaban ciento veintiocho, y para aumentarlos hasta el volumen conveniente se procedía con verdadero ahínco.

Imposible es de todo punto cultivar la literatura y leer las actas de la real Academia española, sin cobrar entrañable y respetuoso amor al sabio marqués de Villena, que la sacó de la nada y la sostuvo en sus vicisitudes hasta ponerla en vía de prosperidad visible y creciente. Como ya era muy anciano, y en puntualidad á las juntas no le sobrepujaba nadie, así que por acaso ocupa otro la silla de la presidencia, de pronto salta el temor de que se halle enfermo de peligro, si bien se desvanece también al momento, cuando se explica la causa de su ausencia forzosa, y no por que le molesten achaques. Semejante consuelo ya no se torna á gozar desde la lectura del acta posterior á la del día 17 del mencionado junio: por el contrario, la del día 5 del mes siguiente aflige con el terrible golpe de su fallecimiento, acaecido el 29 del pasado á las siete y media de la tarde, y templa el alma para leer estos renglones, tan sentidamente como fueron escritos por el secretario: «Se oyó con el dolor correspondiente á la pérdida de un verdadero padre de la Academia, pues no solamente fué á quien debió el sér

en su primera creación, sino también el aumento á que ha llegado con la protección del rey nuestro señor (que Dios guarde), conseguida por el influjo de S. E.; y aunque por su elevada y notoria virtud no se debe dudar que haya pasado á gozar desde luego el premio eterno, es también muy natural el sentimiento de la falta de un héroe á quien adornaban y recomendaban igualmente tan altas y relevantes prendas personales, y en quien residió siempre un cordialísimo afecto y disposición de favorecer á la Academia, á la cual miraba como hija.»

Nunca se han escrito alabanzas más distantes de la lisonja. A más de solicitado por el lucimiento de la corporación, ya próxima al triunfo, y de obsequioso en tratar magníficamente á sus individuos, también mostróse agasajador en repartirles todos los ejemplares de las obras que tenía duplicadas en su biblioteca. No en la casa del ilustre finado, sino en la de otro académico muy respetable, se verificó la junta para dar cuenta del suceso infuasto. Allí se propuso que al gran fundador se le hicieran exequias con toda la solemnidad consentida por las pragmáticas vigentes, y en la parroquia de Santa María de la Almudena, por ser la suya, y unánimemente se convino en sufragar los gastos á expensas propias. La oración fúnebre se encargó á uno de los primeros que le ayudaron á erigir la corporación literaria ya en auge, y el elogio académico á otro; y para mayor testimonio de gratitud y veneración á su digna memoria, también por voto común determinóse que le sucediera su primogénito en la silla directorial, á la manera que en los títulos y en los estados.

Hechos los preparativos, se celebraron las honras el día 25 de agosto. A las ocho de la mañana, y para mantener el buen orden, presentóse una escuadra de alabarderos en la parroquia de Santa María. Allí se juntaron los individuos de la real Academia española, y una hora después fueron á buscar al nuevo director á su casa, de donde tornaron á pie y formados en cuerpo á muy corto rato. Por el primogénito del difunto fué ocupado el asiento preferente, en medio de los dos académicos más antiguos, y los demás se mezclaron indistintamente con los grandes de España, títulos de Castilla, ministros reales y de las comunidades religiosas, y otros personajes, que llenaban las cuatro hileras de bancos extendidas desde el altar mayor á los pies de la iglesia. Oficiante fué el cura párroco D. Marcos Enamorado; la música de la capilla real asistió al coro; durante la ceremonia se dijeron misas rezadas en todos los altares; y á la puerta un sacerdote con sobrepelliz estuvo de continuo repartiendo limosnas: cuatro pajes de la casa de Villena se colocaron delante del túmulo al tiempo del Invitatorio, Evangelio y Canto de la misa, y para que no faltase requisito alguno á solemnidad tan patética y sublime, bajo aquellas sagradas bóvedas, y en loor de las virtudes cristianas del prócer venerable, que se había desvivido por restituir su esplendor al habla de Castilla, se la oyó, á semejanza del uso de entonces, fluir con toda su magestad, eufonía y gala, de los labios de un religioso, ya anciano, y precisamente contemporáneo de la corrupción de la oratoria, en que ganaron celebridad imprecadera los Avilas y los Granadas. A lo ménos fué una especie de remuneración providencial tan extraordinario acontecimiento, en la época más decadente de nuestra literatura, para el gran marqués de Villena, que, después de aplicarse anheloso á restaurarla, sin economizar fatigas ni temer incomodidades, y de plantar con fé acendrada y pródigo afán la semilla de los laureles, no podía ya sentir el placer de reposar á su grata sombra.

Sin añadir una pincelada, quedaria por acabar el retrato de este personaje. Tan adicto á la nueva dinastía como á la independencia de su patria, desde la exaltación de Felipe V al trono se opuso á que en los negocios públicos intervinieran los franceses. Así clamó por la reunión de las Cortes y el establecimiento de nuevas leyes de acuerdo con los pueblos, cuya fidelidad se robustecería al ver sus franquicias aseguradas y corregidos los abusos, y aunque á causa de parecer mal á Luis XIV no prevaleció este dictámen sano, en concebirlo y sostenerlo hubo gloria digna de perpetua alabanza.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

MINISTERIO DE ESTADO.

En el nombre de Dios Todopoderoso.

Tratado celebrado entre los muy poderosos principes S. M. doña Isabel II, Reina de las Españas, y Sidi-Mohammed, rey de Marruecos, para arreglar las diferencias suscitadas sobre el cumplimiento del convenio de límites con Melilla y del tratado de paz, ajustados entre ambas coronas en los años de 1859 y 1860 próximos pasados, siendo las partes contratantes:

Por S. M. C. su plenipotenciario D. Saturnino Calderón Collantes, ministro que ha sido de la Gobernación, y de Comercio, Instrucción y Obras públicas, senador del reino, gran cruz de las reales órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica, gran cordon de la imperial de la legión de honor de Francia y de la de Leopoldo de Bélgica, gran cruz de la pontificia de Pio IX, de la de Luis de Hesse-Darmstadt, de la de Dannebrog de Dinamarca, de la de la Estrella polar de Suecia, de la de San Genaro de las Dos-Sicilias, de la de la Concepción de Villaviciosa de Portugal, y de la de los Güelfos de Hannover, etc., su primer secretario de Estado y del despacho.

Y por S. M. marroquí, su embajador plenipotenciario el cañifa del príncipe de los creyentes, hijo del príncipe de los creyentes, Muley-el-Abbés; los cuales, después de haberse comunicado sus plenos poderes respectivos, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Las tropas españolas evacuarán la ciudad de Tetuan y su territorio luego que se realice la entrega de 3 millones de duros en efectivo á los comisionados del gobierno de S. M. la Reina para recibirlos.

Art. 2.º Los 10 millones de duros restantes para el completo de la indemnización de guerra estipulada en el tratado de paz, se pagarán con la mitad de los productos de las aduanas de todos los puertos del imperio de Marruecos, que el sultan pone á disposición de la Reina de España, para que los haga recaudar por medio de los empleados que nombre al efecto.

nados, sapientísimo jesuita, no titubea en afirmar que ménos caudal gastaba á los principios del gobierno de sus Estados para la nutrición del cuerpo que para el alimento del alma, de suerte que no comía sino como hombre, á la par que su biblioteca engullía como gigante; y añade que, aun componiéndose de numerosos volúmenes y sobre muy varias materias, de todos hizo uso, y tanto pudieron su ingenio, y aplicación incesante, y feliz memoria, que fué toda su librería animada.

La otra mitad de los mismos productos queda reservada para S. M. el sultan.

Art. 3.º Los interventores y recaudadores que S. M. la reina de España nombre para percibir la mitad de los expresados productos, empezarán á desempeñar sus cargos un mes antes del día en que se verifique la evacuación de Tetuan.

Art. 4.º La demarcación de los límites de la plaza de Melilla se hará conforme al convenio de 24 de agosto de 1859, confirmado por el tratado de paz de 26 de abril de 1860. La entrega de los mismos límites al gobierno de S. M. la reina de España, se ejecutará precisamente antes de la evacuación de la ciudad de Tetuan.

Art. 5.º El tratado de comercio de que habla el art. 13 del tratado de paz se firmará y ratificará igualmente antes de la evacuación de Tetuan y de su territorio.

Art. 6.º S. M. la reina de España podrá mandar que se establezca en la ciudad de Tetuan una casa de misioneros como la que existe en Tánger, y la que por el art. 10 del tratado de paz está autorizada á crear. Los misioneros podrán dedicarse libremente al ejercicio de su sagrado ministerio en cualquiera parte del reino marroquí, y sus personas y las casas y hospicios en que habiten gozarán de la mas completa seguridad y de la especial protección de S. M. el sultan y de sus autoridades.

Art. 7.º Las condiciones estipuladas en los artículos anteriores se cumplirán en el preciso término de cinco meses, que empezarán á contarse desde el día en que el califa se restituya á la ciudad de Tánger; pero si tuviesen entera ejecución antes del plazo expresado, se verificará inmediatamente despues la evacuación de la ciudad de Tetuan y de su territorio.

Art. 8.º Quedan en toda su fuerza y vigor los artículos del tratado de paz de 26 de abril de 1860 que no se hallen modificados ó derogados por las disposiciones del presente tratado.

Será este ratificado á la mayor brevedad posible, y el cange de las ratificaciones se efectuará en Tánger en el término de 20 días.

En fé de lo cual los infrascriptos plenipotenciarios han extendido este tratado en los idiomas español y árabe en cuatro ejemplares: uno para S. M. C., otro para S. M. marroquí, otro que ha de quedar en poder del encargado de negocios de España en Marruecos, y otro en el del encargado de las relaciones exteriores de dicho imperio; y los infrascriptos plenipotenciarios los han firmado y sellado con sus respectivos sellos en Madrid á 30 de octubre de 1861 de la era cristiana, y 35 de Rabiaa, el segundo de 1278 de la egira.

(L. S.)—Firmado.—Saturnino Calderon Collantes.

(L. S.)—Firmado.—El califa de nuestro dueño el príncipe de los creyentes (á quien Dios favorezca), el Abbés (á quien Dios guarde), hijo del príncipe de los creyentes (á quien Dios haya perdonado).

Ratificado este tratado por S. M. la reina y por S. M. el sultan de Marruecos, las ratificaciones se han cangeado en Tánger el 1.º de enero del presente año de 1862, no habiéndose podido verificar dicho acto dentro del plazo fijado en el tratado por circunstancias imprevistas.

LUDOVICO.

A MI QUERIDA MADRE.

(Conclusion.)

Las palabras que se dirigian eran cada vez mas violentas, pero Alberto, conociendo por último que aquella no era ocasion oportuna para dejarse arrebatar por sus celos, hizo un esfuerzo violento y fingió calmarse, aplazando su venganza para cuando estuvieran lejos de allí.

Lucinda exigió de Ludovico que no pidiera ninguna explicacion á Alberto; este se lo prometió.

Mas Alberto no prometió nada, y obligó á Ludovico á batirse con él.

Alberto era mas diestro que Ludovico en el manejo de la espada, y lo mató.

Ludovico despues de muerto veia cuanto pasaba y oía cuanto hablaban como cuando estaba vivo.

Alberto, como se creia ofendido y ultrajado por no haber sido amado de Lucinda, no sintió remordimientos.

Lucinda lloró mucho, mucho, durante algunos dias; despues... tal vez se la agotaron las lágrimas porque cesó de llorar.

El primer día que Ludovico pasó en el cementerio, estuvo esperando que fueran á orar sobre su tumba; pero el día se pasó, y nadie apareció.

Por la noche, cansado de tanto esperar, empezó á visitar á sus vecinos para matar el tiempo.

Todos eran jóvenes como él, todos habian tenido amigos pero casi todos se quejaban amargamente de ellos.

Unos decian, que la amistad no resiste al cambio de fortuna, que desaparece cuando uno de ellos pierde su posicion social; otros añadan, que en habiendo uno que mande y otro que obedezca, se concluyó la buena amistad. El que manda cree que le obedecen mal; el que obedece cree que abusan de su posicion y murmura. El que dá piensa siempre que dá demasiado; el que recibe cree que le dan poco.

Ludovico se retiró á su tumba triste y cabizbajo, y se puso á meditar.

La luna llena iluminaba completamente el cementerio, y através de la lápida veia todas las tumbas; en todas habia arrojado un bulo negro. Ludovico creyó que eran mujeres.

Sus compañeras de cementerio reian y cantaban; eran mas felices que él.

Uno de ellos entonaba un brindis de Giuseppe Parini:

Amor con Petá fervida
contien che si diligue;
ma l'amistá ne segue
fino all'estremo di.

Entonces lanzó un profundo suspiro, y respondiendo á su pensamiento, como el príncipe Hamlet á Polonio, exclamó:

—¡Amistad!.....

—¡Words, vwords, vwords!

Despues ocultó el rostro entre las manos.

—Me he equivocado,—murmuró,—el cariño debe depositarse en una muger, en una esposa.... Estos bultos negros que oran arrojados, deben ser esposas; no me he acordado de preguntar á mis vecinos si eran casados.... Si volviera otra vez al mundo.... me casaría.... esa debe ser la suprema felicidad.

Dios lo ha dicho: «Abandonarás á tu padre y á tu madre por seguir á tu esposo....»

Ludovico oyó una voz que le decia:

—Vé al mundo á buscar esa felicidad.... empuja la lápida y sal cuando quieras.

Ludovico obedeció: empujó la lápida de su tumba, cruzó el cementerio y entró en el mundo.

IV.

Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.....

(DANTE.)

Una tarde de los últimos dias de otoño, se veian sentados delante de Albano, cerca de Roma, sobre un pedazo de columna tendida en el suelo y medio cubierta de musgo y yedra, á una jóven de veinte á veinte y dos años, y á un jóven de la misma edad.

La jóven estaba triste y pensativa, dejando vagar sus distraidas miradas por aquellos alrededores; el jóven dibujaba el paisaje sobre un pedazo de papel.

El sol desaparecia detrás de los altos pinos del monte Pincio, fundiéndose, por decirlo así, en el espacio, deteniendo por algun tiempo sus últimos rayos sobre las sombrías bóvedas del palacio Diocleciano.

Por el lado opuesto, las sombras de la noche invadían lentamente la tierra, ganando terreno poco á poco, como si la claridad le disputara el paso, hasta que llegando donde los dos jóvenes estaban sentados, envolvieron también sus sombras en las tinieblas. La noche empezó su reinado.

El jóven guardó el papel y el lápiz dentro de una cartera que tenia á su lado en el suelo, y miró á su compañera que seguia siempre distraida.

—Ya es bastante tarde, Erminia,—le dijo, apoyando ligeramente una mano sobre su hombro,—¿quieres que nos retiremos?... estamos muy lejos de Roma....

La jóven lanzó un profundo suspiro y no respondió; pero se puso de pié.—Te cansa esta vida, añadió el jóven con tristeza;—lo conozco y lo comprendo muy bien.

La jóven, al escuchar las últimas palabras de su compañero, hizo un esfuerzo para sonreirse.

—¿Cansarme á tu lado, Ludovico! dijo rodeando el cuello del jóven con sus brazos;—¡ingrato!... ¿por qué te se ha ocurrido esa idea?

—Porque te veo triste; porque veo que tus mejillas palidecen de dia en dia.... y sobre todo.... porque nuestros sueños no se realizan, y temo que echés de menos tu vida pasada.

Erminia se ruborizó; pero como era de noche y la luna no habia salido todavia, Ludovico no lo advirtió.

—¿Qué pensamientos tan estraños te se ocurren esta noche! dijo;—yo te amo ahora como siempre te he amado, y soy tan feliz á tu lado como Julieta lo era al lado de Romeo.... ¿Te acuerdas, Ludovico!—añadió, sentándose otra vez y apoyando la cabeza con melancolía sobre el hombro del jóven;—¿te acuerdas qué ratos tan deliciosos hemos pasado enfrente de su tumba, escuchando, como ellos, y á la misma hora que lo escuchaban ellos, el canto del ruiseñor y el de la alondra, cuyo canto les señalaba el tiempo que habian de estar juntos! ¡Ellos tambien se amaban como nosotros, contra la voluntad de sus familias, pero nosotros somos mas dichosos que ellos; nosotros hemos roto esas cadenas que nos oprimian, y estamos unidos para siempre con otras cadenas mas dulces!

—¿Qué feliz soy escuchándote, Erminia!... Es tanta la mágica influencia que ejerce tu voz angelical en todo mi sér, que estoy seguro de que si despues de muerto me llamaras, resucitaria como Lázaro al escuchar la voz de Dios... A tu lado, me siento con bastante fuerza para luchar y llegar á ser un gran artista: tu mirada me infunde valor y me ayuda á manejar el pincel; ¡ay!... eso es tan cierto, que el cuadro que mas ha gustado y que mejor he vendido, ha sido el del sepulcro del Tasso. Tú guiabas mi pincel, diciéndome cuánto me amabas, y dando gracias á Dios porque habia sido mas indulgente con nosotros que con él. Leonor de Este no valia lo que Erminia de Sandoval.

Ludovico y Erminia hacia ocho meses que estaban casados. Erminia era hija de un opulento banquero de Madrid, tan orgulloso como rico. Ludovico poseia un patrimonio modesto, pero pintaba bastante bien, y sus cuadros eran muy buscados.

Ludovico se enamoró de Erminia, y la jóven le correspondió.

Erminia era hija única, y su padre tenia contratada su boda con un jóven, pobre, pero que llevaba á Erminia una corona de marquesa en cambio de su dote.

Erminia aborrecia cordialmente al marqués, y amaba cada dia mas á Ludovico.

Un año se pasó así.

Erminia, siempre que su padre le hablaba de su proyectada boda, variaba la conversacion y la aplazaba para otro dia. Pero llegó uno en que fué preciso decidirse.

Erminia declaró á su padre que no amaba al marqués, que amaba á otro, y que jamás seria sino de él.

El Sr. de Sandoval, al ver derribarse de repente el edificio que su orgullo creia tan sólido, sintió arrebatare toda su sangre á la cabeza.

Erminia sufrió con resignacion la cólera de su padre, pero no consintió casarse con el marqués.

Desde entonces empezó para la jóven una vida de sufrimientos.

Siempre vigilada por su padre para averiguar á quién amaba, siempre contrariada en sus menores deseos, la existencia se le hizo insostenible en aquella casa.

Estas contrariedades aumentaban en vez de disminuir el amor que profesaba á Ludovico.

El jóven pintor, para evitar toda sospecha, visitaba muy de tarde en tarde la casa del Sr. de Sandoval; una criada fiel era la mensajera de amor.

Un dia, Ludovico le escribió una carta diciéndole: que si queria partir con él su modesta fortuna, si queria librarse de aquella cruel persecucion que sufría, no tenia mas que pronunciar una palabra.

Erminia fué á llevarle ella misma la contestacion. Cansada de tanto sufrir, cansada de tanta violencia como se empleaba con ella para persuadirla á casarse con el marqués, y habiendo sabido que su padre estaba haciendo todos los preparativos para emprender con ella un largo viaje, huyó una noche de su casa con la confidenta de sus amores.

Dos dias despues estaba casada con Ludovico.

Su padre no corrió tras ella, ni buscó ningun medio para que volviera á su casa, solo dijo con acento al parecer tranquilo:

—¡Bien!... ella se lo ha querido.

—Los bienes de Ludovico consistian en rentas sobre el Estado; los dos jóvenes decidieron vender la cuarta parte de esta renta y marcharse á Italia. Allí Ludovico podria estudiar mejor y hacerse un buen pintor; las otras tres partes las guardaban como de reserva.

Esta idea puede decirse que fué tan pronto pensada como ejecutada.

Cuatro dias despues de casados estaban caminando para Italia.

Erminia tambien era artista de corazon, y además, ó sobre todo, estaba enamorada; los dos tenian organizaciones de artistas, sin lo cual un viaje no es mas que un cambio de localidad, un cambio de sitios y de objetos.

Erminia y Ludovico no perdian ni un recuerdo histórico, ni una poesia de la naturaleza. Siempre juntos, unas veces cogidos del brazo; otras, sentados delante de alguna ruina ó debajo de algun árbol, contemplaban extasiados cuanto les rodeaba.

Inútil parece decir que cada dia se amaban más.

Solos en un país extranjero, en el cual Erminia no tenia sino á Ludovico, y Ludovico á nadie mas que á Erminia, los lazos que los unian se hacian cada instante mas indisolubles.

Lo pasado habia desaparecido para ellos, lo porvenir no existia, solo veian lo presente; los enamorados jamás ven otra cosa.

Así pasaron la primavera y el verano, alegres y dichosos como la naturaleza: á últimos del otoño ya hemos encontrado á Erminia mas melancólica. ¡Es tan melancólico el otoño!

El otoño quita el verdor á las hojas de los árboles, y vuelve los prados amarillos; las golondrinas se disponen á emprender sus largos viajes, y se reunen para despedirse del país que las ha cobijado en el verano; las brisas son mas frescas y mas fuertes; el cielo toma un tinte mas sombrío.

Erminia cada dia estaba mas pensativa; las noticias que recibia de España tampoco eran muy favorables.

Su padre no la perdonaba, como ella habia creído que lo haria; el Sr. de Sandoval era demasiado orgulloso, y no podia perdonar á los que habian ultrajado su orgullo. Además, ciertas relaciones que seguia con una parienta suya se estrecharon mas así que se encontró solo, y Erminia fué bien pronto olvidada.

El Sr. de Sandoval se casó al fin con su parienta.

Poco tiempo despues, ya fuera convenio, ya ciertamente, el padre de Erminia quedó completamente arruinado.

Todos sus bienes fueron á parar á poder de una hermana de su nueva esposa, á la cual los tenian hipotecados, segun decian.

Aquel fué un golpe cruel para Erminia; la jóven, en medio de su poesia, no habia olvidado nunca la prosa de su rica herencia.

Criada en la opulencia, no conocia ni aun de nombre la vida que llevaba, y como era nueva, le habia agradado al principio, como sucede con todas las cosas nuevas.

Siempre chocan los contrastes.

Tenerse que ocupar de todo, hasta de las cosas mas triviales; hacer la misma cosa dos ó tres veces porque no la sabia hacer; reirse con su marido de estas torpezas; salir despues á ver paisajes encantadores, á visitar ruinas y monumentos antiguos; sentarse debajo de un árbol á oír el canto de las aves, el murmullo del agua, el eco lejano de algun torrente; ver como el sol desaparece del horizonte delante de un inmenso tapiz púrpura ó violeta, y la luna sale á ocupar su puesto en el espacio; recordar la vida de Beatriz y el Dante, del Tasso y Leonor, de Julieta y Romeo, evocar las sombras enamoradas de Marsilla é Isabel de Segura, de Lucia y Edgardo, de Otello y Desdémona, al fin cansa, al fin acaba por aburrir, por hastiar y por echar de menos otros tiempos.

Siempre no se puede poetizar; la vida, por desgracia, es mas prosaica.

Erminia durante los primeros meses no echó de menos nada, amaba con delirio á Ludovico, y el amor le impedia pensar. Despues se acostumbró á la vida que llevaba, y como tenia mas tiempo para pensar, de cuando en cuando venia á ocupar su pensamiento algun recuerdo del pasado.

Erminia hacia por desecharlo al momento. ¡Qué necesidad tenia de acordarse de nada siendo tan feliz!

Luego los recuerdos fueron mas frecuentes y empezó á hacer algunas comparaciones entre la vida que llevaba y la que habia perdido, y ya no le parecia tambien ponerse á hacer el té, como Clarisse Harlowe, despues de haber estado sentada sobre la tumba de Cecilia Metella ó delante del palacio de Leon X.

Por último, aquellos vagos recuerdos se convirtieron en una idea fija y dominante.

El invierno habia llegado ya; Erminia sabia que su padre estaba arruinado y que no se acordaba de ella, el frio era intenso y los paseos por la campiña se habian tenido que suspender.

Ludovico pasaba el dia trabajando delante de su caballete; el jóven tenia ansia de alcanzar gloria para depositarla á los piés de Erminia.

Esta, despues de concluir sus faenas cotidianas, se sentaba al lado de Ludovico, pero su imaginacion volaba á otra parte.

Cuando las campanas del monasterio vecino tocaban al Ave-Maria, esa poética y armoniosa despedida del dia en Roma, Ludovico guardaba sus pinceles y se sentaba al lado de Erminia; pero las conversaciones de los dos jóvenes no eran tan alegres como antes.

Erminia tenia siempre los nervios excitados por sus continuos recuerdos desagradables, y se habia vuelto irascible y violenta; despues se arrepentia de su mal humor, pero al minuto le sucedia lo mismo.

La paz se habia alterado; la felicidad caminaba á su ocaso.

Ludovico trabajaba sin descanso; Erminia hacia esfuerzos heroicos para vencerse y dominar sus recuerdos, pero estos eran mas fuertes que ella.

Ludovico sostenia una lucha interior, porque se acusaba de ser el autor de la desgracia de Erminia, á la cual aún amaba mucho, y se desesperaba porque con su asiduo trabajo no podia proporcionarle otra posicion mejor.

Esta lucha alteró profundamente su salud y cayó gravemente enfermo.

Erminia lo cuidó, pero Ludovico advertia en aquel cuidado mas deber que cariño. Pocos dias despues murió.

El Sr. de Sandoval, así que supo que su hija habia quedado viuda, la perdonó y la mandó llamar á su lado.

Erminia sintió bastante la muerte de su marido, pero quizás el cambio de vida y de posicion le sirvió de consuelo, puesto que se consoló muy pronto.

El nombre de Ludovico fué un recuerdo vago, melancólico, pero no doloroso, que acudia de cuando en cuando á su imaginacion.

Ludovico, como poseia el don de leer en el corazon de su esposa como en un libro abierto, habia visto su ingratitud y su olvido, y eso le causó mucha pena.

—¡Tambien ella!—murmuró profundamente afligido.

Una noche que la luna iluminaba el cementerio y que la brisa mecía dulcemente las copas de los altos cipreses, Ludovico paseó su mirada por su alrededor.

Era una frondosa alameda, ancha y larga; á un lado y á otro solo se veian lápidas mortuorias con estas palabras grabadas al pié:

Su esposa le consagra este recuerdo.

Todos eran casados; pero Ludovico vió la mayor parte de aquellas tumbas abandonadas.

—¡Ay!—murmuró,—tambien me he equivocado.... ¡Dios mio!... ¿No existirá el amor verdadero y desinteresado?...

De repente Ludovico vió al pié de todas las tumbas, hasta

de la suya, á los mismos bultos que habia visto antes arrodillados y orando.

—¡Cosa extraña!—exclamó confuso;—¿quién serán estas mujeres?... ¡Ah!... si... que torpe he sido... son amantes. El matrimonio mata el amor... es evidente... todo lo que es obligatorio concluye por cansar. Los que aman deben estar libres... libres como las aves, y la brisa, y las flores... ¡No se aman ellos tambien, y nadie los aprisiona para que se amen siempre!... ¡Cómo ha de ser!... ¡qué loco he sido!...

Ludovico ocultó el rostro entre las manos y se quedó como aletargado.

V.

*Seenturato il cor che fida
Nel sorriso del amor;
Brilla e muor cual luce infida
Che smarrisci il viator.*

FELICE ROMANI.

Estamos en un elegante gabinete octógono forrado de raso azul claro.

A través de una rasgada ventana que servia de puerta, se divisaba un inmenso jardín lleno de flores y bosquecillos de árboles raros.

Al lado de la ventana habia una jóven sentada en un sillón; á sus piés, sentado sobre un taburete, un jóven la contemplaba extasiado.

La jóven bien valia la pena de ser contemplada así. Era alta, esbelta, delgada sin estar demacrada, flexible sin debilidad. Cuando andaba parecia un lirio meciéndose voluptuosamente sobre su tallo, una palmera balanceándose á impulso del viento; poseia esa *morbidezza* italiana cuya sola palabra explica una dulce languidez.

En su rostro, la belleza de las mujeres del Norte y la de las del Mediodia se disputaban la preeminencia.

Sus cabellos eran rubios, sedosos y abundantes, flotando á merced de la mas ligera brisa y cubriéndola como un vapor dorado.

Sus ojos eran negros, húmedos y brillantes como los de las georgianas y circasianas; sus mejillas, cubiertas de una piel suave, tersa y casi transparente, tenian un ligero y sedoso bello semejante al del melocoton.

Su carácter participaba tambien del sol del Mediodia y de las brumas del Norte.

Era á la vez Roxelana, la orgullosa y vengativa favorita de Soliman, y la poética Ofelia del Hamlet de Schakspeare, la Margarita de Goethe, y la Lucrezia Borgia de Victor Hugo.

Sabia amar, pero tambien sabia aborrecer.

Al jóven que estaba sentado á sus piés ya lo conocemos. Era Ludovico.

Ludovico, feliz y dichoso porque habia encontrado su bello ideal, porque era amado por una mujer encantadora.

Cuatro meses habia que vivia con Laura, aislado de todo el mundo para que nadie interrumpiera su felicidad.

Cuatro meses de asiduo amor, es bastante amar: Ludovico habia olvidado que el amor es una de las cosas que se deben usar sin abusar.

Al cabo de los cuatro meses Ludovico le habia dicho tantas veces á Laura que la idolatraba, que esta ya lo oia sin ilusion. Además, empezaba á encontrar bastante monótona la soledad.

Ya hemos dicho que era tan poética como orgullosa, y por consiguiente, pensaba de cuando en cuando por qué el mundo no habia de admirar tambien sus encantos como Ludovico.

Laura no se habia ocupado en aquellos cuatro meses de averiguar si Ludovico era ó no rico; ella habia visto satisfechos sus menores deseos, y lo demas poco le importaba: las mujeres no deben ocuparse de esas cosas.

Ludovico no era rico, su fortuna era bien modesta; pero habia hecho grandes sacrificios para rodear á su amada de lujo y esplendor.

Este fausto, como se comprenderá muy bien, no podia durar mucho.

Cuando los hemos encontrado sentados en el gabinete azul, Laura le estaba diciendo á Ludovico que deseaba volver al mundo, que la soledad la aburría, y que queria frecuentar los paseos y los teatros.

—Esta noche,—decia, deslizandose su blanca mano por los cabellos de Ludovico;—esta noche cantan *I Puritani* la Grissi y Mario, y quiero oírlos. Con ese motivo estrenaré el vestido de raso blanco con volantes de encaje que me regalastes hace tres meses, el cual no he tenido ocasion de poderme poner todavia.

Ludovico la llevó aquella noche al teatro.

El habria querido que Laura no hubiera perdido una sola de las tiernas palabras que Arturo decia á Elvira; pero á ella le llamaban mas la atencion los prendidos de las señoras y las buenas ó malas figuras de los hombres que ocupaban el teatro.

Bastantes palabras de amor habia oido durante cuatro meses. Ludovico volvió á su casa muy disgustado.

Aquello no era lo que él habia soñado.

Desde aquel día Laura se reveló contra la soledad; quiso ir á paseo, porque le agradaba oírse llamar bella y causar efecto, y á que mujer no le agrada eso! Quiso frecuentar los teatros, y sobre todo ir elegante; Ludovico se encontraba bastante apurado.

Si hubiera sido su esposa, no habria vacilado en explicarle su situacion; pero á una querida no se atreva.

Pero Laura tenia talento, y no necesitó que le dijieran nada.

Comprendió la situacion de Ludovico y consultó su corazon.

Antes debemos decir que tenia diez y ocho años.

La consulta con su corazon dió por resultado, que cuando una mujer es jóven, bella y elegante, y ha dado su primer paso en falso, debe seguir adelante, si es esa su inclinacion.

—Entre amar y ser admirada, escojo lo último,—pensaba,—cansa menos y no es tan monótono. Soy libre, puedo escojer otro hombre, como él puede buscar otra mujer; ¿quién nos lo impide?... Bien mirado es lo mejor que puedo hacer; Ludovico está arruinado, yo soy una carga para él, porque quiere satisfacer mis caprichos y no puede... ¿quién se atreverá á acusar mi conducta?... Eso es lo que debo hacer, y lo haré.

Y lo hizo sin vacilar.

Quince dias despues estaba en Paris con un duque que le habia regalado un coche y un aderezo de brillantes.

VI.

*«Vox in excelsis audita est
lamentationis, luctus, et flatus
Rachel plorantis filios suos,
et nolentis consolari
super eis, quia non sunt.»*
(JEREMIAS, cap. xxxi).

—¡Ah!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Esto es horrible!—exclamó Ludovico desesperado.—¡Siempre amargos desengaños!...

La noche estaba oscura y tempestuosa. Grandes nubarrones pardos cruzaban por el cielo impulsados por un viento frio, el cual, meciendo fuertemente las copas de los cipreses del cementerio, producía un murmullo lúgubre y triste.

—¡Qué noche! murmuró Ludovico levantando la cabeza:—¡Ah!... ¡Que sombrío está el cementerio!... ¡Pero qué veo, Dios mio!... ¡Son los mismos bultos negros de siempre!... Si... no hay duda... son los mismos... ¡Ay!—añadió lanzando un suspiro,—ya es inútil... no quiero volver mas al mundo. Estas mujeres que están aquí arrodilladas parecen buenas y fieles... pero yo tengo la desgracia de no encontrarlas por ninguna parte... y tambien estoy cansado de buscarlas... ¡Pero con todo!... ¡Es extraño!... ¿Quién serán estas mujeres que no temen ni al frio ni á la lluvia?...

Ludovico se quedó pensativo. Su imaginacion se trasladó á otras regiones. Estaba en su casa del pueblo de A... Su jardín, tan árido y tan descuidado, estaba convertido en un paraíso; su hacienda habia mejorado considerablemente y le daba casi una tercera parte mas que antes.

El patio se veia lleno de sacos de trigo que los criados trasladaban á los graneros, entonando al mismo tiempo alegres canciones; en los establos habia vacas y corderos, y en la cocina una larga mesa cubierta con un blanco mantel esperaba á los trabajadores.

Ludovico y su madre iban de un lado á otro dando disposiciones y arreglándolo todo.

Ludovico estaba contento al ver que su madre, aunque de bastante edad, estaba robusta y ágil, y era feliz á su lado.

Por las noches se reunian para pagar á los jornaleros, y para hablar de las faenas del dia siguiente, en el verano, en el jardín, debajo del emparrado que él mismo habia plantado, en el invierno delante de la inmensa chimenea donde ardía un gran tronco de encina.

¡Qué feliz era... qué satisfacción sentia su corazon al pensar que con su asiduo cuidado habia mejorado considerablemente el patrimonio que heredó de su padre!... ¡Qué placer experimentaba estando al lado de su madre durante las largas noches de invierno que á él le parecían tan cortas!...

Ya no estaba triste, ni pensaba en otra vida mejor; al contrario, le parecia muy buena, demasiado buena, la vida presente, y se burlaba con su madre de sus locas quimeras.

Los amigos ¿qué le importaban á él, teniendo á su madre? El amor de una esposa, de una querida, ¿qué falta le hacia teniendo á la que le dió el ser, lo alimentó con su sangre y le enseñó á amar á Dios y á comprender su omnipotencia?

¡Qué néccio habia sido en creerse desgraciado, viviendo su madre todavia!...

La escena cambió.

Era un sitio sombrío, lóbrego, casi horrible: montañas escarpadas y áridas lo rodeaban, y ni una flor, ni un árbol alegraban aquel siniestro lugar.

Era un sitio mas horrible que el último círculo del infierno del Dante.

Ludovico tenia miedo.

—¡Oh!... ¡dónde estoy, Dios mio!... ¡qué sueño tan terrible!—murmuró restregándose los ojos.—¡Ah!... sí, ¡desgraciado de mí! ya recuerdo... ¡estoy muerto!... ¡muerto!—añadió desesperado,—¡muerto! por no haber sabido ser feliz... He tenido amigos, esposa, amante, y todos me han abandonado... todos... todos... Pero ¡Dios mio! prosiguió asombrado,—¡siempre estas mujeres aquí!... ¡oh! ahora he de ver quién son.

Ludovico miró fijamente durante algunos instantes á través de su lápida, y lanzó un grito desgarrador.

—¡Madre mia! ¡madre mia!—exclamó alargando los brazos para abrazarla... ¡oh! ¡si es mi madre!

Pero los brazos de Ludovico chocaron contra el mármol de su tumba, y cayó de espaldas.

—¡Oh! esto es horrible... verla y no poderla abrazar... ¡Madre mia! ¡madre mia!... ¡soy yo, tu hijo! ¡Ay! ¡tampoco me oye... Yo la he abandonado para buscar la felicidad en otra parte... estoy maldito de Dios... Tenia la felicidad á mi lado, y la he despreciado... ¡desgraciado de mí!

Ludovico lloraba y gritaba llamando á su madre, pero ésta no lo oia: su desesperacion no tenia igual.

Un violento espasmo nervioso se apoderó de todo su ser...

—¡Oh! ¡basta, basta! doctor,—exclamó doña Maria,—no quiero que mi pobre hijo sufra mas.

—Ya está bueno, señora; voy á despertarlo al momento.

El doctor pasó algunas veces sus manos por el rostro de Ludovico, despues le sopló en los ojos, le hizo aspirar un frasquito de sales, y abrió una ventana que habia á su lado para que entrara el aire.

Ludovico lanzó un profundo suspiro y entreabrió los ojos. Poco á poco sus ideas se fueron coordinando y tomando una forma precisa.

Se levantó de repente del sillón donde estaba sentado, miró á su alrededor como si buscara alguna cosa, vió á su madre, lanzó un grito de alegría y se arrojó en sus brazos.

VII.

Se han pasado dos años. La casa de Ludovico estaba tal como él la habia soñado. El jardín tenia la parra; en el patio habia sacos de trigo, y sobre todo, él era feliz al lado de su madre.

Sus locas quimeras se habian desvanecido de tal modo, que ahora sentía una especie de frenesi por ella.

Y cuando le decían que algun paisano suyo era desgraciado, preguntaba al momento:

—¿Ha perdido á su madre? porque esa es la desgracia mayor que nos puede suceder en este mundo.

JOSE MARIA CUENCA DE LUCHERINI.

CRÍTICA LITERARIA.

«La cruz del matrimonio, el público y la gaceta.»

ARTICULO TERCERO Y ÚLTIMO.

Al terminar el artículo segundo dije que tratándose de obras dramáticas conviene buscar la causa primaria del error ó la justificacion del aplauso precisamente en aquello que el poeta ha escogido por instrumento para determinar y caracterizar bien su idea; y que siendo Mercedes la más viva expresion del pensamiento moral y filosófico que el Sr Eguilaz se ha propuesto realzar en *La cruz del matrimonio*, me proponia penetrar en el fondo de ese carácter para demostrar que, bien analizado, está muy lejos de ser, como algunos dicen, el bello ideal, el prototipo de la esposa cristiana.

Para apreciar con mejor criterio el carácter un si es no es simbólico de Mercedes, permitásemos recordar aquí la pregun-

ta que una religiosa de gran piedad y extremada *paciencia* dirigió á San Francisco de Sales en el trance de la muerte, y la respuesta del Santo.—«¿No es una insigne cobardía y grande infidelidad á Nuestro Señor (exclamaba la religiosa llena de temor cristiano) el decir que *siento muchos dolores*?» A lo que el Santo repuso:—«Tan lejos está de ser malo el quejarse, y aun el exclamar á la fuerza de los dolores, que al contrario creo que cuando padecemos algun mal, y principalmente *si nos aflige mucho*, entonces *la santa virtud de la verdad*, del candor y de la sencillez *nos obliga* á manifestarle á los que nos pueden administrar algun remedio. Porque ¿cómo podrán ellos aliviarnos, si nosotros *no nos quejamos, ni se lo manifestamos*?» (1).

Esto que el Santo decia con relacion á los dolores del cuerpo, tiene, si cabe, mayor aplicacion á los del alma. No soy yo, pues, quien desde luego condena implícitamente la pretendida moral del carácter de Mercedes; son las palabras de un santo como Francisco de Sales, maestro en la salvadora ciencia de la mansedumbre y humildad, propagador animoso y constante de la verdad evangélica.

Pero sepamos bien lo que es Mercedes, no ya por testimonio ageno, sino por el suyo propio: de este modo se apreciará mejor si es exacto lo que digo.

Mercedes, que antes de casarse era

*«dulce embeleso del Prado,
hechizo de las reuniones,
de los bailes tierno encanto,
y en Real, Zarzuela y Príncipe,
de los gemelos el blanco.»*

apenas contrae matrimonio con Félix, *nacido para ser trueno, como otros para ser santos* (por lo cual le fastidia soberanamente aquello mismo que bastaria para constituir la felicidad de cualquier hombre razonable), muda de bisesto y se consagra con la mayor devocion al cumplimiento de los deberes de esposa. *Si él se va á sus diversiones*, dice Mercedes á Enriqueta refiriéndose á su marido,

*«yo nunca de casa salgo;
si pasa la noche fuera,
toda la noche le aguardo.
Si cuando llama me encuentro
triste y anegada en llanto,
presurosa el llanto enjugo,
la risa á mi boca traigo,
y amorosa le recibo,
venga alegre ó enojado,
sin que asomen á su vista,
aunque me mate el quebranto,
ni una lágrima á mis ojos
ni una repulsa á mis labios.
Si él pierde al juego, yo en casa
lo que él ha perdido trato
de economizar; si pienso
que un rico traje ha comprado
á una mujer, que él desprecia
tal vez sin imaginárselo,
al tornar á casa me halla
con traje humilde esperándolo.
Nunca recriminaciones,
nunca riñas, nunca escándalos.
Si fuera encuentra repulsas
solo ve en su casa agrado.»*

Tal es la pintura que Mercedes traza de la conducta que observa con su marido. Enriqueta, sin acertar á deducir de lo que ha dicho su prima si es *tonta* ó es *santa*, exclama:

*«¿te estás brazo sobre brazo
sufriendolo, y nada haces
por gozar ó por ganártelo?»*

A lo que Mercedes responde:

*«Hago mucho: el alma mia
hace más por mí: le amo.»*

El venerable Tomás de Kempis dice, en efecto, que *mucho hace el que mucho ama*; pero añade á renglon seguido que *mucho hace el que hace las cosas bien* (2). ¿Está Mercedes en este caso? ¿Qué nuevo género de amor es el suyo que, bien mirado, no cabe en la naturaleza del hombre ni en la del ángel, porque carece de verdad con relacion á la una y á la otra y solo se manifiesta en sus palabras, nunca ni de ningun modo eficaz en sus acciones? ¿Es *hacer bien las cosas* condenarse á perpetuo silencio teniendo obligacion de hablar? ¿Lo es, no ya disimular prudentemente para evitar conflictos en las relaciones matrimoniales, sino mentir sin necesidad y sin fruto para dar á entender al marido que está muy bien hecho todo cuanto hace, aunque no se ocupa en otra cosa más que en derrochar su caudal al juego ó con despreciables mugerzuelas, aunque pase la vida entregado á toda clase de desórdenes, y falte á sus más sagrados deberes de esposo y padre? ¿Cuándo se ha llamado ni podido llamar virtud esta debilidad, esta cobardía, esta especie de singular egoísmo? ¿Cree, por ventura, el señor Eguilaz que si Sta. Mónica hubiera hecho lo que Mercedes, habria ganado para Dios y para su propia felicidad doméstica el alma de su esposo Patricio?

«Cuando Patricio estaba más colérico y más arrebatado (dice el P. Croisset), en *aquel impetu* jamás le resistía su muger, ni le respondía la menor palabra; prevenia sus gustos y se adelantaba á todo cuanto podia complacerle.»

Esto se comprende bien, porque está dentro de límites racionales. No ya imprudencia, temeridad, y gran temeridad, sería en cualquiera el intento de resistir ó la pretension de atajar un torrente desbordado. ¿Y cuál más temible que la cólera de un furioso persuadido de que su voluntad es ley absoluta y de que debe ser ciegamente obedecida? El mismo texto del Padre Croisset que ha sugerido al Sr. Eguilaz el pensamiento de *La cruz del matrimonio*, suministrándole en Sta. Mónica un ejemplo admirable de lo que debe ser la esposa cristiana, dice harto claramente que solo cuando Patricio estaba más colérico y arrebatado, esto es, que solo mientras le duraba *aquel impetu*, era cuando ella no le resistía ni le respondía la menor palabra. Lo cual quiere decir, sin duda ninguna, que en otros momentos, pasado *aquel impetu* de la cólera, le resistía y le respondía, no en son de altanera ni de rebelde, sino con el modo más *humilde y sereno*, con reflexion, con prudencia, con el persuasivo lenguaje de quien cumple sus deberes con estricta fidelidad, y para encarecer lo bueno y persuadir á los demas á seguirlo empieza por practicarlo. De otro modo ¿habria logrado Santa Mónica efectuar la conversion de su marido? No, ciertamente. Y eso que entre el marido de la santa y el de Mercedes no hay paridad de caracteres. Patricio, segun todos los biógrafos, era hombre bárbaro, arrebatado y brutal; tenia mucho de la naturaleza terrible y selvática del leon, y, por consiguiente, los impetus de su cólera debían ser terribles como torrente que se desborda; razon por la cual era más necesario en tales trances el prudente silencio de su mujer. Pero ¿se halla Félix en este caso? Tratándose de pintar la resignacion y la paciencia de una esposa, no le ha ocurrido al Sr. Eguilaz cosa mejor que bosquejar en Félix la figura de un calavera despreciable.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales.*
(2) *De Imitatione Christi.*

de un marido chavacano, apto solo para hacer reir al público, y en el cual apenas se patentiza convenientemente la odiosidad de los vicios que, puestos en relieve con el colorido de la verdad, darían ocasión á que se desplegara de un modo conforme con las condiciones propias de la naturaleza el carácter humilde y sufrido de la esposa.

Una cosa buena y humana encuentro en *La cruz del matrimonio*, y es, que Félix se queje de que su muger, tan pasivamente humilde y de tan fría resignación, no desapruebe lo que él mismo conoce que debe ser desaprobado. Y no se diga que para advertirle, para amonestarle y atraerlo al bien era condición precisa que Mercedes gruñese y patease como Enriqueta; porque sin tener mal genio, y con más verdadera resignación que la que ella muestra, puede una muger procurar aquel fin realmente moral y piadoso.

Mercedes sermonéa á más y mejor á doña Clara, á Enriqueta, á Manuel, es decir, á todos los personajes de la comedia, menos á su marido; y sin embargo, á nadie antes que á este debía amonestar y aconsejar con discreción, con dulzura, con modo humilde y sereno, con la prudente sagacidad y fino tacto de la muger que verdaderamente ama. Léjos de apresurarse á pedir perdón á Félix, por si acaso le ha reconvenido sin intención en los momentos en que él acaba de manifestarle lo mucho que su virtud le fastidia; lejos de incurrir en este acto de debilidad (quizá de baja) tan distante del deber de la paciencia cristiana como de la dignidad propia de todo carácter noble; antes que avenirse á representar constantemente una farsa más ó menos bien intencionada, pero farsa al cabo, pues según dice en el acto tercero

... cuenta años enteros de llanto...

Mercedes debía manifestar su mal á quien, después de Dios, podía ponerle remedio; presentando al mismo tiempo á los ojos de su marido las consecuencias probables de sus faltas, y procurando alejarlo de ellas, menos por el deseo egoísta de no padecer, de no sufrir, (pues todos los que agradaron á Dios pasaron fieles por muchas tribulaciones) que por el temor de que al cabo llegara él á perderse para siempre.

El mismo Dios que tomó carne por redimirnos de la primitiva culpa lo ha dicho: pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá (1). Mercedes no le pide á Félix que vuelva en sí, que abandone la mala vida; antes bien se humilla siempre con la flaqueza del reo, allanándose sin dificultad, y aun con aparente agrado, á satisfacer sus más injustas exigencias. ¿Cómo, pues, ha de darle su marido lo que ella no le pide? ¿Cómo ha de encontrar en él lo que desea, y no busca, por equivocada noción de la virtud, cuyo menor grado es sin duda el sufrimiento indolente? Llamara á las puertas del corazón de su esposo con la voz del sentimiento y de la verdad; hablara al padre de su hijo con el sublime lenguaje de la religión y del deber, y si no estaba completamente pervertido, si no era un monstruo (como no lo es Félix, simple mamarracho lleno de contradicciones absurdas) pronto su voz sería oída, y las puertas cerradas hasta entonces se abrirían de par en par para ella.

No quiero ser creído por mi palabra; véase confirmada en el siguiente diálogo la exactitud de lo expuesto, y pásense por alto lo pedestre del estilo, los ripios y demás galas de esta elegante versificación:

FELIX. Tienes un defecto grande.
MERC. ¿Cuál?
FELIX. Hacerte la perfecta: y me tienes en un potro y me irritas y sublevas.
MERC. —Vé, mira qué trage llevas.
FELIX. ¿Porqué no te pones otro?
MERC. ¿No te gusta?
FELIX. (Tocándole.) ¡De percall! Esto de la raya pasa.
MERC. Para andar dentro de casa aun me parece tal cual.
FELIX. Eso, sí, hazte la modesta.
MERC. ¿Cuándo se está en casa traginando!
FELIX. ¿Sabes eso lo que cuesta?
MERC. Bien. ¿Pero no gastó yo?
FELIX. ¡Oh!... Tú, ya eso es diferente. (¡Qué verso!) Tienes que alternar con gente. No es el caso el mismo, no. Yo metida aquí...
FELIX. ¿Y porqué?
MERC. ¡Ah, ya! ¡Tus negocios graves! ¿Porqué no sales?
FELIX. Ya sabes que no me gusta.
MERC. Si, sé...
FELIX. Lo que sé es que te has propuesto, y á esto yo no me acomodo, reconvenirme por todo.
MERC. ¿Yo? Si nunca te molestó. (Asombrada.)
FELIX. Pon ojos estupefactos.
MERC. Yo he dicho...
FELIX. ¿Con eso vienes?
MERC. No, si no me reconviene con la boca; ¡es con tus actos!
FELIX. ¡Yo!...
MERC. Y esto de armar camorras (Fuerza del consonante). por quitame allá esas pajas... Si me divierto, trabajas; si sabes que gasto, ahorras; si tardó, te estás en vela, y tanta otra cosa y tanta...
FELIX. ¡Amigo, esto no lo aguanta ni un chiquillo de la escuela! Si alguna vez te quejaras otra vida deseando; (Tiene razon; pero ¿y aquello de la CAMORRA?) si al menos de vez en cuando me riéras y llorarás... Siempre víctima de amor que dando agudo traspasa, y yo siempre haciendo en casa los papeles de traidor... Es una vida infernal (¡Vaya un inferno!) la que llevo hace un trienio. ¿Con que ó tú mudas de genio ó yo me tiro al canal!
MERC. (La desgracia no es para menos.) Perdón, si sin intención te reconvine.
FELIX. ¿Eso infernes? Pues no es eso, ¡es que tú eres la misma reconvencción!
MERC. ¡Jesús! Piensas unas cosas...

Cualquiera muger, por santa y buena que fuese, y llevando, como llevaba Mercedes, años enteros de llanto, habría aprovechado esta ocasión y tomado pie de las palabras mismas de su esposo para convencerlo de su ceguera y apartarlo del mal camino. Si no lo lograba, siempre tendría la satisfacción y la gloria de haberlo intentado, cumpliendo con uno de sus más altos deberes. Lo contrario no es abnegación, no es paciencia,

no es humildad; es ser tonta, ó cobarde, ó tener el alma de estuco.

Mercedes, en quien la disimulación suele rayar en hipocresía, va más lejos aún en sus complacencias indebidas y en su ciega sumisión á las extravagancias y desvarios de su consorte. No contenta con sacar de quicio en la práctica el consejo de Santa Mónica respecto al silencio respetuoso y á la paciencia dulce y constante que la muger debe emplear para domesticar el genio más feroz y extravagante de un marido, se presta á secundar los malos deseos de Félix, proporcionándole medios con que pueda engolfarse más y más en el camino del vicio, y haciendo para ello hasta un sacrificio imposible en el corazón de una madre.

Prescindamos de la facilidad con que se aviene á franquear á su marido, sin causa fundada, la llave de la puerta falsa del jardín (recurso violento de que se vale el poeta para preparar la catástrofe, no encontrando á mano otro más racional y verosímil); dejemos á un lado los muchos rasgos de la misma índole que abundan en la comedia, y vengamos al más aplaudido de todos: á la entrega que hace á Félix del dinero destinado á ser impuesto en *La Tutelar* para servir á su hijo de áncora de salvación en el inminente naufragio de su fortuna.

Mas ya que he nombrado el banco, ó cosa así, llamado *La Tutelar* (como dice el Sr. Eguilaz), permitaseme intercalar en este sitio algunos renglones para que los lectores formen idea del singular episodio á que ha dado margen la cita de esa sociedad de crédito en *La cruz del matrimonio*.

Ante todo hé aqui los versos que se refieren á ella, versos que parecen un reclamo, en el sentido que comunmente dan hoy á esa voz nuestros vecinos de allende el Pirineo. Habla Mercedes:

Hay un banco ó cosa así, (Movimiento de Félix) que llaman *La Tutelar*. Poniendo en él á interés dinero, de un niño en nombre, cuando el niño llega á hombre rico, ó poco menos, es. Estas noches que no duermo al chiquitín por velar, en esto he dado en pensar...

Sin necesidad de ser muy peritos en el conocimiento de la dicción poética, ni siquiera en el manejo corriente de la lengua castellana, se conoce á tiro de ballesta que estos renglones desiguales, hiperbólicamente llamados versos, se dejan muy atrás á los de Comella y demás comparsa que Inarco Celenio apellidaba

... enjambre de copleros chavacanos.

Y sin embargo, esos versos, esa preciosidad literaria que indirectamente ha convertido la escena en una como seccion de anuncios del *Diario de avisos*, han despertado la gratitud y entusiasmo de los directores de *La Tutelar*, exaltando su amor á la buena literatura hasta el punto de ofrecer como regalo á las plantas del Sr. Eguilaz (coronado ya en comandita por unos cuantos padres honrados) una póliza de suscripción por valor de diez mil reales, con su correspondiente carta misiva en que se leen, entre otras, estas palabras: «La honorífica mención que hace usted de la compañía de seguros sobre la vida *La Tutelar* en el ADMIRABLE desenlace de la comedia que con el título de *La cruz del matrimonio* acaba de dar al público, ha unido, quizás sin quererlo, á nuestras dos creaciones. La de V., feliz destello de una imaginación privilegiada, cuadro fiel á la vez que correctivo moral de las costumbres perversas del siglo actual, ocupará siempre un lugar distinguido en la historia de nuestras letras.»

¡Lo que son juicios del cielo! Si el Sr. Eguilaz no tiene la feliz ocurrencia de nombrar en su comedia á *La Tutelar*, sobre quedarse sin el regalillo de la consabida póliza, no habria gustado la satisfacción (y esta pérdida hubiera sido mucho más sensible para un hombre de su espiritualidad literaria y entusiasmo artístico) de saber por boca de una sociedad comercial que el desenlace de *La cruz del matrimonio* es admirable, que su creación es un cuadro fiel de las costumbres perversas del siglo actual, y que ocupará siempre un lugar distinguido en la historia de la literatura española; profecía sumamente lisonjera para el alma de un poeta. El Sr. Eguilaz podrá decir con razon: cuando á un mismo tiempo he logrado conmovier á las congregaciones de padres honrados y á las sociedades de crédito (mas dadas al cálculo comercial que al sentimiento y al arte) ¿qué no será mi comedia? Y como no era dable corresponder á tal línea con silencio desdeñoso, ni mucho menos dejar en el olvido de la ignorancia tan bello rasgo de inusitado desprendimiento, el Sr. Eguilaz contestó á *La Tutelar* aceptando el obsequio con inmensa gratitud, y violentando su natural modesto al extremo de pedir autorización para publicar una carta que, si redundaba en elogio y honra suya, es tambien honra y elogio de quien la ha dictado. Convengamos en que este idilio dramático-mercantil es capaz de enternecer á una roca.

«Aun cuando, sin yo pensarlo (dice el Sr. Eguilaz en su contestación á *La Tutelar*), haya establecido el final de *La cruz del matrimonio* un lazo que una nuestras dos creaciones, patentizando las ventajas de la institución con que V. ha tenido la gloria de dotar á nuestro país, á nada estaba V. obligado conmigo.»

«No necesitaba *La Tutelar* de mi débil recomendación para pasar á nuestros hijos y nuestros nietos, no, señor. Mi comedia perecerá con mi nombre, y mi nombre acabará con mi vida: únicamente la benevolencia con que V. me juzga, puede hacerle creer que ese nombre llegará á ocupar un renglon en la gloriosa historia literaria de esta vieja España, tierra clásica del genio y de la inspiración. Las lágrimas que al nombrar la creación de V. se vierten en el teatro de Variedades, no las arancan mis pobres versos, lo sé muy bien: brotan al oír de boca de una madre joven y cariñosa que se ha desprendido de las joyas, que forman el orgullo de otras, no como nuestra santa y sublime Isabel la Católica para conquistar un mundo, sino para que el pobre niño enfermo que duerme en la cuna no pueda encontrarse un día doliente y sin recursos. ¿Hubiera yo podido escribir esto si una madre no lo hubiese antes pensado?»

Estas palabras del Sr. Eguilaz nos vuelven insensiblemente al punto de que nos separamos para discurrir sobre el episodio relativo á *La Tutelar*. Según ellas, Mercedes se ha desprendido de sus joyas á hortadillas de su marido con el solo y único objeto (objeto hermoso y muy digno del corazón de una madre) de que su pobre niño no pudiese encontrarse un día doliente y sin recursos, visto el aire que Félix iba dando á su caudal en bromas, en francachelas,

en mesa infame de ruinoso juego.

¿Y cómo realiza tan buen propósito? Oigámoslo de boca del mismo Sr. Eguilaz. Félix, que tiene resuelto librarse de la que juzga empalagosa dulzura de su muger marchándose á París con una bribona, y que ha perdido al juego una cantidad considerable, vuelve á su casa en altas horas de la noche por dinero

para seguir jugando y efectuar su proyectado viaje. Mercedes no lo ignora, y ambos departen de este modo:

FELIX. Hija, hoy he perdido mucho; quiero tomar la revancha... y que no crean que huyo por perder. —Siento enojarte.
MERC. Pero tú, ¿á qué me das parte, si cuanto hay en casa es tuyo?

¿Sabes lo que pienso? (Mirándole fijamente á favor de la luz que tiene en la mano.)

FELIX. ¿Qué?
MERC. Que cuando el chiquito esté (Muy marcado y sin dejar de mirarle.) bueno del todo, de aquí —por tu salud—deberías, siquiera un mes alejarte, é irte á París... ó á otra parte á divertirme unos días.

FELIX. ¡Mercedes!
MERC. (¡Era verdad!)
FELIX. ¿Y es ella quien?... ¡Si supiera!...

MERC. (¡Vacila!)
FELIX. (¡Írme ahora fuera el colmo de la maldad!)
MERC. ¿Vamos?
FELIX. Sí.

MERC. Te está esperando
FELIX. Si, tienes razon.
MERC. ¿Qué haces?
FELIX. Abrirete el cajón.

MERC. ¡Hija! (Señor, ¡hasta cuándo!...)
FELIX. ¡Demonio!
MERC. ¿Qué?
FELIX. ¿Qué ha de ser!

Nada; que muy ancho vengo por dinero... y mira... tengo (Mostrándole algunos billetes que deja caer otra vez en el cajón.)

MERC. ¿Qué tengo! Esto no es tener.
FELIX. ¿Y es tal la necesidad?...
MERC. ¡No ha de ser! he prometido volver... ¡Vaya! me he lucido. Y Manuel...

MERC. ¡Ay, es verdad! Pero no te apures. Yo tengo dinero,—esto pasa.— (A un movimiento de Félix.)
FELIX. El del gasto de la casa. (Sonriéndose.)
MERC. Hija, eso no es nada.

No. Es mucho más. Si indiscreto al pesar no te abandonas y lo que he hecho me perdonas, voy á decirte un secreto.

Aquí le cuenta que hay un banco ó cosa así llamado *La Tutelar*, y prosigue:

«Tú sabes que como antes otra era yo que en el día, en mi tocador tenía algunos buenos diamantes.»

(Por lo visto, para tener en el tocador buenos diamantes no hay como ser la muger en el día distinta de la que era antes.)

FELIX. ¿Y qué? (Con ansiedad.)
MERC. Que como ese año Ya es inútil para mí...
FELIX. ¿Qué?
MERC. ¿Qué? Que ayer los vendí... Y esto te presta tu niño.

(Ofreciéndole un paquete de billetes, que saca de su costurero.)

Parece mentira que esto se aplaude en el teatro, y todavia menos creible que una aberración de esta especie se condecere con el título de bello rasgo de sentimiento y se ensalce como ejemplo de hasta dónde puede llegar la abnegación de la esposa humilde y cristiana.

Aunque por punto general no se escribe mal aquello que se siente y piensa bien, dejemos aparte pequeñeces como el *to te ta tu* que hermosea el verso capital del precedente diálogo, y fijémonos en lo de mayor importancia.—¿Cabe en corazón humano, cabe en corazón de madre (que es mucho más todavía) un rasgo tan inmolivado y absurdo como el de Mercedes? ¿De dónde ha sacado el Sr. Eguilaz, de dónde la turbamulta que se extasia con tan repugnante cuadro, que lo que es contra natura puede estimarse moral, que merece este calificativo aquello que está lógicamente fuera de la razon y de los sentimientos del hombre? ¿Podrá atenuar lo terrible de un sintoma tan amenazador y funesto como esa ofuscación del poeta y esos aplausos del público exclamando con Boileau:

Ainsi qu'en sots auteurs, Notre siecle est fertile en sots admirateurs?

Un tomo entero de observaciones morales y psicológicas podría escribirse para demostrar que la muger, la madre que hace lo que Mercedes en la escena citada arriba, léjos de ser el prototipo de la esposa cristiana, es, ó una tonta rematada que no vé más allá de sus narices, ó una aberración de la naturaleza que en ningún caso debe imitar quien conserve sano el juicio. Tan cierto es esto, que aun los mismos escritores enamorados de la buena intención del poeta, aquellos que atribuyen á la obra bellezas que no tiene y que solo estan en el corazón ó el entendimiento del que la juzga, se ven precisados á condenar como profundamente inmoral el rasgo de que se trata.

Refiriéndose á la conducta de Mercedes en este momento supremo, un escritor de mucho talento (que solo juzga *La cruz del matrimonio* por el aspecto moral, apreciándola en mucho más de lo que vale, y coincidiendo con mi opinión de que el carácter de la heroína es el alma de la comedia) se expresa del modo siguiente:

«Por no faltarle á él (á Félix) como superior, llega (dice) á faltarle á sí misma, que es antes que su esposo: llega á faltar á Dios, haciéndose en cierto modo cómplice de su marido. Tal es, en nuestro humilde sentir, el defecto de este carácter y por consiguiente el principal defecto de una obra que no es más que el carácter de Mercedes.»

«Félix le pide dinero, no para salir de un compromiso de honra; se lo pide simplemente para jugar, para tomar la revancha, para ver si puede rescatar lo que acaba de perder en el juego, y Mercedes se lo entrega no sólo sin murmurar, sino con alegría, sin la menor observación que le haga volver á mejor acuerdo. Y ¿qué dinero le dá? El que tenia destinado para imponerlo en *La Tutelar* para la educación y carrera de su hijo. A tanto no obliga la virtud: es más; tanta condescendencia deja de ser virtud y pasa á ser debilidad, pecado que Dios castigó severamente en el sacerdote Heli, flaqueza impropia de las Mónicas y las mujeres fuertes.»

«Y es este rasgo tanto menos disculpable, cuanto que él determina la conversión de Félix, impresionándole de manera que desde aquel punto vuelve en sí y exclama sollozando:

¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Tengo vergüenza de mí!

(1) EVANG. DE S. MATEO. Cap. VII, v. 7.

«Lo que no logra la virtud de su mujer, lo consigue su falta.»

(Continuará en el próximo número.)

MANUEL CAÑETE.

EXPEDICION A MÉJICO.

CARTA 2.^a (1).

Llegada del general Prim a la Habana.—Obsequios con que le reciben el general Serrano y la población toda.—Enfermedad grave de su hijo.—Noticias acerca de la actitud de los mejicanos.—Arribo de la escuadra francesa a la capital de la isla de Cuba.

HABANA 28 de diciembre de 1861.—El 23 del corriente llegó a esta con todo su Estado mayor el ilustre general Prim, después de un viaje feliz, y sin que el menor disgusto turbara su tranquilidad, pues tanto su señora como su hermoso niño han sobrellevado de una manera admirable las privaciones e inconvenientes tan naturales a bordo, y que son imposibles de remediar.

El recibimiento en la isla ha sido magnífico y como no se podía menos de esperar; frescos los laureles de África, vivo el entusiasmo que despertó en todas partes el héroe de los Castillejos, ¿qué no había de hacer la siempre fiel y leal siempre isla de Cuba, al contemplar por sí propia al que admiraban tan de lejos? ¿De qué vale el retrato, por parecido que sea, cuando se tiene delante el original? Así es que el entusiasmo rayaba en frenesí, y cuanto yo pudiera decir a Vds., y cuanto puedan leer en las relaciones que han hecho los periódicos, es pálido e incoloro ante el espectáculo que ofrecen miles de almas de todos sexos, de todas clases y condiciones, que ocupan calles, plazas, balcones, azoteas, que salen a su paso con flores y coronas, que lo aclaman sin cesar, que le recuerdan sus triunfos, y con músicas por todas partes e himnos que se cantan y poesías que cubren la atmósfera, se ofrece un conjunto indescriptible, en que se admira y se siente, pero que no se puede explicar; todas las fachadas de las casas, desde la más humilde hasta la que muestra sus blasones, se encuentran adornadas lujosamente, y hay calles como la de la Muralla, que es la más larga de la Habana, donde se han multiplicado de tal manera los arcos de triunfo con alegorías e inscripciones a la reina y al general Prim, y a Serrano y al ejército, que se ha convertido en una dilatada galería.

El general Serrano, cuyo mando en la isla es de los que mas beneficios la han reportado, y cuyo carácter simpático tanto se presta a la confianza pública, se ha mostrado en esta ocasión a la altura de su elevadísimo puesto, siendo partícipe, por lo tanto, de la ovación y aplauso general.

Después del recibimiento que ha hecho a sus nobles huéspedes, y atendiendo a la situación del general y su familia, la ha cedido para su residencia la bellísima quinta de los Molinos, que tanto por lo bien situada que se encuentra, como por sus parques, jardines, paseos y magnífico palacio, puede dársele el nombre de régia; se encuentra a media hora de la población, y puede decirse que en estos días forma parte de ella, según acuden todas las clases de la sociedad para conocer, saludar y felicitar al héroe de los Castillejos.

La noche de su llegada y cuando ya los marqueses se habían acostado, un suceso lamentable vino a turbar dolorosamente el regocijo de que estaban poseídos; su hermoso niño el vizconde del Bruc, que es el encanto de sus padres y de cuantos le miran, fué violenta y repentinamente atacado de la *croup* ó *coqueluche*, especie de garrotillo, que a la una de la madrugada estaba su vida en un inminente peligro; hacía un año que había sufrido un ataque parecido y a esto se debía el que la marquesa, con la prevision y el cariño de madre le propinara en el acto los medicamentos que lleva siempre consigo, y sin cuya aplicación inmediata se hubiera ahogado por momentos. Vds. comprenderán la angustia y el dolor porque pasarían los padres en trance tan terrible, y el sentimiento que se difundió por todas partes al saber tan repentina desgracia; hoy, aunque convaleciente, puede asegurarse que su salud está restablecida, y que la ovación y público entusiasmo que había tenido esta pequeña y dolorosa tregua, ha continuado y sigue con la misma fuerza que el primer día, y las fiestas y los obsequios y distinciones, como verán Vds. por los diarios que aquí se publican, parecen no tener fin, compitiendo las autoridades en facilitar todo género de bienestar a cuantos forman parte del cuartel general.

Por la vía de Londres y por el correo que partió en estos días, tendrán Vds. noticia de la salida de la expedición y de su brillante estado; nosotros lo supimos al embarcarnos en Puerto-Rico, y, como habíamos previsto, se verificó antes de que el capitán general de la isla tuviera conocimiento del acuerdo de las tres potencias, y del nombramiento del conde de Reus para general en jefe. Por la prensa de la Habana conocerán Vds. los detalles y pormenores de la entrada de nuestros soldados en Veracruz y de cómo el pabellón español ondea ya sobre el castillo de San Juan de Ulúa. Este acontecimiento, siempre glorioso para España, lejos de traernos la menor complicación para con nuestros aliados, es de tan positivas y reconocidas ventajas para todos que no deja el menor resquicio a las gentes que todo lo han de ver sombrío y oscuro en medio de la más completa claridad. Las dificultades que los Nortés presentan en aquellos mares, para un desembarco en una plaza enemiga, desaparecen en gran parte, siendo ya dueños de la plaza, y el general Gasset, que ya tiene noticia a estas horas de lo últimamente acordado, se limitará a tomar las disposiciones más conducentes al mejor servicio, como lo está haciendo ya, interin llegan los aliados y se pone en ejecución el plan que abraza y resuelve todas las cuestiones.

Ayer tarde entró en este puerto la escuadra francesa, y en el acto se trasladó a bordo el brigadier Milans para cumplimentar de parte de los generales Serrano y Prim almirante que la manda; este a su vez, en cuanto saltó a tierra, se presentó a ofrecer sus respetos a dichos señores.

De un momento a otro se espera a la escuadra inglesa. Por un oficial nuestro que estaba al servicio de Méjico, y que llegó a bordo del *Francisco de Asís*, habiéndose retirado de aquel ejército tan luego como España declaró la guerra, sabemos que el estado del país era muy alarmante; que se concitaban los ánimos y se llamaba a todo el mundo a las armas; creyendo atacada su independencia por los españoles; él mismo nos asegura que el nombre del general Prim era muy respetado en Méjico, y cuando supo su nombramiento para general en jefe, manifestó que era el que mejor podía desempeñar una misión tan erizada de dificultades; aquí hay también gran confianza en las dotes del general, que mas que

como general, está llamado a resolver el difícil problema que tiene a su cargo, como hombre de Estado.

La salida para Méjico es probable que tenga lugar tan luego como se reciba el correo de Madrid, que será en los primeros días de enero.

Escribo esta aprovechando un correo que sale hoy para los Estados-Unidos por la vía de Londres; si llega a su destino, bien, y sino, por el correo general recibirá Vd. otra más detallada y con cuanto ocurra hasta el momento de partir.

J. P. C.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Cuando en 1831 ilustres corporaciones e individuos felicitaban a Fernando VII por haber acabado con la fatal manía de pensar, y elevaban, como ahora se dice, respetuosas exposiciones a los pies del trono, pidiendo el restablecimiento de la Inquisición, los padres dominicos de Santo Tomas de Madrid tenían abiertas sus cátedras de filosofía. Y habiéndose en la metafísica de los entes extraterrenos, decía el catedrático, mientras se paseaba por el aula a la manera de los peripatéticos. Si señores, el diablo, por mas que se diga, no puede hacer milagros: no puede trastornar las leyes de la naturaleza, que es lo que llamamos milagro: lo que hay es, que teniendo por su naturaleza de ángel, aunque rebelde, un conocimiento mayor de las leyes naturales, de las propiedades de los cuerpos, y de los secretos que aun nos reserva la creación, puede, juntado *activa pasivis*, producir fenómenos extraordinarios y maravillosos.

El catedrático que así se expresaba era un furibundo enemigo de la libertad, a la cual atribuía todos los males; y como no perdía ocasión de zaherir a los liberales, añadía: esa unión de *activa pasivis* es una especie de unión liberal hecha por el diablo, con la cual se hacen cosas que parecen buenas, pero que en realidad son malas, que el vulgo cree a veces milagros, pero que están muy lejos de serlo.

Véase definida en profecía desde 1831 la unión liberal: el diablo ha juntado *activa pasivis*, los moderados a los resellados, los ácidos a los óxidos; y ha resultado una cosa que parece buena y es péxima, que tiene los visos de milagro y que no es sino una traviesa invención del demonio.

Muchos se confunden al ver que fallan sus cálculos sobre la duración de la unión liberal, y no se explican cómo puede durar un sistema sin principios y sin fines, que es como si dijéramos sin pies ni cabeza. Aquí no se cumplen las leyes de la lógica, exclaman; y este es el país de los vice-versas, añaden como en otro tiempo decía cierto escritor hoy ministerial; ¿qué milagro es este, señor, de una situación que se sostiene sin base, de un edificio que se mantiene en el aire? No es milagro, respondemos nosotros, con el padre dominico de 1831: es que el diablo, por divertirse, ha juntado *activa pasivis*.

La duración de esta situación demuestra cómo han puesto al país los hábitos de la escuela de Luis Felipe, el escepticismo de la época que alcanzamos y los continuos ejemplos que tenemos a nuestra vista. En otra época una situación semejante no habría durado un mes: hoy el diablo sabe hasta cuándo podrá *abutare patientia nostra*. Hablando el otro día con un amigo de este asunto nos decía:—¿Pero no hay esperanza?—Eso, según, contestamos nosotros: no la hay si aguardamos a que venga un Mesías a salvarnos, porque probablemente no vendrá; pero la hay grande si ponemos algo por nuestra parte.—¿Qué aconsejaría Vd.?—Hombre, yo aconsejaría, por de pronto, que se dejase sola a esta situación con sus amigos los neo-católicos, los cuales luego que la vieran bien pasada, se la sorberían como si fuese un huevo; y que se la puede considerar bien pasada ya lo dije hace tiempo, porque anuncié que este huevo pedía sal.—¿Y qué adelantariamos con que vinieran al poder los neos?—Lo que aquel que tiene que resolver una ecuación con dos incógnitas cuando ha logrado despejar la una.—¿Cree Vd. preferible una situación francamente neo-católica a la actual?—Distingo: como situación permanente, no; como situación transitoria, sí; porque en una situación neo-católica podrían organizarse los partidos mucho mejor que bajo el mando de una situación que junta *activa pasivis*. La máxima que hoy se pone en práctica bajo la razón social unión liberal es la siguiente: *divido y vencerás*: es la máxima de los débiles; los que se creen fuertes, se desdennan de usarla; pero cuando se lleva a cabo con constancia, produce sus efectos.

Aquí acabó la conversación, que por lo demás no podría ir mas adelante tampoco. Teníamos ambos interlocutores que asistir a oír el discurso del Sr. Sagasta que interpelaba al gobierno sobre el estado de la imprenta periódica. El acontecimiento parlamentario de la quincena ha sido principalmente el discurso de este joven y simpático orador. El Sr. Sagasta dividió su peroración en tres partes: en la primera trató de las recogidas; en la segunda de las denuncias; en la tercera hizo lo que pudiéramos llamar el *memorial de agravios* menores, hablando de los diversos atropellamientos, vejaciones y abusos a que la prensa de la oposición había estado sujeta durante el régimen de estos señores que se decían los regeneradores del sistema constitucional en nuestra patria.

Los casos que citó el Sr. Sagasta de recogidas, de denuncias, de vejámenes, no tienen número, y los argumentos que empleó, sostenidos por pruebas irrecusables, no tenían, ni tuvieron, ni podrán tener contestación. Así es que el Sr. Sagasta no fué contestado. Se levantó solamente el señor ministro de la Gobernación; dijo con aire desdenoso que ciertos ataques se tomaban según los labios de donde salían; añadió que si el señor Sagasta ó cualquier escritor estaba agraviado, acudiera a no sabemos qué tribunales, porque no hay ninguno a quien acudir en estos casos, y concluyó diciendo que nada mas tenía que manifestar.

Esta es una gran táctica muy parecida a la que usaba Don Hermógenes en *El café de Moralin*: le daban alguna razón a la cual no podía responder, y miraba de alto a bajo a su interlocutor, tomaba un polvo y se iba a oír una misa a la Soledad. El general O'Donnell llevó mas adelante esta táctica que el Sr. Posada Herrera y que D. Hermógenes: no asistió a oír al Sr. Sagasta, y no quiso después cuidarse de las acusaciones mencionadas por este erador para desvanecerlas.

El Sr. Sagasta debe pagar las amenazas que se atribuyen por un periódico al general O'Donnell, verdaderas ó falsas, en la misma moneda que ha sido pagado su discurso. El Sr. Sagasta en esta ocasión es el mas fuerte: el general O'Donnell el mas débil, porque las razones dadas por aquel están en pie, y ni éste ni sus colegas han dado ninguna: ahora bien, siendo esto así, el Sr. Sagasta debe hacerse cargo de que a ningún vencido se le puede negar lo que se llama vulgarmente el derecho de pataleo.

El Sr. Calvo Asensio, que siguió al Sr. Sagasta en el uso de la palabra sobre la interpelación, no pudo hacer mas que repetir bajo nueva forma algunos de sus argumentos: su predecesor había dejado el campo completamente agotado.

Se han empezado a discutir los presupuestos en el Con-

greso. El de gastos importa unos 80.000.000 mas que el del año pasado; y entre el ordinario y el extraordinario tendremos un déficit este año de 635.000.000 de reales, que se cubrirá con operaciones que acrecerán la deuda pública en mas de mil millones. Es verdad que estas cantidades que nos da el crédito servirán para gastos reproductivos, como cuarteles y otros edificios públicos. En cuarteles tenemos hoy un gran lujo: treinta millones se han gastado en el de la montaña del Príncipe Pio, y ahora se le va a enlazar por medio de una gran calle y de obras maestras con el de San Francisco, lo cual no costará mas que unos ochenta millones. En Alcalá, en Leganés y en las inmediaciones hay tambien cuarteles que han costado diez, doce, veinte millones, cosa buena. Al mismo tiempo se construyen algunos conventos para que con el tiempo el que no sea soldado pueda ser fraile, y el que no sea soldado ni fraile pueda ir a la sopa. Cuando no haya en este país mas que frailes, monjas, soldados y gente que vaya a la sopa de los conventos y cuarteles, no habrá que temer ningún desorden: ¿quién se ha de sublevar?

El gobierno está muy ocupado ahora en resolver la árdua cuestión de proveer las vacantes que han quedado en ciertos destinos. Tan luego como ocurre una vacante gorda ó de resultados pingües, empiezan las dificultades y las crisis para el gabinete. ¿Es tan difícil contentar a todos! Y luego como la ley no se hace sino para los indiferentes, porque ¿qué sería de la sociedad y de todas sus bases si a los sostenedores y amigos del orden se les sujetara a la ley? resulta que el no tener condiciones legales no es un obstáculo para adquirir ciertas posiciones. De aquí las combinaciones de nombres y de destinos de que habla la prensa cuando aparece una vacante, aunque solo aparezca en lontananza.

Estos son los grandes apuros del gobierno: en lo demás todo marcha perfectamente; y si no se hacen las leyes administrativas y políticas pendientes, la verdad es que vale mas que no se hagan, porque de ser peores los proyectos presentados que las actuales leyes, cuando llegasen a tener este carácter no se habian de cumplir sino en lo que conviniera.

Háblase de disolución de Cortés, y aun en este sentido se han proferido algunas amenazas por los órganos oficiales del ministerio. «Si las oposiciones, han dicho esos órganos, imposibilitar la marcha del sistema representativo, el gobierno se verá en la necesidad de apelar al país. El discutir y el hacer preguntas é interpelaciones, es, según estos periódicos, imposibilitar la marcha del sistema representativo, el cual consiste principalmente en callar y votar, levantándose y sentándose: bello descubrimiento que da a una parte muy importante de nuestro cuerpo una grande influencia en la marcha del sistema representativo, suprimiendo el uso de otra pequeña parte que mas de una vez ha sido causa de males inmensos. A la lengua se deben, en efecto, mil cataclismos; por lo cual es justo que ceda su influjo a la otra parte, mucho mas apta para desempeñar las funciones que el sistema representativo regenerado exige.

Mas a pesar de que el sistema no marcha, pues que hay oposiciones que discuten, todavia creemos que la disolución no vendrá hasta que se hallen rectificadas las listas electorales, rectificación que en estos momentos se está llevando a cabo. Sobre este punto se ha presentado al Congreso una proposición de ley por el Sr. Calvo Asensio que tienda a extender el voto electoral a mayor número de individuos. La ley electoral vigente, que como todas las leyes hechas por los moderados es producto de una autorización y no de una discusión detenida, dice que para ser elector se han de pagar 400 reales de contribución directa. Ocorre la duda de si se debe admitir ó no para completar esta suma las cantidades que se pagan directamente por recargos provinciales y municipales, y para resolverla ha presentado el Sr. Calvo Asensio el proyecto de ley de que tratamos. Excusado es decir que el Sr. Calvo Asensio la resuelve en sentido afirmativo; pero de lo que no podemos exusarnos es de observar que el Sr. Posada Herrera se ha manifestado de acuerdo con la opinion del Sr. Calvo Asensio. Fenómeno es este que no sabemos cómo se ha producido, pero que prevemos ha de traer un disgusto al señor ministro de la Gobernación, porque la comisión nombrada para dar su dictamen sobre el proyecto de ley, propuso por unanimidad (menos el Sr. Calvo Asensio que formó voto particular) que no se computen los recargos provinciales y municipales para la cuota que ha de poner en aptitud de ejercer el derecho de sufragio.

Ahora bien ¿qué dirá el Sr. Posada al ver que la mayoría moderada, a que pertenece, presenta una resolución semejante? ¿Combatirá a la mayoría de que es protector nato y a quien debe mirar con entrañas de padre? ¿Se combatirá a sí propio? ¿Lucha terrible entre dos deberes encontrados, digna de ser tratada por un Sófocles ó por un Eurípides. Bruto, en la alternativa de sacrificar a su hijo ó sacrificar la República, condenó a su hijo; pero el Sr. Posada no esperamos que tenga el patriotismo de un Bruto, y es posible que se condene a sí mismo, haciendo callar sus convicciones propias. De esta clase de actos heroicos se han visto muchos entre los grandes hombres de la situación; ó por mejor decir, la situación no se compone sino de esta clase de héroes; no se entra en las filas de la situación sino después de uno ó mas actos de esta especie, si bien debemos exceptuar al general O'Donnell y a algun otro que jamás han sacrificado sus convicciones porque han tenido la fortuna de convencerse siempre de antemano de la bondad, justicia y conveniencia de lo que querían hacer.

Prescindiendo de esto, la disolución de las Cortés será una necesidad dentro de poco tiempo, porque la mayoría se encuentra de tal manera destrozada y dispersa, que no creemos haya medio de reunirla. Esto se explica naturalmente: las soluciones que se pretenden dar a todas las cuestiones pendientes, cuando no son neo-católicas, son moderadas. Los moderados han admitido, hasta ahora, en sus filas a todos los progresistas que han querido entrar en ellas; pero con la condición de profesar las doctrinas y vestirse el uniforme del partido moderado. Mas ahora se empeñan en formar parte de la situación muchos antiguos progresistas, sin perder el carácter de tales, y de aquí las perturbaciones, la inacción, la falta de unidad y el descontento de los unos y de los otros; de aquí la lucha sorda que se han venido haciendo y que ya se convierte en lucha abierta.

Hay mas: el gobierno es el reflejo de esta mayoría, y falta de pensamiento como de sistema, procura sostener el equilibrio, inclinándose ya a un lado, ya a otro, de un modo tan trabajoso, que da compasión. Le hace falta indudablemente un poco de arte gimnástica.

NEMESIO FERNANDEZ COSTA.

EDITOR, Juan Martin de Heredia.

(1) A última hora, hallándose ya para entrar en prensa nuestro número, recibimos la 2.^a carta de nuestro corresponsal.